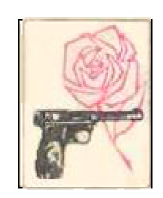


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Adeus Brasil!, vol. 1 y 2

¿Cómo es posible que alguien quiera obtener provecho basándose en la destrucción de cosas, bienes o personas? Ya sé, ya sé: precisamente eso es ser criminal. Y de ahí la pregunta eterna: ¿cómo puede alguien ser un criminal? ¿Qué hay en su cabeza, en su corazón, en su sangre, que le impulsa a creer que puede comportarse de esa manera?



Lou Carrigan

Adeus Brasil!, vol. 1 y 2

Brigitte en acción - 364

Brigitte en acción - 365

ePub r1.1

Titivillus 21.11.2017

Lou Carrigan, 1984
Diseño de portada: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

Utilizando su propia llave, Frank Minello entró en el apartamento de Brigitte Montfort, cerró tras él, y se dirigió tan precipitadamente hacia el salón que no tuvo tiempo de fijarse en la maleta y el maletín rojo con florecillas azules estampadas que esperaban en el recibidor.

Así pues, ignorando lo que le habría revelado la presencia allí de tan reducido equipaje, entró en el salón alzando los brazos, según costumbre, y exclamando:

—¡Muy buenos días bajo el sol! ¡Heme aquí dispuesto a contar el más…! ¡Maldita sea!

La maldición fue encajada con total impasibilidad por Charles Alan Pitzer, jefe del Sector New York de la CIA, pese a saber que él era el causante del súbito cambio de humor de Minello.

Pitzer estaba sentado en un sillón, dando frente a Brigitte Montfort, que, como tenía por costumbre, ocupaba el centro del magnífico sofá.

—Buenos días, Frankie —saludó Brigitte—. ¿Por qué has de ser siempre tan escandaloso? ¿Nunca podrás complacerme y comportarte como un caballero?

—¿Qué hace este tipo aquí? —señaló Minello a Pitzer.

—Salud, Frankie —dijo Pitzer, amablemente.

—¡Maldita sea su estampa! ¡He hecho una pregunta!

—¿No has visto mi equipaje de emergencia en el recibidor? —preguntó Brigitte.

—¡No, no lo he visto!

—Lo habrías visto si entrases en las casas como una persona educada, ¿no te parece?

—De modo que te vas de viaje —masculló Minello.

—Pues sí.

—¿Y adónde, si puede saberse?

—De momento voy a la Central de la CIA, y luego no lo sé todavía.

—O sea, que la agente «Baby» entra de nuevo en acción, ¿no es eso?

—Eso es exactamente —sonrió Brigitte.

Frank Minello se quedó mirando a su amiga, la única mujer a la que amaba y amaría en toda su vida, y por la que era correspondido hasta el máximo límite de la estricta amistad. Nunca encontraría a nadie como Brigitte, y no en su aspecto de belleza puramente física, sino moral y emocional. Para Frank Minello, transcurrido ya mucho tiempo desde que conociera a Brigitte, la belleza de ésta había pasado a segundo plano.

Sí, ésa era la verdad. No la amaba porque fuese alta, esbelta, elegante, de cuerpo espléndido, piel dorada por el sol, y tuviese los más hermosos y grandiosos ojos azules del mundo, sino por su corazón generoso. Tan generoso que la señorita Montfort, periodista Premio Pulitzer, que podía vivir como una reina sin correr riesgos ni sinsabores de ninguna clase, dedicaba más tiempo a jugarse la vida por los demás que a disfrutar de sus riquezas y su belleza. Con ese sentimiento, con esa generosidad impulsiva hacia sus semejantes, la señorita Montfort se había convertido en la agente Baby de la CIA, la espía más famosa del mundo, la más eficaz, la más audaz… y también la más peligrosa, implacable y a veces incluso cruel…

—¿Por qué me miras así? —preguntó Brigitte.

—Sólo te miro.

—Pero de un modo raro, ¿no?

—Ya que tan lista eres y tan bien me conoces —masculló Frankie—, adivina lo que estaba pensando mirándote de ese modo.

—Estabas pensando lo mismo de siempre: que debería dedicarme a vivir mi vida y a dejar que los demás resuelvan sus propios problemas. O sea, un pensamiento egoísta, Frankie.

—Está bien. ¡De modo que te vas! ¡Pues ya me has quitado las ganas de contar ese chiste tan bueno que traía preparado!

—Cielos, no —gimió Brigitte—… ¡Uno de tus chistes!

—No estamos para chistes —dijo Charles Alan Pitzer.

—¿Ah, no? ¡Pues entonces voy a contarlo!

—Cualquier día, Frankie —amenazó Pitzer—, le meteré un par

de balas en las tripas.

—¡No me diga! ¡Eso tendría gracia, hombre!

—¿Te parece gracioso? —se sorprendió Brigitte—. ¿Qué tendría de gracioso que tío Charlie te disparase?

—¡Pero si no puede con su esmirriado cuerpecillo! —rió Minello —. ¡Estoy seguro de que ya no tiene fuerzas ni para sostener una pistola! ¡Sus amenazas son sólo fanfarronadas!

—Tal vez tenga razón —reflexionó Pitzer seriamente—. Pero no olvide que tengo muchos agentes de la CIA a mis órdenes, cualquiera de los cuales haría el trabajo por mí. La misma Brigitte, que está a mis órdenes…

—¿Qué? —aulló Minello—. ¿Quién está a las órdenes de quién? ¡Pero si usted no sería nadie si no tuviese a Brigitte en su Sector, viejo buitre carroñero! Además, ¡nunca en la vida me haría Brigitte el menor daño, aunque se lo ordenase el mismísimo presidente de los Estados Unidos! ¿Verdad que no, Brigitte?

—Pues no creas —dijo la divina espía—: a veces te retorcería el cuello con mucho gusto, Frankie.

Para quien no conociera adecuadamente a la señorita Montfort, sus palabras le habrían resultado sumamente graciosas, porque su aspecto físico, hermoso, saludable y fuerte, no parecía poder competir en potencia con el del atlético Frank Minello. Pero éste sabía más que nadie de la señorita Montfort, así que abrió mucho los ojos, y exclamó:

—¡No es cierto, nunca me atacarías!

—No me provoques, ¿sabes? —sonrió burlonamente Brigitte, guiñando un ojo a Pitzer—. Mira, será mejor que cuentes tu chiste, y espero que sea bueno, porque si no lo es nunca más te…

Justo en ese momento se oyó un zumbido bajo la ropa de la chaqueta de Pitzer. Éste sacó rápidamente la radio de bolsillo, y apretó el botón que admitía la llamada.

—¿Sí? —murmuró.

—Señor, estamos llegando al Crystal Building. Aterrizaremos en la azotea dentro de dos minutos.

—Muy bien. —Pitzer cerró la radio, la guardó, y se puso en pie, mirando a Brigitte—. Ahí llega el helicóptero, Brigitte. ¿Subimos ya a la azotea?

—¡No se irán de aquí sin escuchar mi chiste! —bramó Minello.

—Escuche, Frankie, no tenemos tiempo de…

—Déjelo, tío Charlie. Te escuchamos, Frankie.

—Pues verás… Va un tipo y se casa con una hermosa muchacha, y le dice: «Amor mío, a partir de esta noche cada vez que hagamos el amor pondré una moneda de un dólar en esta caja, y así, al final del año sabremos cuánto nos hemos amado, y con el dinero recogido haremos una gran fiesta». De modo que así lo hacen, y cada vez que se aman el hombre echa una moneda de a dólar por la ranura de la cajita cerrada y sellada. Pasa el año, el hombre rompe el precinto de la caja para ver cuántas monedas de a dólar hay, y entonces ve que está llena de monedas de a veinte dólares, billetes de cincuenta y cien… El hombre no sale de su asombro. «Fíjate, querida —le dice a su joven y preciosa mujercita—, he estado todo el año echando en la caja monedas de a dólar, y ahora está llena de billetes, y de monedas de veinte dólares… ¿No es milagroso?». Y la chica le contesta: «¿Milagroso? ¡A ver si te crees que todos son tan tacaños como tú!». ¡Es bueno, ¿eh?! ¿A que es un buen chiste?

—Muy bueno, Frankie —dijo Brigitte.

Se acercó a él, le besó en ambas mejillas, y se dirigió hacia la puerta del salón, en la cual estaba Peggy, la ama de llaves de Brigitte, que había acudido a tiempo de escuchar el chiste. Brigitte salió, seguida por Pitzer, y Minello quedó pasmado en el centro del salón. Sólo cuando se oyó la puerta del apartamento al cerrarse miró estupefacto a Peggy, la rubita y pecosa amiga de tantos años.

—¡Zambomba! ¡Yo diría que es un buen chiste! Claro que es un poco viejo, pero es bueno, creo yo. ¿O no lo es?

—Frankie —dijo suavemente Peggy—, hace unos días mataron a un Simón, y la señorita se ha enterado hace media hora.

Minello quedó atónito un instante. Luego se mordió los labios, y se dejó caer en un sillón. Ahora comprendía la actitud de Brigitte: habían matado a un agente de la CIA, a uno de sus queridos Simones…, ¡y él llegaba contando chistes idiotas!

—Soy un maldito cretino —masculló—… ¡Pero más cretino es quien ha matado a ese agente de la CIA, porque sus días están contados!

Arriba, en la terraza del hermoso Crystal Building, sito en la Quinta Avenida de Nueva York frente a Central Park, la señorita Montfort y el señor Pitzer abordaban en aquel momento el

helicóptero que los llevaría a Langley, a la Central de la CIA.

* * *

A media tarde, el intercomunicador de la mesa de *Mr*. Cavanagh, jefe absoluto del Grupo de Acción de la CIA, emitió un zumbido.

—¿Sí? —se interesó en el acto Cavanagh.

—Ella ha llegado, señor. Está subiendo.

—Bien. Prepárenlo todo: iremos allá dentro de pocos minutos.

Cortó la comunicación, y se acercó a la puerta, cojeando de aquel modo tan característico, tan inconfundible. Pero podría haber sido peor. Si años atrás, la entonces principiante señorita Montfort no hubiera estado en Buenos Aires, *Mr*. Cavanagh no cojearía: simplemente, estaría muerto, pues nadie, salvo la señorita Montfort acudió en su ayuda y lo sacó de aquel callejón donde estaba acorralado como un perro rabioso…

Cuando la lucecita verde se encendió sobre el marco de la puerta de su despacho, Cavanagh abrió inmediatamente, desechando sus recuerdos, tan vivos, tan reales, y que a veces le parecían tan cercanos.

Brigitte entró, le sonrió, y le besó en ambas mejillas.

—Bueno —dijo—, aquí estoy de nuevo.

Cavanagh asintió, y se quedó mirando aquel rostro dulce y hermoso aureolado por la negra cabellera.

—Lo siento —dijo.

—Ya me voy acostumbrando a que pasen estas cosas, señor.

—Pero no a perdonarlas.

—No —murmuró Brigitte, entrando en el despacho—, a perdonarlas, no, si la muerte se produce por la espalda.

Tras Brigitte entró Pitzer, y Cavanagh le estrechó la mano. Quedó un instante dubitativo, y en lugar de cerrar la puerta, dijo:

—Nos están esperando para la proyección. ¿Prefiere que antes charlemos un poco, Brigitte?

—No tenemos gran cosa que charlar: han asesinado a un Simón, eso es todo. Ahora, veamos esa proyección.

—De acuerdo.

Tres minutos más tarde, Brigitte, Cavanagh y Pitzer entraban en una sala, dos pisos más abajo, en la que había varios hombres,

todos ellos jóvenes y atléticos, que se quedaron mirando con clarísima simpatía y afecto a la señorita Montfort. Ella, simplemente, les sonrió, y fue a sentarse en un sillón, dando frente a la pantalla instalada en una pared.

Cavanagh hizo una seña, y uno de los agentes de la CIA preparó el proyector, y otro apagó la luz.

Las imágenes aparecieron enseguida en la pantalla. Era una vista aérea de una ciudad.

—La ciudad es Belém, en Brasil —dijo Cavanagh—. Las vistas fueron tomadas desde un par de helicópteros, en una pasada previa a la gran vigilancia… Paren la imagen.

—¿La gran vigilancia? —preguntó Brigitte.

—Han estado ocurriendo cosas tan desorbitadas que preferí no comunicárselas a usted —volvió Cavanagh la cabeza hacia ella—. Nos pareció que era algo de una envergadura superior a las posibilidades de control por parte de un solo agente, aunque ese agente fuese la mismísima Baby. Como es natural, todo esto no ha trascendido al público por ninguno de los medios habituales de información: prensa, radio, televisión, revistas… Se ha mantenido en el más riguroso secreto. Un secreto que nos ha costado quinientos millones de dólares…, que tal vez podríamos habernos ahorrado si hubiéramos recurrido a usted, como hacemos en los casos extraordinarios.

—¿Qué significa eso de los quinientos millones de dólares? —preguntó Brigitte—. ¿Quiere decir que hemos pagado a alguien esa cantidad?

—Así es.

—¿A quién?

—Todo lo que sabemos de esa persona u organización, es que se firma con las letras G. G.

—¿Y qué significan?

—Lo ignoramos. El caso es que hace un par de semanas se recibió aquí, en la Central, un mensaje, por medio de correo ordinario, en el que se nos exigía quinientos millones de dólares, a menos que quisiéramos que veinticinco hospitales de los Estados Unidos fuesen volados por medio de grandes cargas explosivas…

—¡Oh, vamos…! —exclamó Brigitte—. ¡No me diga que hemos pagado por eso!

—Hemos pagado. No se mencionaba qué hospitales eran esos, de modo que no podíamos tomar ninguna medida. Si hubiéramos sabido de qué hospitales se trataba, quizás habríamos podido vigilarlos, o evacuarlos, hacer algo, en fin. Pero no sabíamos cuáles eran. Y naturalmente, no podíamos ordenar la evacuación de todos los hospitales importantes de la nación. Lógicamente, pensamos que se trataba de algún desquiciado que consideraba divertida una cosa así, pero al parecer eso fue previsto por G. G., pues cuarenta y ocho horas después de haber recibido nosotros el mensaje fue dinamitado en Nueva Orleans un edificio de dieciocho pisos que estaba en construcción. Al día siguiente, nos llegó otro mensaje firmado por G. G. Decía que podían hacer con veinticinco hospitales lo mismo que habían hecho con el edificio de Nueva Orleans.

—Entiendo… De modo que iba en serio.

—Decidimos pensar que sí, y aceptamos las condiciones de pago, que nos llegaron en el tercer mensaje: debíamos reunir los quinientos millones de dólares en billetes de a cien, y transportarlos a Brasil, a determinado punto en la Bahía de Marajó, cerca de la ciudad de Belém. Allá, los fardos conteniendo cinco millones de billetes de cien dólares tenían que ser depositados cerca de una vieja casa cuya ubicación se nos indicaba con todo detalle…, y se nos advertía que esa casa estaba vigilada, y que si percibían el menor movimiento alrededor de ella antes de la entrega, o durante ésta, el trato no se llevaría a cabo, y los hospitales norteamericanos serían volados. Y nosotros obedecimos, pero, claro está, tomamos nuestras medidas de rastreo…

—¿Desde el aire?

—Sí. Primero enviamos los dos helicópteros a reconocer la zona, especialmente aquella en la que se hallaba la casa indicada… Sigan con las imágenes.

La película continuó, mostrando desde arriba la ciudad de Belém, en diferentes tomas. Pero lo importante no era la ciudad, sino la casa indicada por G. G.

Muy pronto apareció, en una toma con «zoom» que la acercó muchísimo. Estaba junto al estuario, casi en la orilla del río, y a Brigitte no le pareció especial, absolutamente en nada. Grande, vieja, destartalada… Eso era todo.

—¿No había gente por allí? —preguntó.

—Las películas no tomaron ser viviente alguno. Como es natural, si querían que depositásemos el dinero frente a la casa era porque pensaban recogerlo allí, así que recurrimos a procedimientos más sofisticados para la vigilancia cuando llegó el momento de la entrega: uno de nuestros satélites-espía fue programado para que sobrevolase la zona en el momento oportuno, y otro fue preparado para controlar su órbita de modo que pasase también por allá cuando el primero se alejase. De este modo, en todo momento teníamos vigilado el lugar, esperando conseguir alguna información útil cuando los quinientos millones de dólares fuesen recogidos.

—¿Y se consiguió esa información?

—Pues… sí. Sí, claro. Pronto verá usted las imágenes. Ni siquiera hace falta que yo las comente.

Brigitte asintió, y se quedó mirando la pantalla. Captó el momento en que las imágenes cambiaban de toma, es decir, aquéllos en los que la película era tomada por uno u otro satélite-espía. Y, en cuanto la película se oscureció, comprendió.

—¿No pasó nada hasta que llegó la noche? —preguntó.

—Exactamente. Pero, claro, la oscuridad no fue obstáculo para nuestros satélites. Las imágenes se ven perfectamente. No se pierda detalle.

En determinado momento, en la pantalla quedó bien claro que ya era noche cerrada. Pese a lo cual, en efecto, las cámaras especiales de ambos satélites continuaron cumpliendo su cometido. Y lo que se fue viendo en la película montada con los trozos más interesantes obtenidos por ambos satélites, fue lo siguiente: de pronto, del interior de la casa comenzaron a salir hombres, hasta un total de veinte, que Brigitte contó meticulosamente. Esos veinte hombres fueron llevando al interior de la casa los grandes fardos que contenían los quinientos millones de dólares. Cumplida esta tarea, todos se quedaron dentro de la casa, cuya puerta fue cerrada…

—Esto es absurdo —dijo Brigitte.

—¿Absurdo? ¡Pues espere a ver lo que sigue! Naturalmente, hemos suprimido de las películas los momentos de espera… ¡Ahí salen!

En efecto, los veinte hombres que antes habían estado metiendo el dinero en la casa, salieron de ésta, y, simplemente, se alejaron. Al

parecer, la casa quedó abandonada, conteniendo en su interior quinientos millones de dólares.

De pronto, las paredes de la casa comenzaron a caer hacia fuera, cayendo planas al suelo, como si en sus cimientos tuvieran bisagras. Todo el interior de la casa quedó visible entonces…, y Brigitte dio un brinco en su asiento.

—¡Santo cielo! —exclamó—. ¿Qué es eso?

—Estoy seguro de que no necesita usted ninguna explicación —murmuró Cavanagh.

Eso era, o parecía, un avión de caza de líneas sumamente estilizadas, negro, esbeltísimo, provisto de cortas alas. Pero un avión sin cabina para la tripulación, ni abertura visible alguna.

La ignición se produjo en popa en aquel momento. Hubo un vivísimo resplandor rojo, todo quedó carbonizado a espaldas del supuesto avión, y éste, súbitamente, despegó, con una potencia y velocidad increíbles. Durante unos segundos, la cámara del satélite-espía pudo seguirlo, pudo tomar su forma y la breve estela roja que desapareció muy pronto tras él. Luego, simplemente, el avión desapareció en la noche brasileña, hacia el interior del continente suramericano.

—Paren —dijo Cavanagh.

La oscuridad quedó fija en la pantalla. Cavanagh se ladeó en su asiento para mirar más cómodamente a Brigitte, al otro lado de la cual estaba Pitzer, no menos estupefacto que la espía.

—Bien, ¿qué diría usted que era eso, Brigitte?

—Me ha recordado… una bomba volante. Bueno, es una tontería, pero… Quiero decir, algo así como las bombas volantes alemanas de la Segunda Guerra Mundial.

—Sí, exactamente. Sólo que esa… bomba volante despegó a una velocidad asombrosa, y alcanzó, según los datos de nuestros satélites, la velocidad de más de mil kilómetros por hora. Así que… desapareció en el interior de Brasil.

—¿Y los satélites no pudieron seguirla? ¡Son mucho más veloces!

—Rompieron su órbita. Los dejaron fuera de juego, eso es todo.

—¿Quiere decir que sabían que los satélites estaban allí, encima mismo de Belém?

—Puede ser eso —encogió los hombros Cavanagh—, pero me

inclino a creer que no les importaba. En realidad, nos sorprendieron. Y ellos sabían que nos sorprenderían, así que no se preocuparon por nuestra posible vigilancia sofisticada. Bueno, ahí tiene: quinientos millones de dólares escamoteados a bordo de una… bomba volante.

—¿Y no sabemos dónde cayó esa bomba volante?

—Imposible. Según cálculos de los satélites la trayectoria de ese proyectil va desde Belém, en Brasil, a Guayaquil, en Ecuador. Si trazamos una línea recta entre esas dos ciudades la distancia entre ambas es de unas dos mil millas, o unos tres mil cuatrocientos kilómetros, aproximadamente. ¿Y sabe usted qué hay bajo esa línea?

—Selva.

—Exacto. Nosotros dudamos que ese proyectil haya llegado a Ecuador, pues tendría que sobrevolar los Andes, lo que no es presumible. Pero eso sólo nos alivia de unas doscientas millas… En fin, esa bomba volante ha caído en alguna parte del Amazonas.

—La selva más grande del mundo —susurró Brigitte—. ¿Cómo esperan sacar el dinero de ahí? Además, ¿dónde ha caído el proyectil y quiénes lo han visto?

—Interesantes preguntas —sonrió Cavanagh hoscamente.

—¿Soy yo quien tiene que encontrar las respuesta? —sonrió a su vez la agente Baby.

Capítulo II

Durante unos segundos reinó el silencio en la sala. Por fin, Cavanagh movió la cabeza.

—Nos gustaría mucho que lo consiguiera, claro está —dijo en tono casi festivo—, pero esa no es labor para una sola persona. Y, tratándose de trabajar en grupo, preferimos recurrir a otra clase de personal para esa búsqueda o rastreo, y utilizarla a usted para una labor mucho más acorde con sus facultades…

—Un momento —interrumpió Brigitte, señalando la pantalla—… ¿Qué tiene que ver todo esto con la muerte de un Simón en las Bahamas?

—Ése es el punto crucial… ¿Quiere ver el resto de la película?

—¿Vale la pena?

—Para mí, no, pero yo no soy usted.

—Muy amable. Bueno, veámoslo.

La proyección continuó, pero *Mr*. Cavanagh tenía razón. Ya no se vio nada interesante, salvo la zona donde había estado la casa completamente carbonizada, y los restos humeantes de ésta.

—Los satélites fueron retirados —explicó Cavanagh—, y la investigación se asignó a personal de tierra. En estos momentos tenemos más de cuarenta hombres trabajando en Belém…, en su zona, quiero decir. Por cierto que gracias a uno de ellos quizá tengamos la única pista digna de ser comentada. Pero eso podemos hacerlo en mi despacho, si le parece bien.

Brigitte asintió, se puso en pie, y se despidió de los agentes de la CIA con una sonrisa. Cuando salieron de allí, Cavanagh dijo:

—Tal vez no ha debido despedirse de ellos. Forman parte del comando especial que se le va a asignar a usted para este trabajo, y la seguirán, discretamente y a distancia allá donde usted vaya cuando salga de aquí.

—¿Y adónde iré?

—Supongo que a Nassau, a ver qué averigua sobre la muerte de nuestro Simón, cuyo nombre auténtico era Richard Hammer.

—Pero ya tenemos personal en Nassau, de modo que ese comando no tiene por qué seguirme.

—Todo el personal de Nassau ha sido retirado temporalmente, y nuestros queridos primos británicos han quedado encargados de vigilar las islas Bahamas y pasarnos cualquier información que consigan sobre la muerte de Hammer. Nos pareció más prudente retirar a los demás.

—Estoy de acuerdo en eso —asintió Brigitte.

—Y yo estaba seguro de que estaría de acuerdo.

Poco después, instalados en el despacho de Cavanagh, éste tendió una carpeta a Brigitte. La carpeta contenía fotografías y el expediente de Richard Hammer, el agente de la CIA asesinado en Nassau. Brigitte no concedió importancia al expediente: sabía que si hubiera habido cualquier detalle remarcable en él Cavanagh se lo habría especificado de viva voz. Así que se quedó mirando las fotografías de Richard Hammer: treinta y dos años, rubio, ojos claros, sonrisa divertida, frente despejada… Amén.

—Maldita sea —masculló Pitzer, de pie junto al sillón que ocupaba Brigitte, y mirando también las fotografías.

—Bueno —murmuró Cavanagh—, todos los que trabajamos en el Grupo de Acción sabemos lo que nos jugamos, ¿no? Hammer perdió la partida, eso es todo.

—¿Cómo lo mataron?

—Tres balazos en la espalda.

Brigitte apretó los labios, y devolvió la carpeta a Cavanagh, preguntando:

—¿Cuál es esa pista que tenemos?

—¿Ha oído usted hablar de un tal José Bonifacio?

—No… No.

—Es un rico industrial brasileño, la mayor parte de cuyos ingresos provienen de la industria automovilística, que heredó hace un par de años de su padre. Es muy joven, pero se le considera una de las mayores fortunas del mundo.

—¿Como cuánto?

—Bueno, no se trata de dinero en efectivo, ya sabe. Posiblemente, si tuviera que reunir efectivo José Bonifacio no

alcanzaría más allá de los cincuenta o sesenta millones de dólares. Hemos conseguido algunas fotografías suyas aparecidas en revistas internacionales, pero mayormente, brasileñas.

Cavanagh tendió otra carpeta a Brigitte. Dentro había un informe mecanografiado sobre José Bonifacio, y fotografías de éste. Brigitte se sorprendió al verlas, porque, en efecto, José Bonifacio era joven. No debía de tener ni veinticinco años. Su rostro era delicado y bello, bien afeitado, y destacaban sus grandes ojos oscuros, resplandecientes y alegres, ingenuos como los de un niño, puros. Tenía una gran mata de cabello ondulado muy bien cuidado y discretamente recortado. Sus facciones eran de una suavidad… enternecedora.

—Es muy hermoso —susurró Brigitte.

—Sí. Está considerado como una persona encantadora.

—¿Es un *playboy*?

—Bueno, no exactamente, pero tampoco se mata trabajando. Le gusta más viajar. Tiene un par de yates, y un *jet* privado. El *jet* lleva el nombre de «15 Novembro».

—¿Quince de Noviembre? ¿Pero sin especificar el año?

—Sin especificar el año —sonrió Cavanagh.

—De todos modos, si mi memoria histórica no falla, esa fecha es muy significativa para Brasil… El 15 de noviembre de mil ochocientos ochenta y nueve se proclamó la República en Brasil, tras la sublevación de la guarnición de Rio de Janeiro, y el mariscal Fonseca se puso a la cabeza del Gobierno provisional… ¿Fue así?

—Exactamente. Pero de eso hace casi cien años.

—Claro… Bien: ¿qué ocurre con José Bonifacio?

—Tendremos que ir con mucho cuidado, porque todo puede ser casual y circunstancial, pero el hecho cierto es que una de las cosas de que informó rutinariamente nuestro fallecido Richard Hammer antes de ser asesinado fue que el *jet* «15 Novembro» estaba en el aeropuerto Oakes Field, de Nassau.

Brigitte se quedó mirando atónita a Cavanagh.

—¿Y eso qué significa?

—Nada, si no fuese porque uno de los hombres que está en la zona de Belém ahora ha informado que el *jet* «15 Novembro» estuvo en ese aeropuerto hasta el día siguiente del vuelo del proyectil que se llevó quinientos millones de dólares.

—¿En el aeropuerto de Belém?

—Sí, claro.

—Puede ser una casualidad —murmuró Brigitte.

—Puede serlo, pero no tenemos otra cosa, de momento. Tal vez sería interesante profundizar respecto a qué estuvo haciendo el señor José Bonifacio en las Bahamas y luego en Belém.

—Ya. ¿Y dónde está ahora?

—Lo estamos buscando. Esperamos localizarlo mientras usted trabaja en Nassau en busca de datos sobre la muerte de Hammer.

—¿Por dónde lo están buscando? —sonrió Brigitte—. ¿Quizás en el aeropuerto de Guayaquil… o en otros cercanos a esta ciudad?

—Francamente, sí.

—¿No le parece todo esto demasiado fantástico?

—Bastante. Por eso preferiría que antes que nada fuese usted a Nassau. Un agente británico la estará esperando, y la informará de todo cuanto usted precise saber…, y que ellos sepan, naturalmente.

—Son muy amables los británicos.

—Hoy por ti, mañana por mí. Además, ellos tienen mucho más que agradecerle a usted que usted a ellos.

—Eso es cierto —dijo Pitzer—. Brigitte les ha resuelto no pocos problemas a nuestros primos. Lo menos que pueden hacer es colaborar con ella cuando hace falta.

—Bueno, bueno —dijo Brigitte—, lo van a hacer, ¿no? ¿De qué modo haré contacto con el británico en Nassau? Naturalmente, quiero tener yo la iniciativa en eso, no que me estén esperando.

—Por supuesto. Tiene reservada una *suite* en el hotel Príncipe Alberto. Cuando llegue allá el conserje le entregará un paquete a su nombre, que uno de los nuestros dejó antes de evacuar la isla. Hay una radio con la onda británica en ese paquete. Sólo tiene que llegar, utilizar la radio para presentarse, y pedir lo que necesite.

—Muy bien. ¿Cuándo salgo para Nassau?

—Cuando usted quiera.

—Ahora —dijo Brigitte Baby Montfort.

—También sabía que diría eso —sonrió Cavanagh—, pero hay un pequeño problema de transporte, que estamos intentando solucionar para ahorrarle a usted tiempo, y sobre todo, molestias. No queremos que llegue fatigada a Nassau. Por otra parte, tal vez le interese saber a qué se dedicaba Richard Hammer en Nassau

cuando fue asesinado.

—Sin duda —asintió Brigitte—, pero pensé que eso lo sabrían perfectamente los británicos. He supuesto que se ha intercambiado información con ellos. ¿No ha sido así?

—Hasta cierto punto. No les hemos dicho que hemos pagado quinientos millones de dólares que nos han escamoteado ante las narices.

—Las narices de un par de satélites, en todo caso, que no es lo mismo. Y eso prueba una vez más mi convicción de que no hay máquina alguna capaz de hacer el trabajo de un hombre con iniciativa. ¿A qué se dedicaba Hammer en Nassau?

—Cumpliendo órdenes de nuestro jefe en Nassau, estaba vigilando a un hombre llamado Thomas Haberman, norteamericano, que al parecer se hallaba de vacaciones en las Bahamas.

—¿Por qué se vigilaba a ese hombre? ¿Hay algo contra él?

—No, nada especial y concreto. Pero es un hombre que viaja bastante. Se dedica a la venta de embarcaciones de tonelaje medio. Digamos que es un intermediario: la gente que quiere comprar un barco lo busca a él, le dice lo que quiere, y él busca el barco, hace de mediador en la venta, y obtiene una buena comisión.

—No veo nada extraordinario en ello —se sorprendió Brigitte—. ¿Por qué vigilar a un hombre así?

—Se mueve demasiado —masculló Cavanagh—, y tiene relaciones con mucha clase de gente, incluidos cubanos y rusos…

—¡Oh, no! ¡Otra vez los rusos, no!

—Bueno, así están las cosas. De todos modos, Haberman se relaciona con muchas otras personas, que quede bien claro.

—No veo a los rusos en esto —rechazó Brigitte—, pero no desdeñaremos la información. Hay una pregunta que supongo se le ha ocurrido ya a usted: si Richard Hammer estaba vigilando a ese Thomas Haberman… ¿por qué informó de la presencia del *jet* de José Bonifacio en Nassau? ¿Qué tiene que ver una cosa con otra?

—¡Esa pregunta no es propia de usted! —exclamó Pitzer.

—Sólo quería asegurarme —sonrió prietamente Brigitte—… ¿De modo que Haberman se relacionó de un modo u otro con el «15 Novembro»?

—No se nos ocurre otra explicación —asintió Cavanagh.

—Bueno, tal vez el señor José Bonifacio quiera comprar un barco por medio del señor Haberman, ¿no?

—El señor José Bonifacio ya tiene dos yates. Y si quiere barcos, no creo que necesite salir de Brasil para comprarlos. A menos que…

—… A menos que el señor José Bonifacio no quiera que en Brasil se sepa que él quiere comprar barcos. Y entonces tenemos que preguntarnos: ¿por qué, y para qué quiere un barco… o varios barcos?

—Quizás estamos haciendo demasiadas conjeturas —intervino de nuevo Charles Pitzer.

—Sí, tal vez —admitió Brigitte.

En aquel momento sonó el intercomunicador de la mesa de Cavanagh, que atendió la llamada. La conversación que sostuvo fue escuchada, naturalmente, por Brigitte y Pitzer, de modo que no hubo necesidad de explicaciones: un helicóptero estaba esperando a Baby para llevarla al aeropuerto Foster Dulles, del cual saldría dentro de hora y pico un avión con destino a Miami; una vez allá, si había tiempo Baby tomaría el último vuelo Miami-Nassau; si no, tendría que hacer noche en Miami y salir hacia Nassau en el primer vuelo, a las ocho y cuarto de la mañana. Brigitte asintió, Cavanagh dijo que de acuerdo, y cortó la comunicación, tras ordenar que la maleta de Baby fuese llevada al helicóptero.

Brigitte se puso en pie, tomó su maletín rojo con florecillas azules, del que no se había separado ni un momento, y se encaminó hacia la puerta, seguida por los dos hombres. En el momento en que Cavanagh se disponía a abrir la puerta, Brigitte se detenía, miraba sonriente a uno y otro hombre, y alzaba un dedo para atraer su atención.

—Hace siglo y medio —dijo lentamente— Brasil era una colonia de Portugal, pero en determinado momento los colonos se enfadaron con la metrópolis, básicamente porque las Cortes de Lisboa estaban restringiendo mucho las libertades y mejoras para los colonos. Tanto y tanto se les hincharon las narices a los colonos, como diría Frankie, que finalmente desembocaron en un movimiento separatista, el cual culminó con la proclamación de la independencia de Brasil, el día siete de septiembre de mil ochocientos veintidós, y con la coronación del entonces regente como Emperador Pedro I, el día uno de diciembre del mismo año.

El alma del movimiento independentista había sido un hombre al que se conoció como el Patriarca de la Independencia. Sus apellidos eran De Andrada y Silva. ¿Saben ustedes cuál era su nombre?

—¿Cuál? —preguntó Pitzer.

—José Bonifacio.

* * *

El agente del MI5 con base en las Bahamas que había sido designado para efectuar los contactos con la superadmirada agente norteamericana Baby se llamaba Sheldon Miles, tenía cincuenta años, y, como solía ocurrir cuando un agente secreto de acción alcanzaba tan «avanzada» edad, no confiaba ya ni en sus manos, por decirlo de un modo bien expresivo.

Sin embargo, una de las cosas que mejor había aprendido Sheldon Miles en su carrera de espía era que había en el sucio mundo en el que se desenvolvía una persona en la que se podía confiar absolutamente en todos los aspectos, siempre y cuando no se hubiera cometido la insensatez de cometer traición o matar a un agente de la CIA. Como Miles no había hecho ninguna de las dos cosas, había decidido afrontar tranquilamente la consecución del más soñado deseo de su vida de espía: conocer personalmente a la agente Baby.

Así pues, acudió sin recelos ni artificios de ninguna clase a la cita concertada media hora antes por medio de la radio de bolsillo. De entrada, y como era de esperar y ya notorio, la voz de la señorita americana era una delicia. Ahora, lo que tenía un tanto molesto a Sheldon Miles era la posibilidad de que Baby acudiese a la cita encubierta bajo cualquiera de sus muchos disfraces.

Pero Sheldon Miles no tuvo que sufrir esta decepción, y lo supo en cuanto vio a la muchacha sentada ante una mesita de la terraza de un café en Rawson Square. Entonces, la sorpresa de Miles fue de las que no se olvidan; y no porque la muchacha fuese bellísima, cosa que ya esperaba, ni porque sobre la mesa estuviera el mencionado maletín rojo con florecillas azules estampadas, sino porque la reconoció en el acto: salvo que estuviera viendo visiones, aquella señorita era Brigitte Montfort, la periodista norteamericana Premio Pulitzer y que, tal vez, hubiera podido acceder en las

últimas elecciones a la presidencia de los Estados Unidos de América.[1]

Fue tal la sorpresa que el veterano espía se detuvo en seco, y se quedó mirando incrédulamente a la señorita Montfort. Entonces, ella le miró, entornó un instante los párpados, y acto seguido sonrió. Eso fue todo, y Miles supo que acababa de ser identificado, sin más datos que su gesto y su parada.

Se acercó por fin, y se detuvo ante la mesa.

—Perdón —murmuró—… Espero no equivocarme, pero…

—Siéntese, señor Miles. ¿Tomará café?

—Sí, gracias.

Sheldon Miles se sentó, la señorita Montfort hizo una seña al camarero que no la perdía de vista, y ofreció un cigarrillo a Miles. Ya fumando ambos, Miles movió la cabeza.

—Bueno —murmuró—, estaba seguro de que ya no quedaban sorpresas para mí en el espionaje.

—En nuestro trabajo las sorpresas nunca acaban.

—No tengo más remedio que admitirlo. Espero que haya tenido un buen viaje desde Washington.

—Sí, gracias, muy amable. Hace ya tiempo que los viajes dejaron de alterar mi metabolismo y mis digestiones.

—Lo comprendo. El entrenamiento lo es todo.

—En efecto. ¿Ha venido usted solo o tenemos cerca algunos de sus compañeros… digamos protegiéndonos?

—Usted me ha pedido que viniera solo.

—De acuerdo. ¿No le parece maravilloso el verano? Claro que en las Bahamas casi resulta más agradable el invierno, pero yo amo el verano. Es como la plenitud de la vida, ¿no le parece?

—Sí. Pero lo malo que tiene el verano es que nos aproxima al otoño. Y después viene el invierno.

—Es cierto —sonrió Brigitte—. Pero hay que aceptar las cosas como son, señor Miles. El hecho de que usted esté en el verano de su vida no implica que vaya a tener un otoño y un invierno desagradables.

—Me conformaría con tenerlos.

—Yo también —admitió Brigitte—. Pero de eso sólo pueden estar seguros, y no del todo, las personas que trabajan en nuestros despachos. Nosotros somos diferentes.

—Sí —terminó por sonreír Miles, empezando a sentirse más cómodo ante la «supermonstruo» del espionaje mundial—… Nosotros estamos locos.

—Sin la menor duda —casi rió la espía americana—. De todos modos, es una cuestión relativa… ¿Tomará algo con el café?

—No, no, gracias. Ya he desayunado a las ocho.

Brigitte asintió, despidió al camarero con un amable gesto, y volvió a mirar a Miles, que se disponía a tomar el café sin echarle azúcar.

—A mí también me gusta sin azúcar. Es más café. Igual que la vida es más vida cuando se vive.

—Eso suena muy bien, pero… ¿qué quiere decir exactamente?

—Una vez leí no sé dónde algo referente a lo relativo que resulta todo. Por ejemplo, eso de que nosotros, los espías, estamos locos, es una cuestión relativa. Lo que leí venía a decir, más o menos, que hay gente que vive mil días y hay gente que vive mil veces el mismo día. Para mí sería insoportable vivir mil veces el mismo día.

—Lo mismo digo. Sólo que a veces no se llega a vivir esos mil días.

—Cierto. Usted y yo los hemos sobrepasado, sin embargo. Y muchos más. Pero Richard Hammer llegó ya al final de sus días…, y de un modo poco glorioso, si es que la muerte puede tener algo de glorioso. ¿Usted qué opina al respecto?

—No creo que la muerte pueda ser gloriosa en ninguna circunstancia. Si acaso, puede ser gloriosa la vida, pero no la muerte.

—Estamos completamente de acuerdo. Pero dígame: ¿qué considera usted una vida gloriosa?

Sheldon Miles se quedó mirando astutamente a la espía norteamericana.

—Salvo que mis informes sobre usted estén completamente equivocados, creo que debo contestar que una vida gloriosa es aquella que ha resultado útil a nuestros semejantes y a nuestra progresión personal.

—Magnífico —aprobó calurosamente Brigitte—. Y espero que esté de acuerdo conmigo en que cuanto más tiempo vivamos más podemos ayudar a nuestros semejantes y más podemos desarrollarnos moral y espiritualmente nosotros mismos. ¿Está de

acuerdo?

—Por completo.

—En ese caso, parece que sería conveniente vivir muchos años, ¿verdad?

Sheldon Miles comenzaba a desconcertarse. Intuía que algo se estaba saliendo de su cauce, pero no podía adivinar qué era.

—Sí, naturalmente. Es conveniente vivir muchos años.

—Conveniente y agradable, en definitiva.

—Sí, sí.

—De donde se desprende que, pese a nuestra arriesgada profesión, a usted le gusta vivir.

—Desde luego —masculló Miles.

—En ese caso, señor Miles, debería tener usted bastante más cuidado: le han seguido. ¡No se vuelva!

Sheldon Miles quedó inmóvil, con el cuello rígido súbitamente para impedir el gesto de volverse.

—Si fuese japonés me haría el harakiri —masculló—. ¿Está usted segura de que me han seguido?

En el acto comprendió que acababa de hacer una pregunta poco menos que idiota, y, ciertamente, casi ofensiva, al ir dirigida a la agente Baby. Pero ésta sonrió amablemente.

—Es un hombre de mediana estatura, vestido de blanco, con barba, algo desaliñado. Lleva lentes de sol y sombrero de paja y me parece que está mascando chicle. Cincuenta años, más o menos… ¿Lo identifica?

—No… No, lo siento. ¡Lo siento!

—Tranquilícese. Y sigamos tomando café mientras desarrollamos el tema de fondo en nuestra conversación. Sería estupendo que ustedes supieran ya quién mató a Simón…, a Richard Hammer.

—No lo sabemos. Pero quizá pudo ser el hombre que me ha seguido.

—Podría ser. Bueno, supongo que han averiguado algo al respecto, que han conseguido algún dato, alguna pequeña pista…

—Solamente una, y dudo mucho que sea interesante. Lo que sí le aseguro es que ni la misma CIA sabía eso respecto a Hammer.

—¿Quiere decir que Hammer ocultaba algo a sus compañeros de Nassau?

—Sí. Tenía una amante negra. Una isleña.

—Ya. Espero, al menos, que sea bonita.

—Es preciosa —refunfuñó Miles, inquieto por estar de espaldas al sujeto de las barbas—… Se llama Popsy Burke, y trabaja como secretaria en una empresa frutícola de las islas. Bueno, tengo la impresión de que no le interesa mucho a usted esa chica.

—No demasiado. Y le diré por qué: la vida de un espía es sumamente solitaria, señor Miles, y usted sabe que, concretamente en los agentes de la clase de Hammer, existe la prohibición tácita de crearse lazos afectivos con nadie. Sin embargo, el deseo de compañía, de amor, o tal vez de simple sexo, es muy fuerte en cualquier persona normal, así que no me sorprende que Hammer tuviera esa clase de relaciones a espaldas de Simón-Nassau, su jefe. He conocido otros hombres en las mismas circunstancias. De todos modos, ¿dónde vive esa preciosa negra?

—Tiene un bonito apartamento en Trinity Place. Se gana bien la vida. Parece una buena chica.

—Pero es negra —deslizó maliciosamente Brigitte.

—No creo que el amor tenga color —encogió los hombros Sheldon Miles.

—Usted me va gustando más a cada instante —sonrió Brigitte—. Dígame: ¿no tiene usted… ninguna Popsy en su vida?

—No.

—Lo siento por usted. ¿En qué número de Trinity Place vive ella?

—En el 16. Apartamento 2 A.

—Bien. Supongo que sabe usted que Hammer fue hallado muerto en una de las carreteras que comunican Nassau Street con el aeropuerto Oakes Field.

—Sí, claro.

—¿Qué supone usted que podía estar haciendo Hammer por allí?

—Caramba —se sorprendió Miles—, ¡eso deben de saberlo ustedes perfectamente!

—Pero le pregunto a usted.

—No tengo ni idea.

—¿Conoce usted o ha oído hablar de un tal José Bonifacio?

—No… Creo que no. No.

—Es un rico industrial brasileño.

—Lo siento, pero no. Quizás alguna vez haya oído su nombre,

pero no lo recuerdo. Y creo que lo recordaría.

—Sí, por lo general los espías tenemos muy buena memoria, o al menos muy bien entrenada. ¿Le suena el nombre de Thomas Haberman?

En el acto, Brigitte se dio cuenta de que esta vez había dado en el blanco, pese a que la expresión de Miles no cambió apenas.

—Ya lo creo que me suena —dijo el británico.

—Pues ya tenemos algo interesante. Tengo entendido que el señor Haberman está de vacaciones en las Bahamas.

—Estaba —susurró Miles—: ayer, su cadáver fue enviado a Estados Unidos.

—Ah.

—Se diría que no la sorprende.

—No demasiado. Resulta, señor Miles, que Richard Hammer estaba vigilando, digamos rutinariamente, al señor Haberman.

El agente británico parpadeó ostensiblemente un par de veces.

—No sabía eso.

—Pues ya lo sabe. Le voy a exponer en pocas palabras y claramente la situación, pues ya que usted está colaborando conmigo tiene derecho a conocer todos los datos posibles para su labor. Las cosas están así: Richard Hammer recibe la orden de vigilar a Thomas Haberman, un intermediario en la venta de barcos. Al poco, Hammer menciona un *jet* privado, llamado «15 Novembro», propiedad de José Bonifacio, lo que nos lleva a la inevitable conclusión de que Thomas Haberman pudo relacionarse con José Bonifacio o con alguien de su avión privado. Luego, Hammer es asesinado. Ahora, usted me dice que Haberman ha sido enviado cadáver a Estados Unidos… ¿Cómo murió el señor Haberman?

—De varias puñaladas.

—¿Se sabe cuándo lo mataron?

El agente del MI5 se pasó la lengua por los labios. Se estaba cumpliendo su gran ambición de conocer a la agente Baby, y ciertamente, no se arrepentía de ello, porque estaba tomando una de las mayores lecciones de su vida.

—Su cadáver fue hallado flotando en las aguas del puerto hace dos días —musitó—, pero llevaba varios días en el agua. Es difícil determinar cuántos, pero sí, podría ser que Haberman muriese más

o menos cuando murió Hammer.

—En ese caso, cabe dudar que fuese Haberman quien mató a Richard Hammer, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces ¿en quién pensaría usted como asesino de ambos, señor Miles?

—¿José Bonifacio?

—Es una posibilidad, ¿no?

—Sí. Creo que el MI5 va a ocuparse a partir de ahora con cierto interés de ese José Bonifacio.

—Eso está bien pensado —admitió Brigitte—, pero, señor Miles, no me gusta que interfieran en mis trabajos. Agradeceré muchísimo la ayuda de ustedes, considerando que la CIA hemos despejado el campo, pero, por favor, no interfieran.

—¿Quiere decir que lo que sepamos debemos notificárselo a usted…, y no hacer nada más?

—Yo se lo agradecería mucho —sonrió Brigitte.

Miles tenía fruncido el ceño, pero, de pronto, también sonrió.

—Naturalmente, yo pago los cafés —dijo.

—Muchas gracias. Eso rebajará notablemente mi factura a la CIA cuando regrese a Washington.

Sheldon Miles no pudo contener una carcajada, aunque le salió un poco sofocada.

Dejó un billete sobre la mesa, y preguntó:

—Bien: ¿qué hacemos con el barbudo que masca chicle?

—No podemos hacer nada: se ha marchado, O al menos está ahora en otro sitio desde el que puede vernos sin que nosotros lo veamos a él.

—Yo he sido torpe, pero ese tipo también, ¿no cree?

—Depende. Si lo que él quería era que no le viésemos, ha sido torpe; pero si lo que quería era que le viésemos, no ha sido torpe. Yo me inclino a creer que no le importaba ser visto, así que no debemos preocuparnos: el espía que se deja ver de ese modo no suele ser un asesino.

—Quizá no le ha importado que le viésemos precisamente porque piensa matarnos.

—También podría ser. Bueno, usted ya sabe cómo es ese hombre, pues se lo he descrito. Si sus compañeros lo conocen, no

deje de informarme por la radio.

—Es decir, que seguimos en contacto.

—Naturalmente. ¿Cree que sería muy llamativo por mi parte tomar un carruaje de caballos para trasladarme a Trinity Place?

—Claro que sería llamativo.

—Espléndido. —Brigitte se puso en pie, y tendió la mano al británico—. Gracias por su ayuda, señor Miles. Y por el café.

Poco después, el atónito Sheldon Miles, todavía plantado de pie ante la mesita, veía cómo la señorita Montfort subía a uno de los carruajes graciosamente coloridos, tirado por un caballo, y conducido por un sonriente cochero negro de blanquísima dentadura.

Capítulo III

—¿Señorita Burke?

Popsy Burke se quedó mirando como fascinada a su visitante, posiblemente la mujer más bella de raza blanca que jamás había visto. Y elegante. Estaba ante ella mirándola amablemente, quizá con una pizca de curiosidad simpática. En la mano izquierda sostenía un maletín floreado.

—Sí…, soy yo.

—Soy amiga de Richard Hammer. ¿Me permite pasar?

La preciosa negra lanzó una exclamación, y se apartó rápidamente del umbral de la puerta, que cerró en cuanto Brigitte hubo entrado, y preguntó ansiosamente:

—¿La envía él? ¿La envía Dick?

—No. Richard Hammer ha muerto, señorita Burke.

La respuesta era directa y cruel, pero Popsy debía enterarse tarde o temprano…, si es que no lo sabía ya, que era precisamente lo que quería averiguar Brigitte. Y lo averiguó, lo vio en los grandes y negros ojos de la muchacha: no lo sabía.

—Dios mío —gimió Popsy—… ¡Oh, Dios mío!

—Siento haberle traído tan mala noticia…, y habérsela dado así. Lo siento de veras.

—Pe-pero ¿qué… qué ha ocurrido, cómo…? ¿Ha sido un accidente?

Brigitte titubeó, y se decidió por la respuesta menos brutal que se le ocurrió:

—Podría decirse que sí. No esperaba encontrarla en casa, señorita Burke. Tengo entendido que trabaja usted como secretaria.

—Sí… Sí, sí. Bueno, he pedido unos días de vacaciones precisamente por si Dick aparecía… Hacía días que no tenía noticias de él, y estaba tan preocupada…

Se echó a llorar, de pronto, sin histerias ni espectacularidad.

Brigitte la tomó del brazo, y se encaminaron hacia el interior del bonito apartamento. Dejó a Popsy sentada en un sillón, y ella se sentó en otro, dándole frente.

—Tenía… tenía el presentimiento de que le había ocurrido algo, pero no esperaba… ¡Oh, Dios mío, Dios mío! Pero… ¿cómo ha sido, dónde? ¿Y cómo es que no me he enterado?

—Creo que Dick no había comunicado a nadie que se relacionaba con usted, de modo que nadie ha podido avisarla.

—Pero el hombre que vino aquí…

—¿Vino aquí un hombre? ¿Cuándo? ¿Qué hombre?

—Oh, hace unos días. No le conozco. Estuvo aquí de noche, cuando yo ya había cenado y esperaba que Dick me llamara, como había hecho tantas veces. Cuando sonó el timbre de la puerta pensé que era Dick, así que corrí a abrir…

—¿Qué quería ese hombre?

—Me dijo que traía un recado para Dick, de parte de otra persona. Era un nombre español, creo.

—¿El de su visitante?

—No, no, el de la persona que lo había enviado para que se lo comunicase a Dick. Usted dice que nadie sabía que Dick se relacionaba conmigo, pero aquel hombre sí lo sabía, ¿no?

—Evidentemente. Debía de haber estado vigilando a Dick, y lo vio venir aquí aunque sólo fuese una vez, y hasta posiblemente los vio salir juntos. ¿Cuál era ese nombre español?

—José… no sé qué más.

—¿José Bonifacio?

—¡Sí! Sí, exactamente.

Brigitte no sacó a Popsy de su error respecto a la nacionalidad de José Bonifacio.

—¿Le dio el recado para Dick? —preguntó.

—No. Dijo que tenía que ser personalmente, a menos que Dick me hubiera dejado a mí algún otro recado para ese Bonifacio.

—Ya. Lo que ese hombre quería era simplemente saber si usted conocía algo de las actividades de Dick Hammer y de su actual trabajo. Y usted no sabía nada, ¿verdad?

—No…

—Por fortuna. Estoy segura de que ese visitante le hizo muchas preguntas sobre cosas que usted no entendió. ¿Es así?

—Sí. Le dije que no sabía de qué me hablaba. Él me miraba a los ojos muy fijamente. De pronto, sonrió y dijo que bueno, que buscaría a Dick por otros sitios, y se fue.

—Se fue convencido de que usted no sabía nada de nada. Y creo que eso la salvó, señorita Burke.

—Me salvó… ¿de qué?

—De morir. Bien, algo bueno hay en esto: tenemos un personaje que no va por ahí matando gratuitamente.

—Pe-pero… ¿de qué… está usted hablando?

—Richard Hammer era un espía. Le mataron por eso, porque estaba haciendo un trabajo en el que debió de llegar más lejos de lo que él mismo pensaba…, así que lo quitaron de en medio. Y el hombre que vino a visitarla quería saber si usted sabía algo, si Dick le había hablado de todo eso. Por suerte para usted, no fue así.

—¿Está usted… hablando en serio? —jadeó Popsy, con los ojos desorbitados.

—Absolutamente. Y ya no importa lo que sepa usted sobre Richard Hammer: nadie podrá perjudicarlo ahora.

—Usted… usted… ¿Quién es usted? ¿Quién es?

—Soy amiga de Dick Hammer, también espía, como él, y voy a vengar su muerte. ¿Cómo era el hombre que vino a traerle el falso recado de José Bonifacio?

—No… no sé… Bueno, llevaba barba, y… y masticaba café.

—¿Café?

—Sí, sí, granos de café… Le olía la boca a café. Era un olor muy agradable de café…

—Voy a describirle a ese hombre: vestía un traje blanco bastante arrugado y desaliñado, era de mediana estatura, barbudo, y llevaba lentes de sol y un sombrero de paja. ¿Era así?

—Sí, exactamente, sí, sí.

—¿Habló en inglés, claro?

—Sí, claro… Claro.

—¿Con algún acento especial? ¿Ruso, americano, latino…?

—No, no. Hablaba muy bien en inglés… No recuerdo que tuviera ningún acento especial. Pero ahora que lo dice, no lo hablaba como usted, ni como yo. Bueno, lo que quiero decir…

—La entiendo. Hablaba un inglés neutro, que no era ni británico ni norteamericano. ¿Es eso?

—Sí. Era… un hombre amable.
—¿Amable? ¿Por qué dice eso?
—Bueno, él… era simpático. Y muy agradable.
—Amable, simpático, agradable… ¿De qué color tenía los ojos?
—Oh, negros. ¡Muy negros!
—¿De modo que se quitó los lentes ante usted?
—Sí, sí, claro.
—¿Y el sombrero?
—También. Era muy educado.
—¿También educado? Bueno, ¿cómo tenía el cabello?
—Muy rizado, castaño oscuro. Muy bonito.
—¿Y qué edad calcula que tenía?
—Pues no sé —se desconcertó Popsy—… No sé.
—¿Treinta, cuarenta, cincuenta…?
—No lo sé. Lo mismo podía tener treinta que cincuenta. Ya sé que le parezco tonta, pero no podría decirle ninguna edad concreta. A veces parecía un muchacho, y a veces me daba la impresión de ser… un viejo zorro.
—Pero era simpático.
—Sí, mucho.
—¿Se presentó a sí mismo, dio algún nombre?
—No.
Brigitte quedó pensativa. Lo único que había sacado en claro era que el tipo barbudo era simpático y que tenía los ojos negros y el cabello castaño oscuro, rizado y muy bonito. Ah, y que no mascaba chicle, sino café. Granos de café. ¿Café del Brasil?
—En realidad —murmuró, mirando de nuevo a Popsy—, yo venía a lo mismo que ese hombre simpático, es decir, a hacerle preguntas sobre lo que Dick Hammer pudiera haberle dicho últimamente sobre su trabajo… Pero ya veo que él era muy discreto. ¿Nunca le dijo cosas de su trabajo?
—No, nunca. Pero no me importaba… Sentía curiosidad, pero no me importaba. Lo amaba. ¿Puedo… podría…? Bueno, qui-quisiera saber dónde puedo ir pa-para verlo, o…
—No sería agradable. Además, fue trasladado a Estados Unidos… casi inmediatamente. Lo siento, señorita Burke.
—Me… me está costando hacerme a la idea de que Dick…
Las dos quedaron silenciosas. Brigitte tuvo una súbita

inspiración, se puso en pie, y se acercó a una de las ventanas que daban a la calle. Hacía calor, y estaban todas abiertas, pero con las persianas graduables echadas. Con dos dedos, Brigitte separó dos de los listones de plástico, y miró hacia la calle.

Lo vio enseguida. Estaba plantado en la acera de enfrente, con las manos en los bolsillos, y moviendo las mandíbulas. Masticaba granos de café. Como la vez anterior, lo estaba viendo a cierta distancia que le impedía detallar bien sus facciones, pero el aspecto general, quizá debido a la barba, era el de un hombre de cincuenta años. Claro que visto de cerca podía ser otra cosa. Estuvo tentada de pedirle a Popsy que identificara al sujeto, pero no valía la pena, no hacía falta.

Se volvió hacia la muchacha.

—¿Necesita usted algo, puedo hacer algo por usted…, algo que quizá deseaba hacer Dick Hammer algún día?

—¿Puede usted casarse conmigo? —susurró Popsy.

—No.

—Entonces, nada —Popsy Burke estaba llorando de nuevo, en silencio—… No necesito nada, gracias.

Brigitte volvió a mirar hacia la calle. El masticador de granos de café seguía allí. La espía se acercó a recoger su maletín.

—¿Se puede salir de este edificio por otro sitio que no sea la puerta principal? —preguntó.

—Sí. Al fondo del vestíbulo hay una puerta que siempre está abierta durante el día, y que da a un jardín que hay al lado de la Casa de las Flores. Por el camino puede salir a Gregory’s Arch, la calle que hace ángulo con ésta.

—Bien. No se mueva de aquí durante diez minutos. Luego, puede hacer lo que guste. Y no se preocupe: si no la han molestado ya, es que no lo harán. ¿De verdad no necesita nada?

—No.

—Gracias por todo, señorita Burke. No me acompañe.

Brigitte salió del saloncito, y en el vestíbulo sacó del maletín la pistola de cachas de madreperla, que deslizó en su escote. Salió del apartamento, bajó al vestíbulo, y fue hacia la puerta del fondo. Apareció en un pequeño jardín, separado de la Casa de las Flores por un gracioso sendero flanqueado por arbustos de flores. Lo

recorrió, y salió a
Gregory’s
Arch, dirigiéndose inmediatamente hacia la esquina de esa calle con la Trinity Place.

Las cosas podían cambiar ahora. Cuando el sujeto de las barbas se cansara de esperar y se marchara, sería ella quien lo seguiría a él.

Sacó cautelosamente la cabeza por la esquina, para echar un vistazo al masticador da café. Y frunció el ceño.

El simpático personaje había desaparecido.

«—O es muy listo —pensó—, o sabe que yo lo soy…, o me está provocando. Y desde luego, no puede estar muy lejos. Por supuesto, es de los que trabajan solos».

¿Realmente era «simpático»? Bueno, ella también lo era, cuando quería o le convenía, así que iba a serlo en esta ocasión.

«—Amiguito —pensó ahora—, te voy a dar todas las facilidades del mundo para que me sigas».

Regresó al vestíbulo del edificio donde vivía Popsy Burke, y salió a Trinity Place normalmente, como si no hubiera recurrido antes a la otra salida. Ni rastro del barbudo. Se dirigió hacia la derecha, llegó a Frederick Street, y bajó por ésta hasta Bay Street, sin volver la cabeza ni una sola vez.

* * *

Hacia las siete de la tarde, la señorita Montfort regresó al hotel por segunda vez en aquel día. La primera había sido cuando pasó por allí para pedir un coche de alquiler, de conseguir el cual se encargó el conserje por teléfono, sin problema alguno. La segunda vez, a las siete y pico, cuando hubo dado vueltas y más vueltas en busca de alguna pista…, que no había encontrado. Había estado en el aeropuerto Oakes Field, pero allí no había encontrado nada digno de atención, salvo que, en efecto, supo de nuevo que el *jet* «15 Novembro» había estado allí. Pero no, no sabían cuál fue su ruta de vuelo al despegar. Ningún problema, nada especial con respecto al «15 Novembro». ¿Cuánto tiempo había permanecido allí? Dos días. Eso era todo.

Y ni rastro del barbudo.

Al recoger la llave en la conserjería preguntó, por pura rutina, si

había algún recado para ella. No había ninguno. Subió a su *suite*, dispuesta a tomar un baño tibio que la relajase…, y nada más abrir la puerta vio el hermoso ramo de flores colocado en un jarrón.

Un ramo de flores que antes, al mediodía, no estaba allí.

Desde el pasillo, Brigitte se quedó mirando las flores con circunspección. La CIA no había sido, pues Simón-Nassau, además de hallarse ausente, sabía que cuando mataban a un Simón no era el momento de florituras con Baby.

¿El MI5, tal vez?

No, porque no sabían dónde paraba ella. A menos que el barbudo fuese del MI5, éste estuviese haciendo un extraño juego, y hubieran… No, no, no. ¡Qué tontería!

Desde la puerta, Brigitte veía el blanco sobre entre las flores. No le gustaba nada, pero que nada absolutamente aquel obsequio… ¿Y si las flores no eran para ella, y si se trataba de una equivocación de habitación?

Abrió el maletín, sacó sus gemelos de teatro, y los enfocó hacia las flores. En el sobre vio escrito su nombre, con letra clara, elegante, personalísima: *Miss* Brigitte Montfort. O sea, que no había equivocación alguna. Pero podía haber una bomba o cualquier truco en el sobre o entre las flores.

Apretó los labios, entró, cerró la puerta, y se acercó al ramo de flores. Lo estuvo mirando, sin tocarlo. Luego, fue al dormitorio, descolgó el teléfono, y pidió por conserjería.

—Soy Brigitte Montfort. ¿Puede decirme quién me ha enviado el ramo de flores?

—¿…?

—Las que hay en mi *suite*, en un jarrón.

—Está bien, gracias.

Colgó. No sabían nada de un ramo de flores para la señorita Montfort. Regresó ante el ramo de flores, y se quedó mirando el sobre. De pronto lo tomó, y lo palpó cuidadosamente. Dentro, al parecer, sólo había papel. Al menos, sus finos y sensibles dedos no palpaban nada más.

Rasgó un lado del sobre, sacó el doblado papel que contenía, y lo desdobló. Cuando vio el dibujo no pudo contener una carcajada. Allá, en un dibujo graciosamente caricaturizado, estaba ella, asomando la cabeza por la esquina de las calles

Gregory's
Arch y Trinity Place, muy abiertos los ojos, y con una flor en la cabeza. Era el dibujo más gracioso que había visto en su vida, y de una calidad absolutamente excepcional. Una obra de arte, en su modestia.

—Santo cielo —exclamó—… ¡El barbudo es un artista!

Riendo, guardó el dibujo en el maletín. Luego, miró entre las flores, pero no encontró ningún micrófono. ¿Iba a resultar definitivamente que el barbudo era simpático?

¿O demasiado listo? Porque si no había puesto ningún micrófono en el ramo de flores, donde parecía más apropiado y hasta provocativo, quizá lo había puesto en otro lugar de la *suite*, y lo que estaba haciendo era desafiarla a encontrarlo.

«—Interesante personaje —pensó Brigitte—… Me pregunto si sabe quién soy».

La pregunta no era ninguna tontería. Cierto, el barbudo sabía que ella era Brigitte Montfort, la periodista norteamericana, pero… ¿sabía que era la agente Baby de la CIA? Quizá no, ya que no la había visto con ningún agente de la CIA, sino con uno del servicio secreto británico. ¿Creía el barbudo que ella era británica? Pues no, porque si sabía que era Brigitte Montfort, sabía que era norteamericana. Y entonces, ¿qué estaba pensando de ella? ¿Que era una yanqui trabajando para el MI5? ¿O, simplemente, lo más lógico, que era una norteamericana espía que se relacionaba con los británicos, lo que la CIA hacía frecuentemente? Pero ser de la CIA, claro, no significaba ser Baby…

«—De todos modos —se dijo Brigitte—, ese barbudo sabe mucho de mí… y yo no sé nada de él, salvo que mastica café…».

A las ocho, Brigitte se había bañado y estaba ya vestida con un elegante y discreto modelo corto de noche, dispuesta a bajar a cenar al comedor del hotel. No tenía deseo alguno de salir aquella noche.

Se acercó al maletín, lo abrió, y sacó la pistolita de cachas de madreperla, que se sujetó al muslo izquierdo con una ancha tira de esparadrapo color carne, como era habitual en ella. Sacó también la radio de bolsillo que la comunicaba con Sheldon Miles, y con ella en la mano se dirigió al armario, del cual sacó un bolso.

En el momento en que se disponía a meter la radio en el bolso, pensando si valía la pena llamar a Miles, la radio emitió un

zumbido. Brigitte admitió la llamada en el acto.

—¿Sí?

—Soy yo —sonó la voz de Miles—… ¿Está usted bien?

—Perfectamente, gracias. ¿Me llama para preguntarme eso?

—Llevo llamándola un rato, pero como no contestaba…

—Ah, lo siento. Debía de estar en el baño. ¿Qué ocurre?

—He estado trabajando sobre Thomas Haberman, ya que nada conseguía con Hammer. Creo que he conseguido algo.

—Le escucho, señor Miles. No, espere un momento, por favor. —Brigitte fue al cuarto de baño, y se encerró en él esperando que el barbudo no hubiera colocado allí ningún micrófono—. Diga, señor Miles.

—¿Qué está pasando?

—Nada. Me he encerrado en el cuarto de baño.

—Ah… Muy cauta. Bien, como le digo, he estado investigando sobre Thomas Haberman, y creo haber encontrado algo. Haberman estaba alojado en el Drake Hotel, eso es algo que se supo enseguida cuando fue hallado en el puerto. He estado en ese hotel, y he sabido que, al poco de saberse lo de la muerte de Haberman, y cuando la Policía isleña ya hubo terminado con su habitación, ésta fue ocupada por un hombre llamado Alfonso Moraes. Es brasileño… como ese José Bonifacio.

—Interesante. ¿Qué más?

—Fíjese bien: Alfonso Moraes ocupó ayer la habitación que dejó vacante Thomas Haberman, y esta misma noche, hace apenas veinte minutos, ha pedido la cuenta y se ha marchado del hotel. Es decir, que apenas ha estado veinticuatro horas en esa habitación.

—¿Adónde ha ido el señor Moraes?

—La he estado llamando antes mientras los seguía a los dos con mi coche.

—¿A los dos?

—Un tipo parecido a Moraes ha recogido a éste en la puerta del hotel, y lo ha llevado hacia el embarcadero del Príncipe Jorge, en coche, desde luego. Ahora están los dos en un balandro…

—¿Un balandro o un yate?

—Un balandro. ¿Por qué?

—Porque José Bonifacio tiene dos yates.

—Ah. No, no, es un balandro. Además, creo que es de alquiler:

lleva bandera isleña. Su nombre es *Little Reef* Acabo de verlos entrar en él, y he vuelto a mi coche para avisarla. Yo diría que es evidente que ese Alfonso Moraes ha estado ocupando la habitación de Haberman sólo para buscar algo en ella…, y que ya lo ha encontrado, así que ha vuelto con su amigo.

—Eso es tanto como decir que pudieron ser Moraes y su amigo quienes mataron a Haberman, ¿no?

—Yo diría que es más que posible. Ya me entiende.

—Espero entenderle, señor Miles. Veamos, usted piensa que Moraes y el otro fueron quienes mataron a Haberman, para quitarle algo además de quitarlo de en medio por si por medio de él Dick Hammer podía saber demasiadas cosas. Por eso mataron a los dos… Pero Haberman no llevaba encima determinada cosa que también podía ser comprometedora para José Bonifacio, así que pensaron que esa cosa la había dejado Haberman en el hotel. Mientras no apareció Haberman, tal vez echaron un vistazo a su habitación, pero no han encontrado lo que buscaban hasta que Alfonso Moraes se ha instalado en la habitación y ha podido buscar bien, sin contratiempos ni riesgos. Y una vez ha encontrado Moraes lo que buscaba, simplemente se ha marchado del hotel.

—Sí, eso creo que ha pasado, por eso José Bonifacio se dejó aquí, en Nassau, a Moraes y al otro.

—Bien… ¿Se le ocurre qué cosa han podido encontrar en la habitación de Haberman?

—Claro que no. Pero ha de ser algo pequeño, que cabe en un bolsillo sin llamar la atención. Bueno, he pensado que quizá nos sería útil hacerles una visita… especial a esos dos brasileños… Por supuesto, si quiere me encargo yo solo de eso.

—No —murmuró Brigitte—… Desde luego que no. Entiendo que está usted en el embarcadero del Príncipe Jorge.

—Sí, en mi coche. ¿Va a venir?

—Ahora mismo. ¿Cómo es su coche?

—Un Leyland pequeño, azul oscuro, matrícula XAC 6812.

—Espéreme ahí, señor, Miles. No haga nada.

—Sé cuidarme.

—No lo dudo, pero no quisiera tener que devolverlo a usted a su servicio cosido a puñaladas. No olvide lo que le sucedió a Haberman.

—Yo no soy Haberman.

—Señor Miles: espéreme ahí, en su coche.

Cerró la radio, regresó adonde había dejado el maletín, y la metió dentro.

Apenas diez minutos más tarde, Brigitte se acercaba a pie al lugar donde esperaba el coche de Miles, tras haber dejado el suyo en un oportuno estacionamiento libre cerca de Rawson Square. En la mano izquierda llevaba el maletín rojo con florecillas azules, que por cierto, no encajaba en absoluto con su vestido.

Vio a Sheldon Miles sentado ante el volante, con la cabeza inmóvil, la mirada al frente. La iluminación del embarcadero le daba de lado en la mitad inferior del rostro nada más…, pero pudo ver un gesto de su boca. Tranquilizada, continuó caminando, pero se detuvo de nuevo a los pocos pasos, y se quedó mirando con concentrada atención al británico. Su inmovilidad no era natural, tenía el cuello demasiado rígido, tenso. No era normal que no mirase para verla llegar.

En el momento en que Brigitte se disponía a desviar su marcha, como si nada tuviera que ver con el británico y fuera a pasar de largo junto al coche, la voz sonó tras ella, en académico inglés:

—Siga caminando hacia el coche de su amigo. Dentro hay un hombre apuntándole a la nuca. Y yo la tengo encañonada a usted… Camine sin volver la cabeza.

Brigitte reanudó la marcha. Llegó junto al coche, y entonces Miles volvió la cabeza hacia ella. Estaba lívido.

—Lo siento —susurró, haciendo un gesto con la cabeza hacia atrás.

Brigitte se inclinó un poco, y vio al hombre agazapado en el asiento de atrás del coche, y captó el brillo de la pistola que empuñaba, provista de silenciador.

—Vaya a sentarse junto a su amigo —ordenó el hombre que tenía detrás.

Brigitte obedeció. Cuando se hubo sentado junto a Miles, el hombre de a pie se metió también en el coche, junto a su compañero.

—Usted, señorita, ponga las manos sobre su cabeza —dijo—. Usted, señor, vaya hacia el barco. Ya sabe cuál es, pues nos siguió antes.

Miles volvió la cabeza hacia Brigitte, que asintió con un leve gesto y puso las manos sobre la cabeza, con gracioso gesto que de todos modos se podía convertir en incómoda postura. No llegó a eso, pues el trayecto fue muy corto hasta que ordenaron a Miles que se detuviera. Mirando por la ventanilla. Brigitte vio el balandro, y distinguió su nombre en la proa, *Little Reef* «Pequeño Arrecife». Bonito nombre.

—Salgan los dos por la portezuela de su lado, señorita, y caminen hacia el barco. La pasarela está puesta.

Brigitte se apeó, y Miles lo hizo tras ella, desplazándose en el asiento delantero. Uno de los hombres ya había salido, con la mano derecha dentro del bolsillo de ese lado de la chaqueta. El otro salió acto seguido. Brigitte los miró un instante, inescrutable el rostro.

—Les he dicho que caminen: tendremos una charla dentro del barco.

Capítulo IV

Dentro del balandro no había nadie más, pero muy pronto quedó demostrado que había un tercer hombre, cuando el que daba las órdenes a bordo sacó una radio de bolsillo y pulsó la llamada.

—Dime —sonó la voz en portugués.

—¿Ha venido sola?

—Hasta ahora no veo a nadie más.

—Sigue vigilando unos minutos, y luego ven al barco. Pero quédate en la cubierta, vigilando.

—De acuerdo. ¿Quién es esa mujer tan hermosa?

—Pronto lo sabremos. No te distraigas, Joao.

Cerró la radio, la guardó, y se quedó mirando a Brigitte, la cual, pese a que había entendido perfectamente el diálogo, aparentaba no haberse enterado de nada.

—Ya tenemos la pistola de su amigo —dijo el hombre—. Ahora, por favor, entréguenos ese maletín.

—No llevo armas —mintió Brigitte.

—El maletín, por favor. Pedro, mira a ver qué lleva dentro. Ten cuidado al abrirlo. Ustedes dos siéntense ahí, juntos.

Con la pistola señaló el angosto diván situado junto al casco dentro de la reducida salita ubicada más abajo de la línea de cubierta, desde la que habían descendido por una escalerilla de madera. Tres portillas circulares permitían ver la noche, con el resplandor de las luces del embarcadero.

El llamado Pedro se hizo cargo del maletín de Baby, lo abrió precavidamente, y se quedó mirando su contenido, que acabó removiendo un poco con la punta de la pistola. Miró sonriente a su compañero.

—Es todo muy bonito, Alfonso: cosas de señora.

—Mira si hay armas.

—No hay, hombre.

—Pues regístrala a ella. Usted, señorita, póngase en pie.

Brigitte obedeció dócilmente, pero se las arregló para juntar los muslos de tal modo que la pistola quedase comprimida entre ambos. De este modo, cuando Pedro pasó sus manos por encima de la ropa no advirtió la presencia de la pequeña arma.

Luego, sin grosería alguna, pero decidido, Pedro palpó el torso de Brigitte, incluso metiendo dos dedos entre los senos.

—Nada —dijo—. No lleva nada.

—Muy bien. Vuelva a sentarse, señorita. ¿Es usted británica, como su amigo?

Brigitte pensó que su pasaporte auténtico estaba en el hotel, y que los otros estaban en el doble fondo del maletín, donde no parecía alcanzar la pericia de Pedro. Así que mintió tranquilamente.

—Sí, soy británica. Me llamo Nora Tisdale.

—Entonces, los dos son del servicio secreto británico.

—Sí, así es.

—¿Y por qué me vigilaban? —Miró ahora Alfonso Moraes a Sheldon Miles.

Éste siguió la línea de flexibilidad que había iniciado su colega americana, y contestó, pacientemente:

—Le vigilábamos porque usted ha ocupado la habitación del norteamericano Thomas Haberman, y nosotros estábamos vigilando al norteamericano porque vimos que también se interesó por él un hombre de la CIA, que fue asesinado. Luego, supimos que también Haberman había sido asesinado, y naturalmente nos ocupamos de sus asuntos.

—¿Y qué han descubierto de los asuntos de Haberman?

—Nada —dijo Brigitte.

—No le he preguntado a usted, señorita, sino al señor… ¿Qué descubrieron?

—Ya lo ha dicho Nora: nada. Esperábamos cazarlo a usted para saber algo.

—Además de ustedes dos… ¿trabaja algún compañero en el asunto?

—No. Sólo Nora y yo, en cuanto se refiere al Drake Hotel.

—Entiendo. ¿Han avisado a su jefe de mi intervención?

—No he tenido tiempo —gruñó Miles—. La avisé a ella, eso es todo.

—Bueno —sonrió Alfonso—, eso significa que si ustedes dos no dicen nada, nunca nadie sabrá nada, ¿verdad?

Sheldon Miles se pasó la lengua por los labios. La cosa estaba clara: los iban a silenciar… para siempre.

—Tal vez yo haya dicho algo —dijo suavemente Brigitte.

—¿Qué? —La miró Moraes.

—Digo que tal vez antes de venir al embarcadero haya llamado a mi jefe, para decirle que Sheldon y yo teníamos una pista: un hombre llamado Alfonso Moraes, brasileño, que ha estado sólo veinticuatro horas ocupando la habitación dejada vacante por Haberman, y que tras encontrar lo que fue a buscar allá se ha metido en un balandro de alquiler que lleva por nombre *Little Reef*… Nuestros compañeros encontrarán el balandro, señor Moraes.

Éste y Pedro se quedaron mirando hoscamente a la espía americana.

—Encontrar el balandro no significa encontrarnos a nosotros —dijo por fin Moraes.

—Quizá no los encuentren esta noche. Ni mañana. Pero si el MI5 los busca, los encontrará, sea cuando sea. Se me ocurre que usted podría hacer algo mucho más inteligente que matarnos, señor Moraes.

—¿Por ejemplo?

—Hagamos un trato. Sólo díganme qué han encontrado en la habitación que ocupó Thomas Haberman, y nos separamos amistosamente. Podrán marcharse de las Bahamas sin contratiempos, con esa cosa. Sólo queremos saber de qué se trata.

—Podríamos escapar fácilmente dejando con mil palmos de narices a sus amigos, señorita.

—No. Es inútil. Ellos saben que ustedes trabajan para José Bonifacio, y encontrando a José Bonifacio les encontrarán a ustedes. Es fácil localizar a una personalidad como José Bonifacio.

Los dos hombres miraban ahora inescrutablemente a Baby.

—¿De dónde saca usted que trabajamos para ese Bonifacio? —sonrió de pronto Pedro.

—¿No es así? —Lo miró amablemente Brigitte.

—Claro que no. Más bien, todo lo contrario.

—Entonces ¿por qué mataron al americano Hammer y al también americano Haberman, el primero vigilando al segundo, que

tenía contactos con José Bonifacio?

Sheldon Miles estaba aterrado. Jamás había conocido espía alguno que expusiera sus cartas tan descaradamente; un descaro que era toda una provocación, pues si era cierto que aquellos hombres habían matado a Hammer y Haberman, no les podía gustar que eso lo supiera el MI5, que, lógicamente, informaría a sus amigos de la CIA.

Pero un escalofrío de admiración recorrió su columna vertebral al comprender la jugada de Brigitte cuando Moraes gruñó:

—¿Quiere eso decir que ustedes están pasando información sobre esto a la CIA?

—Naturalmente, señor —sonrió Brigitte—. No le auguro a usted un gran futuro, francamente. Matar a un agente de la CIA es un pésimo negocio.

—Peor negocio fue para el agente de la CIA.

Baby apretó los labios y entornó los ojos, eso fue todo. Y de nuevo sintió Miles un escalofrío: así, por las buenas, con unas cuantas palabras, la agente Baby había arrancado con toda sencillez la confesión implícita de Moraes de que éste y sus compañeros habían matado a Richard Hammer. Y por lo tanto, a Haberman también. Mal negocio, en efecto…, si no fuese porque quien estaba en apuros en aquel momento eran él y Baby.

—Es usted muy lista, ¿verdad? —susurró Moraes.

—Sí, lo soy. Por eso insisto en mi trato. Ustedes dicen que no son empleados de José Bonifacio. Muy bien, de acuerdo. ¿Para quién trabajan, entonces? Díganme eso, y los dejaré marchar, con mi promesa de que nadie les perseguirá.

—Escuche —farfulló Pedro—, somos nosotros quienes estamos controlando la situación, ¿sabe?

—Sólo aparentemente. ¿Están tramando ustedes algo contra José Bonifacio? ¿O están mintiendo y son empleados de él? ¿Qué han recogido en la habitación de Thomas Haberman?

Sheldon Miles, ahora, estaba simplemente pasmado. Parecía talmente que quien dirigía la situación era Baby, no los dos hombres que los tenían a raya con sus pistolas.

—Alfonso —susurró Pedro—, creo que deberíamos matarlos ahora mismo.

—Sí, tienes razón —asintió Moraes.

—Todavía tengo algo más que decir —dijo Brigitte, sentándose de nuevo en el diván junto a Miles—. Y les conviene escucharme.

—Pues si nos conviene, dígalo —sonrió Pedro.

—¿Habla usted ruso, señor Miles? —preguntó Brigitte, en este idioma.

—Bastante bien —replicó el atónito británico.

—Pues salte como pueda para ponerse fuera del camino de sus balas. Voy a…

—¡Dejen de hablar así! —exclamó Moraes—. ¡Lo que tenga que decir…!

No dijo nada más. La señorita Montfort había introducido una mano entre sus muslos, como quien pretende rascarse, pero rápidamente sus dedos asieron la pistolita, dio un tirón, y la pistola apareció, con la tira de esparadrapo colgando por un lado…

Plof, disparó Baby.

La bala alcanzó a Pedro en el centro de la frente, y lo empujó muy suavemente, pero ya muerto.

—¡Joao! —gritó Moraes, mientras disparaba contra Brigitte.

La bala se hundió en el respaldo del diván, pues Brigitte, igual que Miles, había saltado hacia un lado, al tiempo que disparaba de nuevo. Su disparo coincidió con el segundo de Moraes, acertándole en el hombro derecho. Y así, la bala que hubiera ido hacia Brigitte, se desvió, y alcanzó a Miles, que lanzó un alarido, y quedó tendido de bruces.

Alfonso Moraes seguía gritando, llamando a su compañero de cubierta, el tal Joao, cuyos pasos comenzaban a resonar en la escalerilla de madera cuando Brigitte disparaba por tercera vez. Y esta vez, la bala acertó a Moraes en el ojo derecho y se incrustó en el cerebro justo cuando el brasileño, pese a la herida en el hombro, se disponía a disparar de nuevo, pues la balita disparada antes por Brigitte no era suficiente para detener la acción de un hombre… a menos, claro está, que se alojara en su cerebro.

En el momento en que Moraes, muerto, caía hacia atrás lanzando una salpicadura de sangre por su ojo reventado, las pisadas de Joao llegaban al último escalón, y Joao aparecía, pistola en mano, girando velozmente los ojos.

De pronto, cuando ya Brigitte le apuntaba velozmente, Joao emitió un sonido que pareció un bramido, al tiempo que la parte

posterior de su cabeza estallaba y era impulsada hacia dentro del balandro con tal fuerza que el hombre cayó de bruces y se deslizó por el piso, dejando un manchurrón de sangre. Justo cuando se detuvo, Pedro terminó de caer hacia atrás, con blando impacto. Había tardado dos segundos en caer desde que la bala de Brigitte le mató. Y en dos segundos habían muerto dos hombres más, y posiblemente, tres, si Sheldon Miles había tenido mala suerte.

Baby se quedó inmóvil apuntando hacia la escalerilla, pero nadie apareció por allí, ni se oyó sonido alguno en la cubierta. El silencio pareció convertirse en algo tangible, visible. Brigitte miró un instante la destrozada nuca de Joao. ¿Quién le había metido aquel balazo en la cabeza disparándole desde atrás, seguramente desde el embarcadero? Quien fuese, era de una oportunidad sencillamente maravillosa…

—¿Está… usted bien? —Oyó el jadeo de Miles.

Le miró vivamente, y le vio con la cabeza alzada, mirándola con expresión angustiada. Brigitte se desplazó rápidamente hacia el británico.

—¿Dónde le han dado? —musitó.

—En… en el vientre… ¡Maldita sea, es… es la segunda vez que… que…!

—Cálmese. ¿Puede cambiar la onda de su radio para avisar a sus compañeros?

—Claro…

—¿Quién le quitó la radio?

—El… el maldito… Moraes…

Brigitte asintió. Dejó la pistolita de cachas de madreperla en el suelo, y le dio la vuelta cuidadosamente a Miles, cuya ropa rasgó, para mirar la herida. Luego se adentró en el balandro, y reapareció en cuestión de segundos, haciendo tiras una sábana, cuyos pedazos entregó al británico.

—Contenga la hemorragia. ¡Vamos, Sheldon, tiene que hacerlo!

—Sí, lo… lo voy… a hacer…

Brigitte encontró en un bolsillo de Moraes la radio de Miles, y se la entregó a éste, ocupándose ella entonces de taponar la herida, mientras Miles manipulaba en su radio.

—Creo… creo que ya está… Voy a llamar para…

—No hable más. Yo llamaré.

Lo hizo. Hubo una crepitación, pero enseguida se oyó, aceptablemente bien, la voz de un hombre:

—Adelante.

—Soy Baby. Han herido a Sheldon Miles en el vientre. Estamos los dos en un balandro amarrado en el embarcadero del Príncipe Jorge. Necesitamos un médico ahora.

—Vamos para allá. ¿Nombre del balandro? ¿Lo sabe? —«Pequeño Arrecife».

—Llegaremos en diez minutos como máximo.

* * *

—Es muy aparatoso —dijo el médico británico—, pero menos grave de lo que parece. Voy a operarlo inmediatamente. Llévenlo a la clínica.

Sheldon Miles había sido ya colocado en una camilla, y miraba turbiamente a su alrededor. Oía voces, veía manchas ante sus ojos, se sentía como flotando… La virulencia del dolor del impacto había pasado, y ahora se sentía como insensibilizado.

Una de las manchas que apareció ante sus ojos provocó una reanimación de su consciencia. Aquellas dos grandes manchas luminosas sólo podían ser los ojos de Baby.

Intentó sonreír.

—Soy… una calamidad… —jadeó.

—Por el contrario, Sheldon. Lo ha hecho usted muy bien. Me ha ayudado mucho, de veras.

—Es usted muy… muy am… amab…

—No diga nada más. Llévenselo.

Ahora sí, Sheldon Miles se sintió flotar de verdad. La cabeza le dio vueltas, le pareció que salía disparada, y, como un extraño proyectil, se perdió a velocidad vertiginosa en la más completa oscuridad.

Cuando hubieron sacado a Miles del balandro, el hasta entonces silencioso jefe del MI5 en las Bahamas miró a Brigitte, y murmuró:

—Parece que las cosas no han ido demasiado bien.

—Podrían haber ido peor: querían matarnos a los dos. Creo que deberían echar un vistazo por aquí, a ver si encuentran algo que valga la pena.

El británico asintió, hizo un gesto a los tres hombres que habían quedado con él en el interior del balandro, y se acercó a contemplar los cadáveres de los tres brasileños. Estuvo unos segundos de más mirando el de Joao, miró a Brigitte, y murmuró:

—¿A éste también lo mató usted?

—No. Le dispararon por detrás desde el embarcadero.

—¿Quién?

—No lo sé. Se me ocurrió que había sido uno de ustedes.

—Claro que no. Pero sea quien sea, es evidente que está de nuestra parte. ¿No se le ocurre quién ha podido ayudarles?

—No —mintió Brigitte.

Es decir, ella creía que mentía, porque sí se le ocurría quién había disparado desde el embarcadero. Pero podía equivocarse.

Se arrodilló junto a Moraes, y comenzó a sacar todo lo que éste llevaba en los bolsillos, mientras pensaba que había vengado ya el asesinato de Simón-Richard Hammer, pues había quedado bien claro que Moraes, Joao y Pedro habían sido quienes eliminaron a Hammer y a Haberman. Aunque, por supuesto, los tres habían sido solamente los ejecutores de las órdenes recibidas. ¿Había sido José Bonifacio quien había dado aquella orden? ¿O Moraes no había mentido, y los tres habían estado trabajando para otra persona que, al parecer, no era precisamente amiga de José Bonifacio?

Muy pronto, el desconcierto y las dudas de Brigitte aumentaron, cuando encontró, muy bien doblado en la billetera de Alfonso Moraes, el cheque por quinientos mil dólares, contra un banco suizo. El cheque era al portador, negociable en todo el mundo, y la firma, clarísima, con una letra muy bella y cuidada, resultaba perfectamente legible: José Bonifacio de Salazar.

Para Brigitte, la cosa estaba muy clara: José Bonifacio entra en negociaciones con Thomas Haberman para la compra de un barco o varios barcos, y, como anticipo para que empiece a trabajar en conseguir el material, José Bonifacio entrega el cheque por quinientos mil dólares a Haberman. Pero a éste lo matan, y José Bonifacio se marcha de las islas Bahamas. Hasta aquí, la cosa parecía muy clara, pero luego comenzaba a complicarse.

¿Por qué se marcha José Bonifacio de las Bahamas? Quizá porque al haber ultimado su trato con Haberman, ya nada le queda por hacer en Nassau. Pero… ¿sabía José Bonifacio al marcharse que

Haberman había muerto? En ese caso, tenía lógica que hubiera dejado a tres hombres para que recuperasen el cheque que Haberman no llevaba encima en el momento de su muerte, ordenada por el hecho de que Haberman está siendo vigilado por un agente de la CIA al que también matan. Finalmente, Alfonso Moraes recupera el cheque, con lo que sólo le resta ir a reunirse con José Bonifacio. Entonces, éste es culpable de las muertes de Dick Hammer y Thomas Haberman.

Pero si José Bonifacio se marcha de las Bahamas creyendo que Haberman está vivo, y que todos sus proyectos de compra de barcos están en marcha, todo normal… ¿quién dirigía a Moraes y a los otros dos en aquel asunto de la recuperación del cheque por quinientos mil dólares tras ordenar los asesinatos de Hammer y Haberman? Si no era José Bonifacio, tenía que ser alguien que estuviera lo bastante cerca de él para conocer todo el asunto, o muy buena parte de él. En resumen: que no podía estar segura de la culpabilidad de José Bonifacio…

—Bonito cheque —comentó el jefe del MI5 tras ella.

Brigitte lo miró, y sonrió como divertida.

—Sí, muy bonito.

Y tranquilamente fue a guardarlo en su maletín. Poco después, tenía ante ella las documentaciones de los tres brasileños muertos: Alfonso Moraes, Joao Pinheiro y Pedro Cabral.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó el jefe británico.

—Tírenlos al fondo del mar.

—Muy práctico. Bueno, ahora que Miles ha quedado fuera de juego le asignaré a otro de los nuestros para…

—Por el momento, no —rechazó Brigitte—. Vamos a dejar pasar esta noche, y mañana ya veremos. Llámeme por teléfono a las ocho, y le diré lo que he decidido. Por otra parte, estoy esperando noticias que quizá me obliguen a marcharme de Nassau.

—La llamaré a las ocho… si me dice dónde está usted instalada.

—Hotel Príncipe Alberto. Buenas noches.

* * *

—Buenas noches, señorita Montfort.

—Buenas noches. ¿Me da mi llave, por favor?

—Con gusto. Y un mensaje telefónico que dejaron para usted hace cosa de media hora.

—Gracias.

Brigitte tomó la llave y el papel con el membrete del hotel en el que el conserje había escrito el mensaje. Éste decía:

> *SI TODAVÍA LE INTERESA LA ENTREVISTA HEMOS LOCALIZADO A NUESTRO PERSONAJE EN ACAPULCO, MÉXICO. SALUDOS. SIMÓN.*

—Cielos —suspiró simpáticamente la señorita Montfort—, ¡con lo bien que empezaba a encontrarme aquí, ahora tengo que irme a Méjico! ¡Y cuanto antes! ¿Cómo podría hacerlo?

—¿Quiere que me encargue de ello, señorita Montfort?

—Se lo agradecería muchísimo.

—Hay un vuelo que sale de Nassau a las diez y cuarto de la mañana hacia Ciudad México, eso no es problema. Pero enlazar inmediatamente para ir a Acapulco puede ser un poco más complicado… De todos modos, haré todo lo posible por resolverlo.

—Muchas gracias. Y por favor, tengan preparada mi cuenta para las ocho de la mañana… Ah, si algún amigo preguntase por mí, no tenga inconveniente en decirle que salgo para Méjico y Acapulco.

—Muy bien. Que descanse, señorita Montfort.

—Buenas noches —sonrió la divina espía.

* * *

—Buenos días, Sheldon. ¿Cómo va eso?

El espía británico, postrado en la cama de su habitación en la clínica, hizo un gesto de fatigada resignación, y susurró:

—Estoy vivo, que no es poco.

—Ciertamente. Bueno, no es necesario que hable demasiado. Ya sé por su jefe —señaló por encima del hombro hacia atrás al jefe del MI5, que estaba de pie tras ella— que la operación fue bien, y que dentro de un mes todo estará olvidado.

—Todo, no. Le debo la vida, lo sé. Ellos querían matarnos.

—A los dos —recordó Brigitte, sonriendo—, de modo que también luché por mi vida. Y usted lo hizo muy bien. De veras,

Sheldon: gracias por su colaboración. Bien, he venido a despedirme: me voy a Méjico.

—¿Sin esperar a que encontremos al barbudo?

Brigitte estuvo a punto de decir que no lo iban a encontrar, pero contestó:

—No dispongo de tiempo, lo siento. Pero si lo localizan, por favor, avisen a mis Simones.

—Claro… Bueno, yo…

—No se fatigue. Lo que le conviene ahora, es decir, en cuanto pueda ponerse en pie, es buscar un sitio agradable donde pasar unas vacaciones.

—¿Un sitio más agradable que las Bahamas? —sonrió Miles.

—A mí me encanta el sol, y supongo que a usted también. Y las playas hermosas… Pero a veces resulta estimulante cambiar de aires, de ambiente, incluso de clima. Por ejemplo, podría ir usted a Suiza. ¿Le gusta Suiza?

—Todo eso sería demasiado caro para mí. Y no creo que mi servicio se muestre excesivamente espléndido.

—Bueno, todo tiene arreglo en la vida. Precisamente, le quité de un bolsillo a Moraes lo que fue a buscar a la habitación de Haberman. Es un cheque por quinientos mil dólares, que, según mi costumbre aceptada con resignación por la CIA, pasa a ser botín personal. Me pregunto si, ya que va a ir usted a Suiza, de paso querría cobrar el cheque.

—¿Y adónde le envío el dinero? ¿A Langley?

—Claro que no. Es para usted.

—¿Qué? —jadeó Sheldon Miles.

—Cómprese una casita en Inglaterra y retírese de la acción. Sus servicios serán muy apreciados en el ministerio. Cuando llegue allí, después de sus vacaciones en Suiza, pregunte por John Pearson, y dígale que yo le envío. Sólo eso.

—Pe-pero… esto… esto… ¡Es medio millón de dólares!

—Felices vacaciones —sonrió Baby.

Se inclinó, besó a Sheldon Miles en la frente, y se puso en pie, mientras el jefe del MI5 le apartaba la silla. Brigitte le tendió la mano, sonriendo irónicamente, y acto seguido, sin más, salió de la habitación.

Sheldon Miles dejó de mirar con expresión atónita el cheque, y

miró a su jefe.

—¿Qué hago? —susurró.

—Anoche creí que se lo iba a quedar ella —gruñó el otro.

—Pe-pero… ¿qué hago?

—¿Qué demonios puedes hacer? ¡Quedártelo! Me parece que no sería buen negocio discutirle una decisión a Baby.

—En el fondo —susurró Miles—, tenía la impresión de que quedaría defraudado con ella, al conocerla… Pero no. Te aseguro que no me ha decepcionado absolutamente en nada…

Quien sí se sintió muy decepcionada cuando, una hora más tarde, su avión despegaba para tomar rumbo hacia Ciudad México, fue la señorita Montfort.

Y ello porque, por más que miró y remiró por todas partes, no halló ni rastro del barbudo personaje que masticaba granos de café. Y era una lástima, porque a la señorita Montfort le habría gustado conocer más a fondo al personaje que dibujaba tan maravillosamente… y tenía una puntería sencillamente formidable. Tan formidable que si se hubiera propuesto matarla a ella, la señorita Montfort ya estaría muerta.

Capítulo V

—¿Ha tenido buen viaje? —preguntó Simón.

—Sí, gracias. Pero estoy agotada, Simón.

—Lo hemos supuesto —sonrió el agente de la CIA que había recibido a Baby en el aeropuerto de Acapulco—, y nos hemos preocupado de buscarle un alojamiento digno de usted. Tenemos entendido que le gusta el mar.

—¡Adoro el mar! —suspiró Brigitte.

—Entonces, perfecto. Le hemos alquilado un *bungalow* en Condesa Beach, frente a la playa. Es muy agradable, pero discreto, bien cobijado por cocoteros… Bueno, no es que sea digno de usted, pero…

—Cualquier lugar junto al mar, donde haya una cama esperándome, es bueno para mí —suspiró Brigitte—. Gracias a todos.

Era ya de noche cuando Simón-Aeropuerto partió de éste hacia Condesa Beach, en Acapulco. Junto a él, la admirada Baby estaba bellísima, pero evidentemente fatigada. Simón llegó a temer incluso que se durmiese por el camino, pero esto no sucedió. Cuando llegaron al *bungalow* ella estaba despierta y bien despierta, y todavía con unas energías que sorprendieron a Simón, el cual, apenas hubo llevado la maleta de Brigitte al dormitorio comenzó a recibir órdenes:

—Quiero ver a Simón-Acapulco, y necesito un dibujante. Un correo debe prepararse inmediatamente para partir hacia la Central en cualquier momento. Y quiero ver las fotografías que se han tomado de José Bonifacio y sus amigos, y recibir el informe de sus actividades en Acapulco.

—Pero… ¿ahora? —exclamó Simón.

—Ahora. Mientras tanto, cenaré… si es que hay algo en el frigorífico.

—Naturalmente.

—Pues póngase a trabajar mientras yo ceno.

Entró en la pequeña cocina, abrió el frigorífico, y sonrió al ver inmediatamente, en el estante inferior, media docena de botellas de champaña Dom Perignon y un tarro con guindas… Desde la cocina oía la voz de Simón, hablando por la radio de bolsillo. Escogió algunas de las viandas ya cocinadas, las puso en una bandeja y la llevó al saloncito. Regresó a por una botella, encontró copas, y volvió junto a Simón, que cerraba la radio en aquel momento.

—Todo está en marcha —dijo—. Simón-Acapulco está en camino hacia aquí. ¿Quiere que descorche la botella?

—Sí, gracias.

Simón-Acapulco, acompañado por otro Simón, al que Brigitte decidió denominar como Simón-2, llegaron cuando la espía estaba terminando de cenar y la botella estaba más que mediada, pues Simón-Aeropuerto había tenido que aceptar la invitación.

—Y además, abriremos ahora mismo otra botella —dijo Brigitte —, y nos la beberemos tan ricamente.

Hubo un cambio de miradas entre los agentes de la CIA, y Simón-Acapulco preguntó:

—¿Ya ha vengado a Richard Hammer?

—Exactamente. Pero sólo en cuanto a la mano ejecutora. Las otras botellas las reservaremos para el final. ¡Bueno…! ¿Qué sabemos de José Bonifacio? ¿Qué está haciendo en Acapulco?

—De momento, parece que está disfrutando de la vida. No hace nada. La tripulación de su *jet* se han instalado en una hermosa quinta cerca de Punta Bruja, a pesar de que tienen anclado en la bahía uno de sus yates, el *Carioca*. Tendría usted que ver ese maldito yate.

—Me lo imagino. ¿Y el avión? ¿Sigue en Acapulco?

—Sí, sí.

—Bueno. De modo que yate de lujo, *jet* privado, quinta de recreo. ¿Qué más?

—Nada importante, salvo las grandes cajas que transportaron ayer mismo desde el yate a la quinta.

—¿Grandes cajas? ¿Qué contenían?

—Ni idea. Las fotografiamos, pero no se ve nada.

Simón-Acapulco tendió un montón de fotografías a Baby, que

comenzó a mirarlas con sumo interés. Había fotografías del espléndido yate, del *jet*, de los hombres de José Bonifacio, de éste mismo, tan encantador y dulce como siempre, de la quinta sita en Punta Bruja. En varias de las fotografías se veía a los hombres de José Bonifacio descargando grandes cajas desde el yate, y luego colocándolas en un camión. Eran tres cajas, que al menos en las fotografías parecían herméticamente cerradas. Luego, más fotografías, ahora mostrando el momento de la llegada del camión a la quinta, y luego, con teleobjetivo, todavía más fotografías de los hombres descargando las cajas frente a la casa.

—Intrigante —murmuró Brigitte—… ¿Eran muy pesadas?

—Bastante, pero no creemos que sean armas. Dado su tamaño, si estuvieran llenas de armas cuatro hombres no habrían podido manejarlas.

—¿Saben cuánto tiempo hace que el yate está aquí?

—Cuatro días.

—Entonces, no puede tratarse del dinero, ya que esas cajas estaban a bordo entonces, supongo. Quiero decir que no vieron ustedes que llegaran las cajas mientras el yate estaba fondeado.

—No. Debían de estar ya a bordo.

—Pues no puede ser el dinero. Y tampoco son armas… Bien, nos interesaremos por ello en su momento. ¿Ninguna visita en la quinta del señor José Bonifacio?

—Hasta el momento, no.

—Esperaremos, quizá. José Bonifacio quería comprar barcos en Nassau, y si allá la operación ha quedado desbaratada, insistirá. Tengo la certeza de que pronto llegará alguien que también vende barcos, como Thomas Haberman. ¿Qué sabemos de la zona de Belém?

—Nada nuevo.

—¿Hemos sabido qué hacía allí José Bonifacio con su lujoso avión?

—Viaja. Simplemente, viaja.

—Ya. Bueno, Simón, quiero que busquen en nuestros archivos los nombres de tres brasileños llamados Alfonso Moraes, Pedro Cabral y Joao Pinheiro. Necesito cuantos más datos mejor sobre esos tres hombres… ¿Y el dibujante?

—Tardará por lo menos una hora, porque aquí no tenemos, así

que he tenido que pedirlo a Ciudad México. Ya debe de estar en camino en un helicóptero o en una avioneta.

—Lo esperaré. Mientras tanto, dígame: ¿saben de algún… colega que ande por ahí masticando granos de café?

—No… En absoluto, no. Es chocante.

—Sí. Un tipo de mediana estatura, barbudo, desaliñado, con lentes de sol y sombrero. Puede tener treinta años o puede tener cincuenta…, y es muy simpático, amable y educado.

—Caray… Gran tipo. ¿Dónde lo ha conocido usted?

—En Nassau. Pero no me sorprendería que apareciera por aquí.

—¿Qué hacemos con él si aparece?

—Nada. Es cosa mía. Supongo que tenemos vigilada la quinta, el yate y el *jet* de José Bonifacio durante las veinticuatro horas del día.

—Claro. Estamos haciendo turnos dobles para.

—Nada de eso. Llamen de nuevo a Ciudad México, o adonde quieran, pero que envíen más personal. No quiero gente fatigada, Simón.

—Pues usted lo está.

—Pero mañana estaré como nueva, y quiero que todos ustedes lo estén también. Así que explíqueme bien cómo está todo, y yo le diré cuántos hombres y efectivos quiero que estén funcionando en este asunto, para que pida todo lo que necesitemos.

Sesenta y cinco minutos más tarde, cuando llegó el dibujante de Ciudad México, todo estaba más que acordado entre Baby y Simón-Acapulco. El dibujante, que entró ya con la curiosidad en los ojos, se quedó mirando pasmado a la espía internacional, como clavado al suelo. Reaccionó enseguida, acercándose a ella, que le tendió la mano, sonriendo maliciosamente.

—¿Algún problema? —preguntó.

—No… No. Bueno, simplemente no creía lo que se decía de usted, pero sí, es preciosa…, y la conozco. Eso no es bueno.

—Tiene razón —murmuró Brigitte—, pero ya he empezado este asunto así, y habida cuenta de cómo pienso continuarlo tendré que seguir de este modo. Bien… ¿dispuesto a hacer un pequeño trabajo?

—Cuando usted quiera.

El dibujante de la CIA invirtió quince minutos escasos, siguiendo las descripciones de Brigitte, para terminar la foto-robot del barbudo masticador de café.

—Conforme —dijo ella—. Buen trabajo.

—Francamente —movió la cabeza Simón-Acapulco—, no se puede decir que se le vea con mucho detalle.

—Es su aspecto general. No pude verlo de cerca en ningún momento, así que tendremos que resignarnos. Envíen algunas copias a la Central por medio del correo que pedí. Y también quiero que envíen algunas copias de este otro dibujo.

Sacó del maletín el dibujo que le había hecho el masticador de café, y se lo entregó a Simón, mientras el dibujante de la CIA estiraba el cuello y echaba un vistazo. El hombre lanzó una exclamación.

—¿Qué ocurre? —Le miró vivamente Brigitte.

—¡Es genial! Además, me recuerda el estilo de alguien… ¡He visto anteriormente dibujos hechos por la misma mano, estoy seguro!

—¿No puede recordar dónde?

—No, lo siento… ¡Pero lo recordare! No puede haber dos dibujantes como éste… ¡Lo recordaré!

—En ese caso, no deje usted de avisarnos. Bueno, esto es todo por ahora… ¿O no, Simón?

Simón-Acapulco movió la cabeza, con su gesto peculiar.

—Estaba pensando que la Central enviará aquí al grupo de Simones que forman el comando especial para apoyarla a usted en este trabajo. No fueron a Nassau, pero vendrán aquí. Así que contándolos a ellos, quizá no haga falta pedir ayuda a Ciudad México.

—Ya pensé en eso, pero no. Quiero que ese comando se mantenga, por el momento, al margen de nuestras actividades digamos rutinarias. Sólo entrarán en acción en caso de apuro.

—Como usted diga.

—Ahora sí que voy a dormir —suspiró Brigitte—… Buenas noches a todos.

Agarró el maletín, se fue al dormitorio donde ya había dejado su maleta Simón-Aeropuerto, y de ésta sacó el pijama. Se lo puso, se tendió en la cama, y se quedó dormida.

Cuando, minutos más tarde, Simón-Acapulco se asomó al dormitorio, sonrió, y regresó al saloncito donde esperaban Simón-Aeropuerto y Simón-2.

—Se ha quedado frita. Avisad a Luke y a Spencer para que monten guardia con vosotros por los alrededores del *bungalow*, mientras yo me encargo de poner en marcha sus órdenes... ¡Demonios, me apuesto el bigote a que va a dormir por lo menos veinticuatro horas!

* * *

Simón-Acapulco se equivocó. A las siete y media de la mañana Baby se despertó, suave y completamente, se puso un bikini, y salió del *bungalow* en dirección a la playa. Sentado al pie de uno de los cocoteros, Simón-3 se despejó bruscamente de su somnolencia, y se quedó mirándola turulato.

—Buenos días —saludó sonriente la espía—... ¿Cuántos son ustedes, Simón?

—Yo y tres más... ¡Buenos días! —Se puso en pie a toda prisa.

—Avise a los otros y vayan a echar un sueñecito.

—Pe-pero... ¿adónde va usted?

—A nadar un rato. ¡Hermoso día, ¿no es cierto?!

Siguió su camino hacia la cercana playa, mientras Simón-3 corría a dar el aviso a los demás. Una vez reunidos los cuatro, Simón-Aeropuerto masculló:

—Bueno, ella ha dicho que echemos un sueñecito, ¿no?

—Sí, pero...

—Ni peros ni leches. Estoy que me muero de sueño. Y además, no pienso desobedecerla. ¿A dormir? ¡Pues a dormir!

—Pero si alguien intentase sorprenderla...

—¿A quién? —Se pasmó Simón-Aeropuerto—. ¿A Baby? Vaya, tienes el día guasón, ¿no es cierto? ¡Sabe cuidarse sola! Al menos, cuando está despierta.

Se metieron en el *bungalow*, se dejaron caer en sillones y en el sofá, y segundos después dormían a pierna suelta. El primero en despertar fue Simón-2, al ser zarandeado. Abrió los ojos en el momento en que Simón-Acapulco volvía a darle otro leve puntapié en la suela de uno de sus zapatos. Respingó, se sentó adecuadamente en el sillón, y bostezó ruidosamente.

—¿Dónde está ella? —preguntó Simón-Acapulco.

—En la playa. Se fue hace unos minutos —miró su reloj de

pulsera, y se puso en pie de un salto al ver la hora; eran casi las once de la mañana—… ¡Demonios!

Los otros tres espías despertaron poco menos que simultáneamente, y se quedaron mirando a su jefe local, que tenía fruncido el ceño y parecía un poco pálido.

—No está en la playa —dijo—. Ni en el *bungalow*. ¡Malditos sean vuestros huesos! ¿Dónde está?

Los otros tres espías habían mirado también la hora, y estaban todos pálidos. Se quedaron contemplando en silencio a Simón-Aeropuerto.

Por fin, Simón-3 dijo:

—Ella dijo que echáramos un sueñecito.

—¡Un sueñecito! ¡Así os parta un rayo! ¡Venga, todos a buscarla!

Cinco minutos fueron más que suficientes para que los cuatro hombres de la CIA se convencieran plenamente de que Baby no estaba en el *bungalow*, ni en la playa, ni en el jardín… Simplemente, había desaparecido. Y todo lo que quedaba de ella era el bikini que había llevado aquella mañana, lavado y escurrido y puesto a secar en un florido arbusto.

—Como le haya ocurrido algo —susurró Simón-Aeropuerto—, ya podéis pensar en suicidaros…

* * *

Tendido entre unas matas de un pequeño promontorio en Punta Bruja, el hombre miraba con unos potentes prismáticos hacia la entrada de la lujosa quinta de recreo. De cuando en cuando se tomaba un descanso, y miraba hacia la bahía, o hacia isla Roqueta, sin utilizar los prismáticos, recreándose en el azul de las aguas, la luminosidad del sol… O bien, utilizando de nuevo los prismáticos, miraba hacia el fondo de la bahía, donde estaban Playa Hornos y Playa Condesa, para admirar a las hermosas muchachas que tomaban el sol en la arena, en bikini, y, algunas, con los senos descubiertos.

El sujeto en cuestión debía de tener unos treinta años, o poco más. Moreno, cabello castaño claro formando una densa masa de rizos sobre su cabeza, y unos hermosos, inteligentes ojos oscuros de mirada directa, amable e irónica. A primera vista podía parecer un

poco feo, pero muy pronto un buen observador se percataba de que aquella supuesta fealdad era debida únicamente a la virilidad de sus rasgos angulosos y firmes. Era un atleta de mediana estatura, que vestía con descuido unos viejos *jeans*, un jersey de manga corta y cuello abierto, que tenía una B bordada en rojo sobre el fondo negro del jersey, y calzaba zapatillas deportivas, tan viejas como los tejanos.

De cuando en cuando, este hombre metía una mano en un bolsillo del pantalón, sacaba un par de granos de café, y se los metía en la boca, triturándolos con evidente placer.

«—Esas *garotas*[2] están para hincarles el diente», pensaba cuando miraba a las muchachas de los senos desnudos.

Pero su máxima atención estaba centrada en las verjas que cerraban el acceso a la quinta de recreo.

Si alguien salía o entraba, él lo veía. Sólo que hasta aquel momento, desde que se aposentara allí poco después de amanecer, no había visto a nadie que le mereciera particular interés.

«—Y sin embargo —pensaba—, sé que va a venir. Lo sé. ¿Por qué, si no, habría venido a Cacapulco… digo Acapulco? Aunque tal vez, si dejó una pista tan fácil en el hotel, fue para engañarme… Pero no. Ella vendrá».

Eran las once de la mañana.

A las once y diez, un taxi se detuvo frente a las verjas de la quinta de recreo. El atlético y viril masticador de granos de café, sin barba y sin lentes, apretó con impaciencia los prismáticos.

Vio abrirse la puerta derecha de atrás del taxi, y vio salir a la mujer… El sol centelleó sobre la abundante cabellera negra despidiendo reflejos azulados.

—¡Ahí está! —exclamó.

Capítulo VI

Brigitte Montfort se apeó del taxi, y se quedó mirando por entre las rejas la hermosa casa que se vislumbraba al fondo, por entre cocoteros y macizos de flores. Olía a mimosa.

—¿La espero, señorita? —preguntó el taxista.

—Por el momento, sí, por favor.

Se acercó a las verjas, vio el timbre en uno de los soportes de rojos ladrillos, y lo pulsó. Casi enseguida apareció un hombre en el sendero, acercándose. Vestía un traje blanco, y una camisa de colorines, de cuello abierto. Cuando llegó ante Brigitte, la admiración resultó más que evidente en los ojos del hombre.

—¿Diga, señorita? —inquirió en español, con leve acento.

—Soy Brigitte Montfort —habló Brigitte en portugués—… Deseo ver al señor De Salazar.

—¿A quién? Creo que se confunde…

—Claro que no. Al llegar a Acapulco vi el «15 Novembro» en el aeropuerto, así que sé que José Bonifacio de Salazar está en la ciudad. Y he podido saber que está aquí, en esta quinta. Sea tan amable de decirle que Brigitte Montfort, periodista norteamericana, desea hablar con él. Es muy urgente.

—¿Urgente? ¿De qué se trata?

—Hablaré con el señor De Salazar. Sólo con él.

El hombre titubeó.

—Tendrá que esperar. La verdad es que no sé si está en casa.

—Esperaré.

El hombre regresó hacia la casa. Brigitte se volvió, y por un instante, en alguna parte que luego no pudo precisar, vio el reflejo del sol en dos pequeños puntos. Fue sólo un instante. Como si el sol hubiera incidido en dos cristales. Se dedicó a buscar de nuevo el par de reflejos, pero ya no pudo verlos… pese a lo cual estaba segura de que alguien la estaba viendo con prismáticos. Pensó que debían de

ser los Simones de vigilancia en torno a la quinta.

Se volvió de nuevo hacia la casa, mirando las flores y el sendero por entre los barrotes. Alcanzó a distinguir dos hombres, también vestidos de blanco, con traje completo, por los jardines, paseando… Y debía de haber más, naturalmente.

H hombre tardó casi cinco minutos en regresar. Abrió las verjas y se quedó mirando a Brigitte, que, interpretando su gesto, sacó dinero del maletín y pagó al taxista, el cual emprendió el regreso a Acapulco, al centro.

Brigitte entró en la quinta, el hombre cerró las verjas, y señaló hacia la casa. No hablaron durante el recorrido. Lucía un hermoso sol, y al poco Brigitte comenzó a oír los chapoteos, y casi enseguida divisó la piscina, a un lado de la casa.

Junto a la piscina había media docena de parasoles de llamativos colores, y bajo éstos, las blancas mesas, ninguna de las cuales estaba ocupada. Pero, entre dos de ellas, muy cerca, de la piscina, había una gran tumbona blanca y azul, y, tendido en ella, un hombre. Cuando estuvo más cerca, Brigitte reparó en que estaba completamente desnudo, y, casi al mismo tiempo, lo identificaba como José Bonifacio de Salazar.

No se veía a nadie más. Ni siquiera en la piscina, lo que sorprendió a Brigitte, pues seguía oyendo los chapoteos del agua, como si alguien estuviera nadando. El criado señaló a José Bonifacio, y se dirigió siempre silenciosamente hacia la casa. Salvo los leves chapoteos, no se oía nada más. El sol calentaba de firme.

Brigitte se colocó junto a la tumbona, y se quedó mirando al personaje, que yacía inmóvil, con los ojos cerrados, respirando suavemente. Tenía un cuerpo hermoso, delicado, apenas musculado. Un cuerpo de delicado efebo, que encajaba con sus dulces facciones. Durante un minuto, Brigitte lo estuvo contemplando. Por fin, tras fruncir el ceño, sonrió, se inclinó sobre José Bonifacio, y, tras retener el dedo corazón de la mano derecha con el pulgar, disparó el primero, acertando con la uña en la punta del circuncidado pene de José Bonifacio.

Éste soltó un respingo, y se incorporó vivamente, llevándose las manos al lugar golpeado, mientras sus grandes ojos se volvían hacia la visitante.

—Buenos días —sonrió Brigitte, hablando en portugués.

—¡Me ha lastimado usted! —exclamó José Bonifacio.

—Sí, eso me proponía. Pero podía haberle hecho mucho más daño si le hubiera mordido, ¿no cree?

El pasmo apareció en el rostro de José Bonifacio, que, acto seguido, se distendió con la risa. La nítida carcajada resonó en el soleado y silencioso lugar.

—¡Sí, me habría hecho más daño! —exclamó.

—Sin la menor duda. —Brigitte tomó una blanca silla próxima a una de las mesas, y se sentó junto al brasileño—. Incluso, tal vez, podría haberle amputado tan interesante miembro. Pero no tema: soy vegetariana.

De nuevo se echó a reír José Bonifacio, gozoso como un niño.

—¡Vegetariana! —exclamó—. ¡Ve-ge-ta-ria-na!

—Bueno, no del todo. Me encantan las ostras. Pero nunca les pongo limón, ni nada. Me gusta comerlas tal cual salen del mar. ¿Le gustan a usted las ostras?

—¡Muchísimo!

—Magnífico. Pues ya tiene usted solucionado el problema.

—¿Qué problema?

—El de la vestimenta. Entiendo que no tiene usted ropa que ponerse, por lo que, conforme a la tradición, debería ponerse una hoja de parra tapando sus cositas. Mas, como aquí no veo parra alguna, podría utilizar una concha de ostra. Le hace un agujerito, pasa por él una cadenita de oro que se anuda a la cintura, y ya tiene usted la concha de ostra tapando su cosita… Lo que encaja muy bien con usted.

—¿Por qué… encaja… conmigo? —reía José Bonifacio.

—Porque lo de llevar una hoja de parra se queda para los pobres. Los ricos, ¿qué menos que una concha de ostra para taparse los pellejos? Incluso, podría encargar usted que le hicieran una concha de oro.

—¡Me gusta usted! —reía sin cesar José Bonifacio—. ¡Me gusta mucho!

—¿En qué sentido?

—¡En todos! ¡Y pensar que he estado a punto de negarme a recibirla!

—Ah. Bueno, ya ve lo que se habría perdido: un buen rato de risa, que es sanísima para el cuerpo, el corazón y la mente. Dígame:

¿por qué ha decidido recibirme?

—Amaro me ha dicho que se trataba de algo urgente. ¿O no he entendido bien?

—Sí, pero le he mentido a Amaro.

—Ah —José Bonifacio parpadeó—… En lo que no me ha mentido, sin embargo, es en lo del nombre. La conozco a usted, señorita Montfort. La verdad es que ha influido más su nombre que su urgencia. Soy un gran admirador de su talento político.

—¿Mi talento político?

—¡Por supuesto! Leo siempre con mucho interés su Sección Internacional, que su periódico, el Morning News, cede a una agencia de prensa tras las primicias. Espero que el Morning News le esté pagando un salario adecuado.

—No me gusta mucho la palabra salario. Digamos que mi estimado jefe compensa adecuadamente mi colaboración en el periódico. ¿De veras admira usted mi talento político?

—De veras. Tiene usted una visión muy aguda de la situación mundial. Muy aguda y muy certera.

—Es usted muy amable.

—Se me está ocurriendo que quizá más adelante aceptaría usted la dirección de mi Gabinete de Prensa. Sería formidable poder reunir la belleza y el talento.

—Me está abrumando usted, señor de Salazar. ¿No se siente un poco incómodo de permanecer desnudo ante una mujer que, a fin de cuentas, es sólo una visitante?

—Yo no. Pero si a usted le molesta mi naturalidad…

—No, no. Me hace gracia, más bien. ¿Piensa usted organizar un Gabinete de Prensa? ¿Con qué fin?

—Para tener informado al mundo sobre mis decisiones, naturalmente.

—Ah. ¿Y cree que sus decisiones interesarán al mundo?

—Ciertamente.

—Vaya… Mire, yo he venido aquí porque me he enterado de su presencia en Acapulco, y he pensado que podría escribir una de esas entrevistas mundanas que de cuando en cuando envío a mi jefe, aunque, eso sí, firmándola con un seudónimo. Y resulta ahora que en lugar de una entrevista más o menos original tengo la posibilidad de dirigir un Gabinete de Prensa para informar al

mundo de sus decisiones… ¿No es fantástico?

—¿Me ha visitado usted para conseguir una entrevista? —se decepcionó visiblemente José Bonifacio.

—Claro. Estoy de incógnito en Acapulco, pero nunca pierdo la posibilidad de hacer un trabajo interesante. Así que, en cuanto supe que usted estaba aquí, decidí entrevistarlo.

—Eso es demasiado vulgar para usted, señorita Montfort.

—Tal vez me está usted supervalorando, ¿no? Soy una periodista, simplemente.

—Pero no una simple periodista. Habla usted muy bien mi idioma.

—Estoy segura de que usted habla mejor el mío. Pero sigamos conversando en portugués. Me encanta.

—Gracias. ¿Qué preguntas había pensado formularme?

—Bueno, por ejemplo: ¿qué hace usted en Acapulco?

—Tomo el sol.

—Triste drama —dijo Brigitte.

José Bonifacio se desconcertó visiblemente.

—¿Triste drama? ¿A qué se refiere?

—Ignoraba que les hubieran robado a ustedes el sol de Brasil. La última vez que estuve allí tenían mucho.

—¡Tiene usted mucho ingenio! —rió el hombre—. Claro que no nos han robado el sol. Seguimos teniendo mucho. En realidad, tenemos mucho de todo, en Brasil.

—Siempre falta algo.

—¿Eso piensa? ¿Cuál es, según usted, el país más rico del mundo?

—No quisiera parecerle presuntuosa, pero malas lenguas aseguran que el país más rico del mundo es el mío, Estados Unidos de América.

—Ha dicho usted bien: es cosa de malas lenguas. No es su país el más rico.

—¿No? Vaya… ¿Canadá, entonces?

—Claro que no.

—Mmm… ¿Rusia? ¿Suecia? ¿Alemania? ¿Japón? ¿Arabia Saudí, tal vez?

—No, no, no.

—Caramba. Por favor, sáqueme de dudas: ¿cuál es?

—Brasil.

—Ah.

—¿No lo cree?

—Bueno, es posible que cuando Dios hizo el mundo señalase a Brasil con un dedo, decidiendo que se acumularan allí las mayores riquezas… ¿Por qué no?

—Dios no existe, señorita Montfort.

—Yo conozco, al menos, un dios. Lo tiene usted ahí —señaló hacia arriba—: el sol. Apáguelo y verá lo que queda de su Brasil y de mis Estados Unidos de América en cuestión de segundos.

—No se puede apagar el sol —sonrió José Bonifacio.

—Es cierto. Pero sí controlarlo, quizá…[3] Pero eso no tiene nada que ver con lo que estamos hablando. Yo le he preguntado qué está usted haciendo en Acapulco, y su respuesta ha sido… simpática pero esquiva.

—Tiene razón. Bien, simplemente, estoy aquí, como podría estar en otra parte. Me gusta viajar.

—Sí, eso tengo entendido. Creo haber leído en alguna parte que no hace mucho estaba usted en las Bahamas, y antes o después, no recuerdo, estaba en Brasil, me parece que en Belém… ¿O lo estoy confundiendo con otro millonario brasileño?

José Bonifacio, que miraba ahora muy fijamente a Brigitte, sonrió de pronto.

—La verdad es que ni yo mismo me acuerdo —dijo amablemente—. Con frecuencia ni siquiera recuerdo dónde estoy en ese momento.

—Pues ahora está usted en Méjico. Y ello, por el simple placer de viajar…, y de tomar el sol. Bueno, me parece que eso no interesará demasiado a mis lectores, de modo que tendremos que buscar otras preguntas. Oh, por cierto, ¿se enteró usted de lo que ocurrió en Belém hace unos días?

—¿Qué ocurrió?

—Bueno, no fue en la ciudad, sino orilla abajo. Parece que una casa fue abrasada de un modo… extraordinario, quedó convertida en cenizas. Como si hubiera estallado una bomba, enorme, en ella. Y se dice que pudo ser… ¡por favor, no se ría: UNA BOMBA VOLANTE!

—Ah, sí, es cierto, oí toda una serie de cosas fantásticas en

Belém. Se hablaba de un extraño aparato, de un poderoso zumbido… Es cierto, yo estaba en Belém entonces. Lo había olvidado. Y también estoy olvidando mi cortesía: todavía no le he presentado a mis amigas.

—¿Qué amigas?

—Amelia, Gladys y Vitória… Están refrescándose en la piscina.

—Deben de ser unas buceadoras magníficas, porque no las he visto en ningún momento. ¿De modo que viaja usted con tres jovencitas? ¡Ahora comprendo que esté desnudo!

—Me parece que no ha comprendido usted nada —rió José Bonifacio, relucientes como ascuas los ojos, con una súbita expresión en ellos que a Brigitte le pareció pérfida—… Pero lo va a comprender inmediatamente. Se las voy a presentar.

—Es usted muy amable. Eso sí puede ser interesante para el reportaje.

—Sin la menor duda —rió José Bonifacio—… ¡Sin la menor duda, señorita Montfort!

Emitió unos silbidos bien modulados, lentos y dulces, musicales. Brigitte miró con curiosidad creciente hacia la piscina. ¿Qué clase de muchachas eran Amelia, Gladys y Vitória? ¿Cómo era posible que ella las hubiera estado oyendo chapotear en la piscina…, pero que no las hubiera visto en ningún momento?

La siniestra cabeza apareció de pronto por el borde de la piscina, y Brigitte palideció y quedo inmóvil un instante. Acto seguido, todo su cuerpo se estremeció, de pies a cabeza.

—Ésa es Gladys —dijo José Bonifacio.

Brigitte miraba con expresión desorbitada la cabeza de la serpiente que se iba alzando más y más. Junto a ella aparecieron dos cabezas más, idénticas para la espía, pero que José Bonifacio señaló mencionándolas.

—Y ésa es Vitória y ésa es Amelia. Venid, queridas: voy a presentaros a una señorita.

Gladys fue la primera en comenzar a salir de la piscina, reluciente al sol; sus bellísimos colores parecían contener el arco iris, y destellaban prodigiosamente. La cabeza no era muy grande, pero cuando comenzó a aparecer el cuerpo Brigitte sintió que sus músculos no podían obedecerla. Gladys debía de tener un diámetro no inferior a los treinta centímetros, y bajo la piel su carne se movía

como si toda ella fuese un gigantesco músculo.

Parecía que Gladys no fuese a terminar nunca de salir de la piscina. Cuando lo hizo, unos segundos antes que Amelia y Vitória, la longitud de su cuerpo quedó evidente. Sumida en el pasmo y el espanto, Brigitte aún pudo reaccionar para calcularles a las tres enormes serpientes no menos de diez metros de largo.

—Son boas constrictor —explicó amablemente José Bonifacio—, de mi selva brasileña. Dentro de poco toda vida se extinguirá allí, pero ellas todavía podrán vivir muchos años conmigo. ¿No le parecen a usted unos bellísimos animales, señorita Montfort?

Brigitte tragó saliva. Se iba tranquilizando, pero no las tenía todas consigo. Las palabras de José Bonifacio le sonaban como rumores lejanos, toda su atención se concentraba en las tres enormes boas que se deslizaban hacia ellos ondulando su cuerpo sobre el césped, ahora. El susurro de sus cuerpos en la hierba era sencillamente escalofriante.

Brigitte no podía moverse.

¿Cuánto debía de pesar una de aquellas serpientes?

¿Quinientos kilos?

—Queridas, os presento a la señorita Montfort, periodista norteamericana que, al parecer, siente curiosidad por mí. Señorita Montfort, le presento a Amelia, Gladys y Vitória —fue señalando a las tres boas, que ya estaban ante ellos.

Brigitte seguía inmóvil.

Los pérfidos ojos de las serpientes la estaban mirando, como escrutando, planas sus cabezas sobre la hierba, apenas a un metro de los pies de la espía internacional.

—No sé si está usted demasiado asustada para poder moverse, o, por el contrario, no tiene ni pizca de miedo. En todo caso, su actitud me parece de lo más inteligente y serena, señorita Montfort.

Volvió a silbar de aquel modo musical, y las boas parecieron desparramarse alrededor de ellos, moviéndose con lenta majestuosidad. Brigitte siguió inmóvil mientras los tres enormes cuerpos, cruzándose, formaban un círculo alrededor de ella y de José Bonifacio. Luego, simplemente, las serpientes permanecieron inmóviles, dejando a Brigitte y al brasileño en el centro del círculo.

—Les encanta refrescarse, pero todavía les encanta más tomar el sol. A mí también me encanta tomar el sol. ¿No le gusta a usted,

señorita Montfort?

Brigitte se pasó la lengua por los labios, y volvió la cabeza hacia el hombre.

—Sí, también me gusta mucho —murmuró.

—Entonces, parece que los dos tenemos algo de serpiente. Bueno, sea sincera: ¿está usted asustada?

—Un poco.

—¿Un poco? —La mirada de José Bonifacio evidenciaba un gran interés creciente hacia su hermosa visitante—… Permítame decirle que todas las chicas a las que he presentado a Gladys, Vitória y Amelia se han desmayado. ¿Por qué usted no?

—Yo diría que el miedo no me deja desmayarme.

—¿Qué quiere decir?

—Supongo que, subconscientemente, temo que si me desmayo me van a devorar sus amigas.

—Ah. Sí, podrían tragársela a usted entera. Cualquiera de las tres podría hacerlo. Pero no tema usted nada, generalmente son inofensivas… Lo que no les gusta nada es que las pisen. Sí, eso las molesta mucho. Se lo advierto porque será mejor que me espere usted aquí mismo.

—¿Esperarle? ¿Adónde va?

—Amaro me está haciendo señas… Debe de ser la llamada telefónica que estoy esperando toda la mañana. ¿Me disculpa unos minutos?

—Desde luego.

Los párpados de José Bonifacio se entornaron.

—La voy a dejar aquí sola con ellas, señorita Montfort.

—Sí, lo he entendido. ¿Sería tan amable de enviarme un refresco con Amaro, por favor?

—Se lo traeré yo cuando vuelva —rió José Bonifacio—, porque Amaro no podría llegar ahora hasta usted. Es cuestión de un par de minutos nada más. ¿De qué le gustaría el refresco?

—Sorpréndame.

Él volvió a reír, puso sus descalzos pies sobre las boas, y pasó tranquilamente por encima de ellas, pisándolas.

Recibió tres miradas vidriosas, y eso fue todo. Ya fuera del círculo, José Bonifacio se volvió.

—Por favor, no lo intente usted.

—No lo intentaré.

José Bonifacio se dirigió hacia la casa, campechanamente desnudo, y Brigitte se quedó en el círculo de serpientes. Encendió un cigarrillo, reflexionando. Ahora sabía lo que habían contenido las tres cajas que desde el yate *Carioca* habían sido trasladadas a la quinta: las tres amiguitas de José Bonifacio. El susto iba cediendo en Brigitte, que calculó la distancia desde donde estaba hasta fuera del círculo de lustrosa piel colorida. Podía salvar aquella distancia de un salto, si llegaba a ser necesario. Y sabía que podía ser más rápida que Gladys, Vitória y Amelia, cuyas pieles se secaban rápidamente al sol.

Brigitte se inclinó, y pasó una mano por el cuerpo de una de las boas, áspera y rugosa, como corteza. No hubo reacción alguna en la boa. Apretó con más fuerza, y notó bajo la palma de la mano la lenta palpitación. No era un contacto ni viscoso ni repugnante en modo alguno. Apretó todavía más, y la cabeza de la boa se desplazó sobre el césped hacia ella; los fríos ojos quedaron fijos en Brigitte, que sonrió.

—Apuesto —dijo— a que estarías mucho mejor en las profundidades de tu selva amazónica, querida. ¿A que sí?

La cabeza de otra boa se desplazó, y luego la de la tercera. Los tres pares de ojos parecían de cristal líquido.

—No me miréis así: no voy a ir a parar a vuestras fauces, os lo aseguro. Pero me pregunto qué coméis. ¿Qué os da vuestro simpático amigo? ¿Monos vivos? ¿Ratas? ¿Perros, corderos, carne de vaca, quizá?

Una de las cabezas se deslizó hasta detenerse apenas a un palmo de los pies de la espía, que enmudeció. Permaneció en silencio, y la boa pareció olvidarla. El sol caía a plomo, el silencio era total. José Bonifacio salió de la casa, y emprendió el regreso hacia donde esperaba la señorita Montfort.

Capítulo VII

El brasileño se detuvo fuera del círculo de serpientes boas, haciendo un gesto de impotencia con los brazos y mostrando en su rostro un gesto de compunción.

—Tendrá que perdonarme, señorita Montfort —se disculpó—, pero tengo unos asuntos urgentes que atender.

—Lo comprendo —sonrió Brigitte—. Pero al menos podría haberme invitado a un refresco.

—Créame que lo siento. Es algo urgente… Sin embargo, tal vez aceptaría usted cenar conmigo esta noche. Podríamos entonces conversar más tranquilamente.

—Me parece una buena idea —admitió la espía—. ¿A qué hora tengo que venir?

—No, no. Esta casa no está dignamente preparada para recibirla a usted. ¿Conoce «Ramírez»? Es un restaurante muy famoso en Acapulco. Está en Costera Miguel Alemán… Especialidad en carnes y mariscos.

—¡Mariscos! —entornó los ojos Brigitte—. Bueno, espero que tengan ostras.

—Sin duda —rió José Bonifacio—… ¿Le parece bien a las ocho?

—Me parece una buena hora —asintió Brigitte.

—Espléndido. Me ha dicho Amaro que llegó usted en un taxi, lo que significa que no tiene vehículo propio. Me he permitido indicar a uno de mis empleados que la lleve en coche a su hotel o donde quiera que esté alojada.

—No ha debido molestarse. Puedo volver dando un paseo…

—¡De ninguna manera! El coche vendrá enseguida. Mientras tanto, creo que debo sacarla de ahí… Espero que no la moleste que la tome en brazos.

—¿No sería más práctico ordenarles a sus amiguitas que volvieran al agua?

—Pobrecillas… ¡están tan bien al sol!

—Es verdad —sonrió de nuevo Brigitte—. De todos modos, no se moleste usted, señor De Salazar. Yo misma saldré.

Sin dar tiempo a José Bonifacio a reaccionar, Brigitte se quitó los zapatos, y con ellos en una mano y el maletín en la otra simplemente pasó por encima de las serpientes, pisándolas sin miramiento alguno. Amelia movió la cabeza, y eso fue todo. Vitória y Gladys ni siquiera reaccionaron. Brigitte salió del círculo, se puso los zapatos, y miró al estupefacto brasileño, sonriente. El hombre reaccionó de pronto.

—¿Cómo lo ha hecho? —murmuró.

—Igual que usted —le miró divertida Brigitte—: pisándolas. Pero sin zapatos. Además, nos hemos hecho buenas amigas en estos minutos. ¿Y sabe cómo, señor De Salazar?

—¿Cómo?

—De una manera muy sencilla: conviviendo sin molestamos unas a otras. Los animales son muy consecuentes.

—Y usted es una mujer extraordinaria —susurró José Bonifacio —. Por favor, no olvide nuestra cita en «Ramírez».

—No la olvidaré. Pero le agradecería que fuese usted vestido. ¿Será posible?

José Bonifacio se echó a reír. El coche apareció por un lado de la casa, acercándose a ellos por el sendero. Brigitte tendió la mano al brasileño, y luego, sonriente, fue hacia el coche. Segundos después, el vehículo cruzaba las verjas, que se abrieron electrónicamente.

Brigitte miró el rostro del conductor en el retrovisor.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó.

—Wenceslao, señorita, para servirla.

—Muy amable. Tenga la bondad de parar un poco más abajo, Wenceslao: regresaré a pie.

—Pero señorita, el señor me ha ordenado…

—No he querido discutir con él. Ni quiero hacerlo con usted. Me gusta pasear, y eso voy a hacer.

—¡El señor se va a enfadar mucho conmigo!

—Siga usted hasta Acapulco, dé una vuelta por allí, y regrese. Dígale que me ha dejado en el centro de la ciudad, y ya está. Le aseguro que yo no lo desmentiré, Wenceslao. Pare aquí mismo.

El hombre hizo un gesto de resignación, y detuvo el coche a un

lado de la carretera. Brigitte se apeó, le dio las gracias, y señaló hada delante. Resignado irremediablemente, Wenceslao continuó hacia el centro de Acapulco, dejando sola a Brigitte bajo la sombra de un árbol…, y notando ya en su mano la leve vibración del maletín que le indicaba que la estaban llamando por la radio.

Se sentó tranquilamente a la sombra, sacó la radio, y atendió la llamada.

—¿Sí? —inquirió.

—¿Está usted bien? —Sonó la voz en inglés.

—Desde luego. No se preocupen.

—¡Pues dejó usted muy preocupados a Simón-Acapulco y a los otros! ¡Habían dado la voz de alarma!

—No quise despertarlos, ni dejar nota alguna. Sabía que ustedes me verían, y que los avisarían. ¿Alguna novedad por aquí?

—Salvo su visita a José Bonifacio, ninguna. La estamos siguiendo por si…

—No, no, no. Continúen vigilando esa quinta. Yo regreso a Playa Condesa, eso es todo. Simón, no pierdan de vista esa quinta.

—Descuide usted. ¿Ha visto algo interesante?

—Según cómo se mire —sonrió Brigitte—. Adiós.

Cerró la radio, la guardó, se puso en pie, y comenzó a caminar tranquilamente siempre en dirección al centro. Veía el mar a su izquierda, y algunos chalés entre cocoteros, y algo más lejos hermosos edificios de apartamentos con vistas a la bahía…

No habría caminado ni doscientos metros cuando apareció el camión por detrás de ella. Volvió la cabeza, vio la silueta de un solo hombre, al volante, y volvió a mirar al frente, pero atento su oído a la llegada del camión. Éste pasó junto a ella, y se detuvo apenas a diez metros por delante. Antes de que Brigitte tuviera tiempo de reaccionar, las dos puertas de atrás del camión bajaron unidas hasta el suelo, formando una rampa. Arriba, en el camión, dos hombres apuntaron sus metralletas hacia la espía, que se había detenido en seco.

—Venga aquí —ordenó uno de los hombres, en inglés—… ¡Venga inmediatamente, deprisa!

Brigitte se acercó rápidamente, subió por la rampa, y no se inmutó cuando uno de los hombres le arrebató en el acto el maletín. El otro apretó un resorte, y la rampa subió, cerrando de nuevo el

camión. Todavía quedaba un resquicio de luz solar cuando se encendió la luz dentro de la gran caja, ocupada apenas por algunos sacos y embalajes de madera. El camión reanudó la marcha.

El hombre que le había arrebatado el maletín lo abrió. Removió las cosas que se veían a simple vista, y dejó al descubierto la pistolita de cachas de madreperla. La sacó y se la guardó en un bolsillo, tras dirigir una penetrante mirada a la espía internacional, que conseguía mantener el equilibrio con cierta dificultad. El hombre que registraba el maletín miraba con curiosidad su contenido, pero no pareció encontrar nada digno de auténtico interés. Lo cerró. Y lo dejó en el piso, a un lado.

—Siéntese allí —señaló hacia delante.

Brigitte se desplazó hasta el lugar indicado, y se sentó en uno de los sacos. Los dos hombres permanecieron en el otro extremo; había tal distancia entre Brigitte y ellos que era absurdo pensar tan sólo en sorprenderlos. Y las dos metralletas no dejaban de apuntarla.

—¿Qué ha ido a hacer en la casa de De Salazar? —preguntó de pronto uno de los hombres.

—Quería hacerle una entrevista para mi periódico. Soy periodista.

—Eso es mentira.

—Su compañero debe de haber visto mi pasaporte dentro de mi maletín de viaje. Puede comprobar que soy Brigitte Montfort, norteamericana, periodista. Estoy de vacaciones en Acapulco, pero al enterarme de la presencia de José Bonifacio de Salazar pensé que sería interesante hacerle una entrevista.

—¿Qué clase de entrevista?

—¿Cuál clase va a ser? —Se impacientó Brigitte—. Las que se hacen a los personajes conocidos del *jet set* mundial. Supongo que ustedes saben perfectamente que ese hombre es un famoso millonario.

—¿Cómo ha sabido dónde está él? ¿Cómo lo ha encontrado?

Brigitte sonrió ceñudamente.

—Un buen periodista no revela nunca sus fuentes de información, señor.

—Pues usted las va a revelar ahora. Y tendrá que ser muy convincente, porque nosotros creemos que ha sido el propio José Bonifacio quien se lo ha dicho. Ustedes dos estaban previamente

citados aquí, ¿no es cierto?

—No, no es cierto, y eso deben de saberlo ustedes perfectamente. Y si no lo saben, pregúntenle al señor De Salazar. Y díganle de mi parte que no me gusta nada su actitud.

—¿Usted cree que nosotros vamos a ir a hablar con él?

—Claro, puesto que son amigos suyos.

—¿Amigos suyos? ¡Ésta sí que es buena!

—¿No son amigos de José Bonifacio? ¿No los ha enviado él simulando no tener nada que ver con esto, pero deseando que me interrogaran?

—No diga tonterías. Ni mucho menos somos amigos de José Bonifacio, y por eso la hemos capturado a usted. Queremos saber qué han estado hablando, qué es lo que están tramando. Y usted nos lo va a decir, ¿entiende?

Brigitte miraba de uno a otro hombre. Recordó los tres brasileños que habían muerto en Nassau, Alfonso, Pedro y Joao, que habían matado a Richard Hammer y a Thomas Haberman, y que luego se habían ocupado en encontrar el cheque de quinientos mil dólares… Entonces, ¿aquellos tres hombres, realmente, no eran empleados de José Bonifacio? ¿Y tampoco estos tres? De ser así, significaba que, en efecto, alguien estaba siguiendo y acosando a José Bonifacio de Salazar…

—¿No me ha oído? —Gruñó el hombre.

—Sí, pero yo no estoy tramando nada con el señor De Salazar. No sé de qué hablan. ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué es lo que pretenden?

—¿Insiste usted en que no es amiga de él?

—Insisto. Ya les he dicho que soy periodista, eso es todo.

—Muy bien. Pero tendrá que decirnos cómo lo ha localizado, ya que nos consta que José Bonifacio se ha preocupado lo suficiente de que nadie supiera dónde estaba.

—Su yate *Carioca* y su avión «15 Novembro» están en Acapulco, así que…

—Pero él no está ni en su yate ni en su avión, sino en una quinta que alquiló muy discretamente. Sin embargo, usted lo ha encontrado. ¿Cómo? ¿De dónde ha obtenido esa información?

—También la obtuvieron ustedes, ¿no?

—Pero nosotros tenemos buenos motivos para ocuparnos mucho

de ese hombre.

—¿Qué motivos?

—Señorita: usted va a decirnos quién le dijo dónde está José Bonifacio, o de lo contrario la vamos a matar ahora mismo. ¿Está esto claro?

Brigitte suspiró como fatigada.

—Está bien. Soborné a uno de los tripulantes del yate, y me dijo dónde podía encontrar al señor De Salazar.

Los dos hombres se quedaron mirándola fijamente y en silencio durante no menos de quince o veinte segundos. Por fin, surgió la pregunta que ya esperaba Brigitte:

—¿Cuál es el nombre de ese tripulante que sobornó?

—Ni se lo pregunté, ni él me lo dijo. Oigan, les estoy diciendo la verdad, no entiendo nada de esto… ¡Y ustedes no tienen derecho a tratarme así! Les advierto que van a tener problemas en cuanto yo pueda hablar con mi cónsul…

No dijo nada más, porque captó el gesto de ambos hombres entre sorprendido e irónico. Si estaba interpretando bien aquel gesto, parecía poco probable que ellos estuvieran dispuestos a correr el riesgo de que ella hablase con su cónsul…, ni con nadie más. Y no cabía pensar ya que esto fuese cosa de José Bonifacio, pues no podía ser tan imprudente de ordenar el asesinato de una persona que le había visitado, que se había interesado por él, que posiblemente incluso había comentado con alguien que iba a visitarlo.

—Es usted graciosa —dijo uno de ellos—. Y muy bonita.

—Sí, es cierto —sonrió el otro—. Lástima.

Se acercó a la parte delantera del camión, pasando junto a Brigitte, y dio unos golpecitos en la madera. El camión comenzó a perder velocidad. El hombre señaló con la barbilla hacia la rampa cerrada.

—Vaya hacia allí —ordenó.

—¿Van a dejarme marchar?

—Claro. Claro.

Brigitte se puso en pie, y se dirigió hacia el otro sujeto. El camión se detuvo. Oyó ahora los pasos del otro tras ella, y sin detenerse a calcular sus auténticas probabilidades, lanzó un escalofriante *ushiro-gari* con la pierna derecha hacia atrás. Fue una

coz tremenda. El tacón de su zapato se hundió en los genitales del hombre, que emitió algo parecido a un maullido, palideció, soltó la metralleta, y cayó hacia delante, encogido, lívido el rostro, mientras Brigitte, recogiendo rápidamente la pierna, la disparaba ahora hacia delante, como en acrobático gesto de baile, al mismo tiempo que su brazo izquierdo desviaba la metralleta del otro individuo, que se atragantó con el fuerte respingo que emitió al recibir el poderoso *mae-gari* en el bajo vientre…, y que puso los ojos en blanco cuando, casi simultáneamente, el puño derecho de Brigitte se incrustaba como un émbolo de acero en su nariz, partiéndola y reventándola.

Dos *atemis* de judo con la pierna y uno con el puño, a cuál más alucinante, y, en menos de dos segundos ambos sujetos yacían a los pies de la espía internacional, encogidos, como muertos.

Brigitte se inclinó, recogió una de las metralletas, y apretó el resorte que, lógicamente, debía hacer descender la rampa. En efecto, la rampa descendió, y todavía no había terminado de llegar al suelo cuando por un lado apareció el conductor del camión, interrogante el gesto, y comenzando a preguntar:

—¿Por qué hemos par…?

Se quedó mudo, inmóvil. Brigitte movió la metralleta.

—Suba —ordenó secamente.

El hombre se pasó la lengua por los labios, miró la metralleta, miró a Brigitte a los ojos, y subió al camión. Brigitte volvió a pulsar el resorte, y la rampa subió. Cuando estuvo completamente cerrada de nuevo, preguntó:

—¿Para quién trabajan ustedes? ¿Para José Bonifacio?

—No… No.

—¿No? ¿Para quién, entonces?

—Usted no se atreverá a disparar —sonrió de pronto el sujeto.

—Quizá no, pero puedo dejarle sin dientes y partirle la mandíbula y los pómulos a culatazos.

—Claro que no —sonrió de nuevo el sujeto.

Brigitte dio un paso hacia él, disparó la pierna derecha…, y la retuvo a mitad de ejecución del *mae-gari*, pues, tal como esperaba dada la lentitud deliberada del golpe, el hombre tuvo tiempo de encogerse y proteger su bajo vientre con las manos. Entonces se produjo el verdadero ataque de la espía: el cañón de la metralleta golpeó al sujeto en la mandíbula, haciéndolo girar y darse de bruces

contra la pared de la caja del camión. Al rebote recibió otro golpe, ahora en los riñones, y el hombre cayó de rodillas, sin aliento, y luego quedó de costado.

Cuando reaccionó, la punta de la metralleta se apoyaba en su sien.

—¿Para quién trabajan? —insistió Brigitte.

—Para… para Ñuño… Ñuño Galves…

—Ñuño Galves. ¿Quién es, dónde está ahora?

—No sé… dónde está. Nos dejó… vigilando a José Bonifacio, y se fue… a Ciudad México.

—¿Adónde, de Ciudad México?

—No lo sé… ¡No lo sé!

—¿Volverá a Acapulco?

—Claro… Tiene que volver.

—¿Y dónde tenían que reunirse con él?

—En… en el Hotel Caleta…

—¿Cuándo?

—No sabemos… cuándo volverá.

—¿Cómo es ése Ñuño Galves?

—Alto, delgado… Tiene… una pequeña cicatriz en la ceja derecha, como partiéndola…

—¿Joven o viejo?

—Joven. Unos cuarenta, creo…

—¿Por qué vigilan a José Bonifacio? ¿Qué pretenden?

—No lo sé. Eso… sólo lo sabe Galves…

Brigitte se quedó mirando fríamente al hombre. Sí, seguramente estaba perdiendo el tiempo con él. Se podían hacer las cosas de un modo mucho mejor… Alzó la metralleta, el hombre se encogió, presintiendo el golpe, pero no pudo hacer nada por evitarlo. Su frente chascó, los ojos del hombre giraron, y enseguida quedaron inmóviles. Uno de los otros comenzó a moverse en aquel momento. Brigitte se acercó a él, y le golpeó con un pie en un lado del cuello. El sujeto emitió un ronquido, y de nuevo perdió el conocimiento.

La espía sacó la radio de su maletín, y pulsó la llamada.

—¡Diga!

—Simón, necesito a tres de ustedes. Estoy dentro de un camión, en la carretera que baja desde Punta Bruja hacia la Base Naval. Tengo tres prisioneros que quiero poner a buen recaudo para

interrogarlos debidamente. No pude ver bien la matrícula del camión, pero es muy grande, con dos puertas atrás. En una de esas puertas voy a trazar una X con mi lápiz de labios, y seguiré a pie hacia el centro, pues quiero aparecer por allí como si tal cosa. ¿Me ha comprendido?

—Perfectamente. Nos hacemos cargo del camión y nos lo llevamos, con los tres tipos dentro.

—Los voy a dormir con una cápsula de gas, y despertarán dentro de dos horas. Mientras tanto, registren el camión, a ver qué encuentran. ¿Cuánto tardarán?

—Cinco o seis minutos.

—De acuerdo. Les volveré a llamar luego, para que me indiquen el lugar al cual van a llevar el camión. Es todo.

Cerró la radio, la guardó en el maletín, sacó de éste el frasco que contenía en su doble fondo las cápsulas de gas narcótico, y tras protegerse boca y nariz con una de sus mascarillas que parecían simples compresas, reventó una de las cápsulas.

Esperó casi medio minuto, para asegurarse de que el gas escapaba por las fisuras de la caja del camión, guardó la mascarilla antigás, sacó uno de sus pintalabios del maletín, y cuando se disponía a cerrar éste recordó su pistola, que recuperó del bolsillo del sujeto que se la había quedado, y la puso también en el maletín. Cerró éste, y pulsó una vez más al resorte que abría la rampa del camión. Esperó a que bajase completamente, y volvió a pulsar el resorte, apresurándose a saltar al exterior del camión, de modo que cuando la rampa comenzó a subir ella ya estaba fuera.

Mientras la rampa terminaba de cerrarse, miró alrededor. Acababa de pasar un automóvil, pero su conductor, si la había visto, debía de estar todavía asimilando la sorpresa mientras seguía su camino hacia el centro. El camión estaba a un lado de la carretera, cerca de un bosquecillo más bien raquítico.

Todo seguía igual, era como si nada estuviese ocurriendo.

Brigitte Baby Montfort se acercó a la trasera del camión, hizo salir el carmín del estuche, y trazó una discreta X en una de las puertas.

Justo en ese momento, oyó tras ella y a su derecha un leve crujido, como de algo sólido masticado, y casi enseguida le llegó la voz, en inglés neutro de acento, perfecto de expresión:

—Usted está muerta.

Capítulo VIII

La agente Baby quedó inmóvil, todavía con el pintalabios apoyado en la caja del camión, sostenido con la mano derecha. En la izquierda, el maletín rojo con florecillas azules.

—No se precipite —susurró—. Podemos hablar.

—Mi pistola apunta a su nuca, señorita Montfort. Quiero que esto quede bien claro.

—Está claro. Pero no se precipite, insisto. Al menos, déjeme vivir lo suficiente para darle las gracias por su ayuda en Nassau… ¿O no fue usted quien me ayudó?

—Tal vez. Ahora, desplácese despacio hacia su derecha y camine hacia el interior del bosquecillo, sin volverse y manteniendo las manos un poco hacia atrás, que yo las vea en todo momento. Se lo repito: no se vuelva.

—De acuerdo.

Brigitte se desplazó hacia su derecha, y se adentró en el bosquecillo, llevando el pintalabios en una mano y el maletín en la otra, ambas bien visibles. Tras ella, a distancia insalvable para una mera acción de ataque, oía caminar al masticador de granos de café.

No caminó mucho hasta ver una motocicleta vieja y polvorienta a la sombra, sostenida por su soporte.

—¿Sabe usted manejar esa máquina? —Le llegó la pregunta.

—Sí.

—Vamos a subir a ella, usted delante, conduciendo, y yo detrás, con la pistola apoyada en sus riñones. No quiero estar aquí cuando lleguen sus amigos.

—¿Qué amigos?

—Los que sea a los que usted haya llamado dejando señalado el camión para que lo encuentren. La llave de la ignición está puesta. Utilícela cuando yo esté sentado detrás de usted, y alejémonos de aquí.

—¿Y si decido que nos estrellemos los dos?

—Usted es demasiado hermosa para arriesgar su vida tan estúpidamente. Se estrellaría usted, al mismo tiempo que recibiría no menos de una bala en los riñones. En cuanto a mí, quedaría protegido del golpe por su propio cuerpo, y además soy muy duro. Y muy ágil. Suba a la motocicleta. Sin volverse.

Brigitte obedeció. El masticador de granos de café se colocó tras ella, en la prolongación del sillín. Brigitte dio el encendido, y la poderosa máquina emitió un zumbido. Con el pintalabios metido en el escote, y el maletín ante su vientre, la espía más peligrosa del mundo partió, sacando la motocicleta a la carretera. En su espalda, en la zona lumbar, notó la dura presión de la punta del arma del hombre.

—Vaya hacia el aeropuerto —ordenó él.

Brigitte asintió, y tomó el primer desvío que encontró a su derecha. Estuvieron circulando así apenas tres o cuatro minutos, hasta que el hombre ordenó:

—Gire hacia la derecha, y baje en dirección a la Playa del Revolcadero, pasando junto a la Laguna Puerto Marqués. ¿Conoce el camino?

Brigitte asintió. No era ni mucho menos la primera vez que estaba en Acapulco, y conocía de un modo general la ciudad y sus alrededores. Pasaron poco después cerca de la laguna, la dejaron atrás, y entonces el masticador le ordenó girar a la derecha, siguieron así unos doscientos metros, y de nuevo le llegaron instrucciones a la espía:

—Ahora derecha hacia la Playa. Deténgase delante de una casa que verá a la izquierda del camino, muy cerca del mar.

Un minuto más tarde, Brigitte Montfort detenía la motocicleta ante una vieja y pequeña casa de aspecto simpático, pero un tanto descuidada. El mar estaba apenas a cincuenta metros. A la izquierda había quedado la Playa del Revolcadero; a la derecha se veía el Cerro del Diamante. El masticador de granos de café saltó de la motocicleta. Brigitte apago el motor, y se apeó a su vez, siempre dando la espalda a su captor.

—Vaya hacia la puerta, empújela y entre. Está abierta.

Obedeció de nuevo; no tenía la menor intención de indisponerse, por el momento, con el hombre. Si la había ayudado en Nassau, por

algo sería. Y si ahora se mostraba antagónico, por algo sería también. Sólo hacía falta tener una explicación.

Entraron los dos en la casa, y pasaron a la salita cuyo ventanal orientado hacia el mar tenía las persianas echadas. Había una penumbra fresca en la casa.

—Deje su maletín en esa silla, vaya a abrir un poco las persianas, y siéntese en aquel sillón, el más alejado de la silla. Ya me entiende.

—Sí, le entiendo.

Una vez más obedeció. Dejó el maletín, abrió un poco las persianas, y se volvió para dirigirse hacia el sillón indicado. Entonces sí, por fin, vio al hombre. Y en su rostro apareció un gesto de genuina e incontenible sorpresa, que se manifestó también con una contenida exclamación. El guapo mozo de los *jeans* y la camisa negra con el bordado en rojo de la letra B, sonrió simpáticamente, pese a que, en efecto, tenía una pistola en la mano.

—Me parece que la he sorprendido —dijo.

—Creí que era usted otra persona. Es decir… Bueno, lo es, naturalmente. Pero se ha afeitado y cambiado de ropas.

—La barba era postiza —rió de nuevo el hombre—. Todo era postizo en Nassau.

—Menos sus ojos. Le gustaron mucho a Popsy Rurke.

—¿Y a usted?

—También —sonrió Brigitte—. Son hermosos e inteligentes.

—Gracias. ¿Quiere tomar algo? ¿Tequila con agua? Es un buen aperitivo.

—Brigitte entornó un instante los párpados. Estaba contemplando a un hombre del que, siguiendo sus impulsos y su instinto tan finamente entrenado, estaba dispuesta a fiarse. Le parecía inteligente y noble… Pero hacía ya demasiado tiempo que luchaba en el mundo del espionaje para dejarse llevar por su primera impresión.

—¿Quién es usted?

—Bernardim.

—Bernardim… ¿qué más?

—Bernardim…, espía brasileño. El agente Bernardim. En cuanto a usted, estoy completamente desconcertado, señorita Montfort. Vamos a ver: ¿trabaja usted para el MI5, para la CIA, para José

Bonifacio…, o para alguna otra persona, servicio o entidad?

—Para la CIA —sonrió Brigitte.

—Entonces, usted es la agente Baby.

—Sí.

—¡Estoy perdido! ¡Dios se apiade de mí! ¡Por favor, no me mate, se lo suplico! ¡Oh, Dios mío, Dios mío, voy a morir!

—Es usted mejor dibujante que actor —rió Brigitte—. Por otro lado, ¿cómo habría de matarle si es usted quien está controlándome a mí?

—¡Eso es un sueño! —declamó Bernardim, con expresión tragicómica—. ¡Un sueño de ilusos! ¡Nadie puede controlar a la agente Baby! En cualquier momento, usted me matará, sea como sea: con una mirada, con un suspiro, con un puñal, con un cañón… ¡Sé que estoy perdido, oh, Dios bondadoso! ¡Señor, ten piedad de mí!

Dicho esto, el agente Bernardim se dejó caer de rodillas, se pasó la pistola a la mano izquierda, y con la derecha se santiguó rápidamente.

—Vamos, deje de hacer el payaso —se mosqueó Brigitte—. No tengo la menor intención de matarlo, aunque pudiera.

—¿No va a matarme? ¿De verdad? —Bernardim se puso en pie con un salto que dejó más que certificada su agilidad—. ¡Gracias sean dadas al buen Dios! ¡Y a usted! ¡Permítame que le exprese mi agradecimiento, por favor!

Se acercó a Brigitte, le puso la pistola en la mano izquierda, tomó la derecha, y se la besó. Brigitte retiró la mano vivamente.

—¡Deje de hacer el idiota!

—Ah, cielos —clamó Bernardim—, ¡acabo de besar a la agente Baby, todas las ilusiones de mi vida se han cumplido, soy el más feliz de los hombres! ¡Viva la vida!

—Está usted más loco que Frankie —acabó por sonreír la divina espía—… ¡Está loco como una cabra!

—¿Quién es Frankie?

—Un amigo. Vamos, Bernardim, deje de pitorrearse y hablemos en serio, ¿quiere?

—Es muy aburrido hablar en serio. No hay nada como el sentido del humor, como las bromas simpáticas. Y a propósito de esto me gustaría contarle una anécdota mía muy interesante. ¿Dispone usted

de tiempo?

—Si antes me da algo fresco para beber, sí.

—Estupendo. Tequila con agua y limón. O mejor un poco de hielo en lugar de agua, ¿le parece? Espero que mi amigo Remigio no me haya hecho la mala jugada de buscarme una casa donde no haya frigorífico. Todavía no he podido comprobarlo, porque llegué anoche muy, muy tarde, a Acapulco, y lo único que hice fue dormir un par de horas antes de ir a vigilar la quinta de José Bonifacio. La vi a usted, con unos prismáticos.

—Ah… ¿Era usted? De modo que sabía que yo iría a la quinta de José Bonifacio.

—Era de esperar. ¡Por cien mil pirañas, estoy hablando con la agente Baby! ¿Le gustaron mis flores?

—Mucho. Y también el dibujo: era genial.

—Sí, soy genial en muchas cosas. Especialmente, en el espionaje.

—¿Está seguro?

—Segurísimo. En Brasilia me llaman «O raposo».

—El «Zorro», ¿eh? Pues quizá no sea usted tan astuto, Bernardim. Yo he podido perfectamente mentirle, no ser la agente Baby, y en cuanto usted me ha puesto la pistola en la mano meterle varias balas en el cuerpo.

—¡Qué horror! —Se aterró Bernardim—. Voy a por el hielo.

Salió de la salita. Brigitte frunció el ceño, miró la pistola que le había entregado Bernardim, y, de pronto, sacó el cargador. Estaba vacío. Lo colocó de nuevo en la culata del arma, y dejó ésta a un lado.

Bernardim regresó al poco con una bandeja con una botella, vasos, hielo, limón… Miró la pistola, sonrió, y guiñó un ojo a Brigitte, que sonrió a su vez.

—Tenía que asegurarme de que era usted, ¿comprende? —se disculpó—. Si no lo hubiera sido habría intentado enseguida dominarme o matarme.

—¿Y qué habría hecho usted entonces?

Bernardim se inclinó, retiró del interior del calcetín una navaja de resorte, apretó éste, y apareció la hoja de acero, de unos quince centímetros de longitud.

—Le habría hecho un ombligo junto al que ya tiene —dijo amablemente—. Tenga, ponga el cargador lleno, ¿quiere?

Lo sacó de un bolsillo y se lo tiró a las manos a Brigitte, que se quedó mirándolo especulativamente.

Bernardim rió, tiró la navaja suavemente hacia la puerta, y movió la cabeza con disgusto.

—Se ha clavado medio milímetro a la derecha de donde yo quería —dijo—: estoy perdiendo facultades.

—Sin duda. Poca tequila, por favor.

—¿No le gusta?

—Me encanta, pero es demasiado fuerte para mí.

—Ah. ¿Quiénes eran los tipos del camión?

—Unos amigos de un tal Ñuño Galves. ¿Lo conoce?

—¿A Ñuño Galves? No… No me suena. ¿Qué querían?

—Saber qué relaciones existen entre José Bonifacio y yo.

—Eso también me gustaría saberlo a mí —Bernardim tendió un vaso a Brigitte—… Salud, amor mío.

—¿Soy su amor? —rió la divina.

—La conozco y la admiro hace tiempo… ¡Imagínese ahora que sé que es nada menos que Baby! ¡El amor acaba de inflamar mi corazón como si fuese un volcán!

—Pues cuidado no vaya a entrar en erupción —rió Brigitte, alzando el vaso—… Salud, querido.

Bebieron los dos. Bernardim acercó un sillón delante de Brigitte, se sentó, y le dio una palmadita en un muslo.

—Bueno, bueno, bueno… ¿De qué estábamos hablando?

—De espionaje, inicialmente. Luego, de mis relaciones con José Bonifacio.

—Ah, sí. ¿Qué relaciones son esas?

—Ningunas. Fui a la quinta para hacerle una entrevista periodística.

—Eso era el pretexto. ¿Cuál es la verdad?

—No pienso decírsela.

—Entonces, le diré yo mi verdad —dijo seriamente Bernardim —: estoy siguiendo a José Bonifacio por todo el mundo porque sé que está tramando algo muy importante.

—¿Cómo de importante, por ejemplo?

—Desde luego, más importante que quinientos millones de dólares.

—De modo que lo sabe usted —murmuró Brigitte.

—Es evidente. A la CIA le han birlado quinientos millones de dólares. Y de un modo… espectacular, diría yo. De lo que no estoy seguro es de que José Bonifacio haya tenido algo que ver en eso. Y tampoco ustedes están seguros, ¿verdad? Sin embargo, están vigilándolo, basándose en las coincidencias de su presencia en Belém y en Nassau. Supongo que también están buscando el proyectil que se llevó el dinero hacia la selva.

—Naturalmente.

—Nosotros también lo estamos buscando —asintió Bernardim—, pero tengo la certeza de que no lo encontraremos. En mi opinión, cayó en el sur de Colombia, o quizás en el norte de Perú, en los llanos, donde lo estaban esperando con camiones que ya habrán transportado el dinero hacia la costa.

—¿Qué costa?

—La del Pacífico, naturalmente. Y cabe la posibilidad de que esos quinientos millones de dólares estén viajando ahora muy bien camuflados por la Autopista Panamericana… hacia Acapulco.

—De donde se desprende que José Bonifacio está tramando algo tan importante que esos quinientos millones de dólares son sólo una parte… Digamos, el punto de arranque, ¿no?

—Así lo creo.

—¿Sabe usted qué puede estar tramando José Bonifacio?

—No.

—Pero lo está vigilando… ¿Por qué?

—Básicamente, porque está en tratos hace unos meses con unos fabricantes norteamericanos de armamento.

—¡No sabía eso! —exclamó Brigitte.

—Yo sí —sonrió Bernardim—. Ya se lo he dicho, soy un superespía… Los de la CIA son tontos comparados conmigo.

—O José Bonifacio está haciendo las cosas muy bien. Pero ¿está seguro de lo que dice?

—Completamente.

—Veamos, puede que en todo esto se esté produciendo un error, Bernardim. Los tres hombres de Nassau no trabajaban para José Bonifacio; ni los de aquí, los del camión. Estos últimos me han dicho que trabajan para un tal Ñuño Galves, y pienso que tal vez ese Galves esté… utilizando de algún modo a José Bonifacio, y que éste no sepa nada de nada.

—Si está utilizando a José Bonifacio, éste tiene que saber algo, ¿no?

—Podría estar utilizándolo sin que José Bonifacio lo supiera.

—Eso es una tontería, y usted lo sabe.

—¿Qué clase de armas producen esos fabricantes de Estados Unidos, y quiénes son?

—No sé quiénes son, ni qué clase de armas producen. Pero estoy seguro de que, igual que hizo contacto con el vendedor de barcos llamado Haberman, José Bonifacio volverá a hacer contacto con ellos. Y seguramente será aquí, en Acapulco.

—Si ni siquiera conoce a esos fabricantes de armas… ¿cómo supo que existen?

—Me lo dijo uno de los hombres de José Bonifacio, antes de que le cortase el cuello.

—¿Quiere decir que torturó a uno de los hombres de José Bonifacio para conseguir esa información y luego lo mató?

—Sí. Pero ya no pude seguir a los fabricantes de armas norteamericanos. Sin embargo, volverán. Y ya verá como también irá a visitar a José Bonifacio otro vendedor de barcos, o algo así.

—Es decir que usted está convencido de que José Bonifacio quiere tener barcos y armas… ¿Para qué?

—Eso es lo que me gustaría saber.

—Ya. Y por eso, finalmente, se ha decidido a hacer contacto directo conmigo, por si puedo ayudarle.

—Yo también puedo ayudarla a usted —sonrió Bernardim, divertido—… ¿O no lo cree posible?

—Ya lo ha hecho. ¿Qué me dice de la bomba volante de Belém? ¿Cree que pudo serle proporcionada a José Bonifacio por los fabricantes de armas de Estados Unidos?

—¿Por qué no?

—Está bien: ¿por qué no? Pero volvamos a hablar de José Bonifacio: ¿por qué lo vigilan los hombres que trabajan para ese tal Ñuño Galves? Tanto en Nassau como aquí, grupos de tres hombres bien dirigidos van tras los pasos de José Bonifacio, ¿no es cierto eso?

—Lo parece. Pero podrían ser hombres del propio José Bonifacio haciendo trabajos de cobertura y distracción.

—Según eso, los tres hombres de Nassau podrían ser de José

Bonifacio, y lo mismo los del camión, que querían matarme. Pero siempre simulando que son adversarios de José Bonifacio, por si algo les saliera mal que nadie pudiera acusar a José Bonifacio.

—¿Le parece descabellado?

—No —murmuró Brigitte—… Desde luego que no. Incluso se me ha ocurrido que los del camión podían haber sido enviados por José Bonifacio precisamente para, simulando ser de otro bando, averiguar qué es lo que sé yo y qué pretendo realmente. En cuanto al cheque de medio millón es lógico que José Bonifacio quisiera recuperarlo… El cheque que había pagado a Haberman, y que éste no llevaba encima cuando lo mataron. ¿Está de acuerdo con esto?

—Claro. Podría ser así.

—Entonces, tendríamos que Ñuño Galves no existe, que José Bonifacio está haciendo diversas maniobras de cobertura, y que debemos concentrarnos en él exclusivamente, para saber qué pretende hacer con unos cuantos barcos y unas cuantas armas.

—¿Unos cuantos barcos y unas cuantas armas? —Alzó las cejas Bernardim—. En mi opinión, con quinientos millones de dólares se pueden comprar muchos barcos y muchas armas.

Brigitte bebió otro sorbito de tequila, y quedó pensativa durante más de un minuto. Por fin, señaló su maletín, y Bernardim se lo acercó. Segundos más tarde, Baby estaba en contacto con sus Simones.

—¿Tienen ya el camión?

—Lo estamos buscando.

—¡Cómo que lo están buscando! Me dijo usted que llegarían allá en cinco minutos, y han pasado treinta. Es un camión muy grande, con rampa, marcado con una X… Es tan grande, que creo que pensaban obligar al empleado de José Bonifacio a meter el coche dentro, subiendo por la rampa… ¡Y me dice que hace media hora que lo están buscando!

—Lo siento, no lo hemos visto donde usted nos indicó. Pero lo encontraremos…

—Me parece que no —murmuró Brigitte—. No, ya no lo van a encontrar. Se lo han llevado. Dejen de buscarlo, Simón, y concéntrense en la búsqueda de un tal Ñuño Galves, un sujeto que al parecer está asediando a José Bonifacio, ignoro por qué motivos. Galves está ahora en Ciudad México, pero puede aparecer en

cualquier momento por el Hotel Caleta. Según el hombre que me lo ha descrito, Ñuño Galves es alto, delgado, tiene una cicatriz en la ceja derecha, y tiene unos cuarenta años.

—Si esos hombres han escapado, lo avisarán, y Galves no aparecerá por el Hotel Caleta.

—Si han dicho algo de verdad, no saben dónde localizarlo en Ciudad México, así que quizá Galves aparezca por el Caleta. Es una posibilidad. Ahora, otra cosa: acabo de saber que José Bonifacio ha estado en contacto con unos fabricantes de armas de Estados Unidos. Pregunten de mi parte a la Central por qué nosotros no sabíamos eso, y pase la orden para que se inicie una investigación en ese sentido.

—¡Fiuuu! —Se oyó el silbido de Simón. ¡Esto se está complicando!

—¿Y qué podíamos esperar, estando de por medio una bomba volante capaz de cruzar el continente suramericano?

—¿Qué quiere decir?

—Que si hubo una bomba volante pueden haber cien más… y no todas rellenas de dólares.

—¡Dios…!

—Pónganse en contacto con la Central. Ah, y dejen de buscar datos sobre el masticador de café. Ya lo tengo.

—¡Lo tiene! ¿Quién es?

Brigitte miró a Bernardim, que la estaba contemplando con expresión amable.

—Se llama Bernardim.

—Bernardim. ¿Qué más?

—No sé qué más.

—Pues si no sabemos más que el nombre…

—Dice que en Brasilia lo llaman «O Raposo».

—¡La madre que lo parió! —aulló Simón—. ¡El «Zorro» brasileño! ¡No se fíe de él, Baby, es el tipo más marrullero del mundo, es capaz de engañar a su propia madre!

—De modo que es conocido…

—¿Conocido? ¡Como el «Zorro», ya lo creo! ¡Hace más de veinte años que la CIA anda tras él por toda Suramérica!

—¿Veinte años? —susurró Brigitte, fija su mirada en el joven y atlético Bernardim.

—¡Por lo menos! ¡Tenga cuidado con él! ¿Lo tiene bien atado, o dormido, o…?

—No se preocupe, está bajo control. Llamaré más tarde. Adiós Simón. —Cerró la radio y sonrió inexpresivamente a Bernardim—. Me permito calcularle a usted unos treinta años, Bernardim.

—Treinta y dos —sonrió el brasileño.

—Treinta y dos. ¿Empezó a trabajar en el espionaje a los diez o doce años? A eso le llamo yo precocidad y predisposición profesional. Debía de ser usted un niño prodigio.

—¿Me guardará usted el secreto?

—Si no afecta a la seguridad de Estados Unidos, ni a la de mis amigos, ni a la paz mundial, desde luego —sonrió Brigitte.

—El primer «Zorro» fue mi padre. Lo mataron hace ocho años, en Panamá, unos agentes rusos, pero sin saber que habían cazado al «Zorro» brasileño. Entonces, decidí ocupar su puesto en el servicio secreto brasileño.

—Entiendo. Los rusos no deben de resultarle muy simpáticos.

—Mi padre jugó y perdió en determinado momento —dijo Bernardim—. En este juego todos sabemos lo que apostamos, así que para mí, los rusos son como otros espías cualquiera. También podía haber sido la CIA la que eliminase a mi padre.

—Eso es muy sensato por su parte. ¿Sabe que tenemos muchas cosas en común? Los dos somos audaces, descarados, audaces, y sabemos relacionarnos con los colegas. Aparte de eso, mi madre también era espía. La fusilaron los alemanes.

—Los alemanes no deben de resultarle a usted muy simpáticos —sonrió Bernardim.

—Se equivoca.

—Ya. ¿No me está contando usted demasiadas cosas?

—Si usted sabe ya que Baby es Brigitte Montfort, todo lo demás que sepa ya no tiene demasiada importancia.

—Los rusos me darían cinco millones de dólares por su cabeza.

—Pues córtela —sonrió Brigitte.

—¡Qué horror! Prefiero convertirme en su amante.

—Ya tengo amante —rió la divina.

—Pues a ése sí le cortaré la cabeza —gruñó Bernardim.

—Me parece que no le resultaría nada fácil —volvió a reír Brigitte—. Pero me gusta su sentido del humor. Y a propósito de

esto, ¿no iba a contarme usted una anécdota interesante?

—Sí, es cierto. Sucedió cuando yo trabajaba en los campos de café…

—¿Ha trabajado usted en un cafetal?

—Y muy duramente. Verá lo que pasó… Un día, estaba yo sudando como un condenado, trabajando como un esclavo, cuando de pronto se me apareció Dios, y me dijo: «Hola, Bernardim, soy Dios. ¿Qué estás haciendo, muchacho?». Yo estaba sudando a mares, reventado de cansancio, de muy mala leche además, así que por un momento pensé que Dios quería pitorrearse de mí, y lo miré enojado… Pero comprendí enseguida que no era propio de Dios burlarse de sus gentes, así que, pacientemente, le contesté: «Pues ya ves, Señor, estoy trabajando, ganándome el pan con el sudor de la frente, como tú nos ordenaste». Y entonces va el Señor, y me dice: «¡Pero hombre…, ¿es que no se os puede gastar una broma?!».

Brigitte quedó un instante atónita. Luego, se echó a reír de buena gana, mientras Bernardim contemplaba fascinado su garganta.

—¡Es uno de los mejores chistes que he oído en mi vida! —exclamó Brigitte—. ¡De verdad, es muy bueno!

—Pero no es un chiste —sonrió Bernardim—. Me pasó de verdad. Y fue desde entonces que decidí que eso de trabajar no era para mí, de modo que me dediqué al espionaje.

—O sea, que espiar no es trabajar.

—En mi opinión, no. Yo me divierto mucho espiando, así que no lo considero un trabajo. Por otra parte, espiando sólo nos jugamos la existencia, mientras que trabajando, estamos entregando la vida. No sé si me comprende.

—Desde luego que sí. Es usted todo un filósofo. Y un artista, Bernardim. Me cae usted muy bien.

—Pero no acaba de confiar en mí. Usted está pensando que yo he insistido demasiado en volcar toda la atención de la CIA sobre José Bonifacio…, de donde podría desprenderse, quizá, que soy amigo de ese Ñuño Galves.

—Es usted muy penetrante.

—Ciertamente, no soy tonto —sonrió Bernardim—. Bueno, se me ocurrió que si usted era Baby tal vez podríamos colaborar una vez aclaradas nuestras posiciones y personalidades, pero si

desconfía de mí lo mejor será que cada uno siga por su lado.

—Cuando usted habla de colaborar… ¿quiere decir que yo podría colaborar con usted, o usted conmigo?

—Eso es lo mismo que si un general le preguntase a un sargento cómo debe enfocar la batalla. Es el general quien decide. Y si el sargento no es tonto, obedece.

—Ya. ¿El sargento es usted, o lo soy yo?

—Yo, naturalmente —rió Bernardim—. Pero… ¿le molestaría que me ascendiese a capitán, por lo menos?

—Le voy a nombrar comandante —murmuró Brigitte, siempre escrutando los ojos del brasileño—. Según entiendo, usted está dispuesto a… seguir instrucciones mías.

—Me parecería una tontería acosar por separado a José Bonifacio.

—¿Y qué me dice de Ñuño Galves?

—Oh, vamos… Usted tiene que comprender que todo eso del camión ha sido un montaje de José Bonifacio. Creo que está usted jugando conmigo, eso es todo. Y no me gusta eso, mi general.

Brigitte no dejaba de mirar con suma atención al brasileño. Movió la cabeza, abrió el maletín, y sacó el paquete de cigarrillos…

—No debería fumar —dijo Bernardim—: es malo para la salud.

—¿Usted no fuma?

—Fumaba, pero ya no. Un día decidí dejar de fumar, cuando al besar a una chica su boca me echó un pestazo a cigarro puro… Desde entonces, ni fumo ni beso a las chicas, así que para distraer mi boca mastico café.

—El café es una droga.

—Sí, pero tan lenta que para matarlo a uno necesita cien años o más. Ya sé que este chiste es viejo, pero ha venido a cuento, ¿no le parece?

—Sin duda. ¿Tiene usted algo contra las mujeres, Bernardim?

—Por supuesto. Lo que tengo contra ellas es que me gustan demasiado.

—Pero ya no las besa.

—Sólo me acuesto con ellas.

—¿Ha sufrido algún desengaño? —murmuró Brigitte.

Bernardim metió la mano en el bolsillo, sacó unos granos de café, y ofreció a Brigitte.

—¿Le apetece en lugar del tabaco?

Baby tomó tres o cuatro granos, se los metió en la boca, y comenzó a masticarlos. Bernardim hizo lo mismo, y durante unos segundos sólo se oyó el ruido de la trituración de los granos de café.

—¿Qué tal? —preguntó Bernardim—. Es café brasileño, claro.

—El mejor del mundo, ¿no?

—¡Naturalmente!

—¿Qué hace cuando ya lo ha masticado? ¿Escupe la molienda?

—¡Claro que no! ¡Se traga! Es un digestivo excelente.

Brigitte movió la cabeza, y continuó masticando café. Se puso en pie de pronto, se acercó a la ventana, y estuvo un par de minutos mirando la cercana playa.

Desde que habló con José Bonifacio había en su mente, en su memoria, como una señal de alarma, pero sólo entonces, en silencio y mirando el mar, todo se concretó de repente. Su memoria separó las palabras de José Bonifacio que habían provocado esa alarma latente que por fin funcionaba: «Son boas constrictor —había explicado José Bonifacio—, de mi selva brasileña. Dentro de poco toda vida se extinguirá allí, pero ellas todavía podrán vivir muchos años conmigo».

Toda vida se extinguirá allí. ¿Allí? ¿Se refería a la selva brasileña?

Se volvió. Bernardim la estaba mirando, inmóvil.

—Colaboraremos —murmuró la espía—. Pero le advierto que su parte va a ser mucho más difícil que la mía, al menos en esta ocasión, pues todo lo que tendré que hacer yo será cenar esta noche con José Bonifacio.

Capítulo IX

A las ocho en punto, la señorita Montfort llegó en un taxi a «Ramírez», ataviada con su discreto y elegante vestido corto de noche. El pasmo cundió entre el personal del restaurante cuando la bellísima norteamericana entró en el local, y en un instante cesó todo murmullo de conversaciones. Todas las atónitas miradas quedaron fijas en Brigitte, que sonrió al ver casi correr hacia ella a José Bonifacio, procedente de una de las mesas.

—Señorita Montfort —exclamó José Bonifacio, tendiendo ambas manos—… ¡No tengo palabras para expresar mi admiración por su belleza!

—Gracias —sonrió Brigitte, reparando en el elegante traje oscuro del brasileño—… Celebro que haya tenido tiempo de vestirse, señor De Salazar.

—¡Oh, por favor…! ¿Por qué tanta complicación? Será suficiente que me llame José.

—Me gusta más Pepe —rió Brigitte.

—¡Pues Pepe! —rió él—. ¡Como usted quiera! Tenía la impresión de que es usted una persona muy puntual, así que me permití adelantarme unos minutos para preparar la mesa… ¿Le parece bien que estimulemos nuestro apetito con unas ostras regadas con *brut* francés?

—Las ostras me encantan —dijo Brigitte—, pero el *brut* francés ¡me vuelve loca! Naturalmente, habrá pedido usted Moet & Chandon.

—Naturalmente. Dom Perignon del 65. ¿Es de su agrado?

—Creo recordar haber bebido alguna vez champán Dom Perignon —sonrió la divina.

José Bonifacio la había tomado de un brazo, y la dirigía hacia la mesa. El pasmo iba cediendo en torno a Brigitte, pero no la admiración.

—Empiezo a temer que alguien decida secuestrarla esta noche —dijo José Bonifacio, apartando una silla para Brigitte.

—Cuento con su protección —dijo ella.

—Hasta la muerte. —José Bonifacio se sentó frente a ella, al otro lado de la redonda mesita—… No he podido dejar de pensar en usted.

—Supongo que es debido a la impresión que le produjo que pisara a sus amigas Gladys, Amelia y Vitória. Por cierto: ¿están bien?

—Admirablemente. Me han dado recuerdos para usted.

Brigitte se echó a reír, y su risa se confundió con los primeros acordes de las guitarras de los mariachi que amenizaban la cena en «Ramírez».

—¡Qué lugar tan agradable! —dijo la espía.

—Es muy famoso en Acapulco. Es más, desde Ciudad México suelen venir todas las noches, en avioneta, o en automóvil por la autopista, gente rica a cenar aquí. Ya le dije que los mariscos y la carne asada de «Ramírez» son famosos. Pero con todo, ¿sabe lo que más me gusta de este local?

—¿Qué?

—Que no es pretencioso ni recargado. Resulta… simpáticamente sencillo. ¿No está de acuerdo?

—Por completo. —Brigitte señaló la bandeja llena de ostras sobre un lecho de hielo picado—… Aunque las ostras también son un buen atractivo.

Se echaron a reír los dos. Los guitarristas mejicanos se acercaron a ellos, colocándose como un cortejo alrededor de Brigitte, sonriendo y cantando lo de «con ese lunar que tienes, cielito lindo, junto a la boca…». Se oyeron algunas risas cuando Brigitte, con gesto perplejo, se tocó las comisuras de la boca, como buscando el lunar, del que, evidentemente, no tenía anterior noticia. Incluso uno de los mariachi soltó una carcajada. José Bonifacio parecía encantado de la vida. Brigitte, que había dejado su bolsito de noche sobre su regazo, en previsión a cualquier posible llamada por la radio camuflada en el paquete de cigarrillos, notó de pronto la leve vibración, y en el acto pensó que quizás había cometido una gran imprudencia al confiar en Bernardim.

Permaneció en su asiento tranquilamente, sonriendo,

escuchando a los mariachi. La radio había dejado de zumbar, pero volvió a hacerlo al cabo de un minuto. Llamada urgente.

José Bonifacio sacó un billete, y lo colocó en la faja de uno de los mejicanos, que sonrió, y, comprendiendo, comenzó a alejarse hacia otras mesas.

—Es usted la atracción del local —dijo José Bonifacio.

—Creí que lo eran ellos —señaló Brigitte a los mejicanos—… ¡Cielos, estoy que me muero por probar estas ostras!

José Bonifacio asintió, le hizo una seña al camarero que esperaba, y éste procedió a descorchar la botella de *brut* que había estado esperando en el cubo con hielo, mientras Brigitte atacaba la primera ostra, con tal torpeza que al desalojarla de la concha con el diminuto tenedor escapó de éste y cayó sobre su regazo.

—¡Oh, Dios mío! —gimió, consternada.

—No es nada —se apresuró a ponerse en pie José Bonifacio—. Permítame que la…

—No, no, ya lo haré yo… ¡Qué cosa tan absurda y ridícula! —Pinchó la ostra y la colocó sobre el plato, poniéndose en pie acto seguido—. Discúlpeme, Pepe, por favor.

—No faltaba más —sonrió el brasileño—. El tocador de señoras está allá.

Brigitte se dirigió hacia el lugar indicado, entró en el tocador de señoras, y procedió a limpiarse rápida y someramente la pequeña mancha de la ostra. Acto seguido, entró en una de las cabinas higiénicas, y sacó la radio del bolsito, alzando rápidamente el falso cigarrillo del contacto.

—¿Sí? —susurró.

—Siento molestarla, pero usted dijo…

—Sé lo que dije. ¿Qué ocurre?

—Ha llegado un camión a la quinta, ha cargado las tres grandes cajas, y han salido de la quinta. Pero no van hacia el puerto, sino hacia el aeropuerto, según parece.

—¿Diría usted que las cajas iban vacías o llenas?

—Como casi es de noche, nos hemos acercado más a la quinta, y hemos podido ver bien todo eso. Yo diría que están llenas. Pero no de armas. Evidentemente, José Bonifacio ha enviado sus amigas que usted nos describió a bordo del «15 Novembro».

—A menos que en los últimos minutos haya llegado algún

visitante a la quinta que ahora sea trasladado tan discretamente al avión… ¿Llegó alguien?

—No. Nadie.

—Pues yo insisto en que la llamada que esperaba esta mañana José Bonifacio era importante. Tengo la certeza de que se trataba de una cita, de algún acuerdo… Y si nadie ha venido a visitar a José Bonifacio, debemos pensar que va él a esa cita. Y si carga sus amigas en el avión es porque piensa partir pronto.

—¿No está cenando con usted?

—Sí, pero una cosa no quita la otra… Creo que piensa marcharse esta misma noche, de modo que díganle a Bernardim que tiene que hacerlo inmediatamente.

—De acuerdo.

* * *

Simón-Acapulco cerró la radio, y la guardó mirando a Bernardim, que contemplaba el pequeño pero potente emisor colocado sobre la mesita ante la cual estaba sentado.

—¿Lo ha oído? —preguntó Simón.

El brasileño le miró, y asintió.

—Sí, esto está a punto.

—Ella quiere que lo coloque ahora, inmediatamente.

—Muy bien. Lo haré.

Simón-Acapulco se quedó mirando con mal contenida hostilidad al brasileño. Otros dos agentes de la CIA contemplaban también a Bernardim, que comenzaba a envolver el emisor, casi del tamaño de una caja de zapatos, en hojas de periódico.

—Lo hará, ¿eh? —masculló Simón-Acapulco—. ¡Como si fuera tan fácil colocar ese aparato en el avión de José Bonifacio!

—Bueno, si hubiéramos podido esperar a mañana, según lo convenido con Baby, habría sido menos complicado, pero si hay que hacerlo urgentemente, ya me las arreglaré. Si vuelven a llamarla, o llama ella, díganle que estará en el avión dentro de una hora aproximadamente.

—Me gustaría saber —dijo otro Simón— cómo piensa usted entrar en ese *jet*, colocarles ese emisor grande como un elefante, y volver a salir. Y todo ello, sin sufrir… percances.

—Ustedes no me cuentan sus trucos, ¿verdad? —sonrió simpáticamente Bernardim—. Díganle a Baby que si no vuelvo no se preocupe por mí, y que la llamaré por teléfono a este *bungalow* en cuanto me sea posible.

—No nos gustar usted, Bernardim.

—Lo contrario sería terrible: me obligarían a usar calzoncillos de hojalata. La homosexualidad no es lo mío…, de momento.

—Ya veremos si dentro de una hora tiene ganas de bromear.

—¿Les he contado el chiste de la hormiga y el elefante?

—Déjese de idioteces.

—No es ninguna idiotez. Verán, va un elefante por un sendero de la selva, y de pronto ve a una hormiga parada haciendo la señal de autoestop. El elefante se para, sonríe a la hormiga, y le pregunta: ¿te llevo, preciosa? Y la hormiga le replica: no, que no eres descapotable.

—Es un chiste idiota.

—Escuchen —dijo muy serio de pronto Bernardim—, todos estamos participando en un juego que puede terminar mal para cualquiera de nosotros, ¿no es cierto? Si ustedes quieren jugar con cara de perros, háganlo, pero yo prefiero que me cuenten chistes. Y otra cosa: si no les gusto, vayan ustedes a colocar el emisor al avión de José Bonifacio, y si temen que delate a su adorada Baby córtenme el cuello. Pero no me toquen más los cojones, ¿quieren?

No hubo respuesta.

* * *

—Bueno, ¿qué responde? —preguntó José Bonifacio.

Brigitte lo estaba mirando fijamente. José Bonifacio acababa de hacerle una propuesta inesperada: que se fuera con él a pasar unos días a Brasil, en su *jet* privado.

—Pues no sé, francamente —murmuró por fin Brigitte—… Había pensado estar unos días descansando en Acapulco, pero Brasil ya queda un poquito más lejos. Quiero decir que mi trabajo en el periódico…

—Vamos, vamos, Brigitte… ¡Usted no es una empleada que entre a las ocho en punto y salga a las cinco de la tarde! Estoy seguro de que su jefe no se opondría en absoluto a que prolongase

su descanso unos días más. Por otra parte, es fácil comprender que conviviendo unos días conmigo podría conseguir una entrevista fuera de lo corriente.

—¿Me invita por eso?

—Claro que no. Me he enamorado de usted.

—Oh.

—¿Ésa es toda su respuesta?

—Mire, Pepe, sé que soy una mujer… atractiva, y palabras como las de usted las escucho a diario…

—¿Cree que miento?

—No, no. En estos momentos está posiblemente enamorado de mí, pero ese enamoramiento significa, en definitiva, el deseo de acostarse conmigo, y nada más.

—¡Claro que no!

—Ah. Entonces, debo interpretar que se casaría conmigo, basándose en su actual enamoramiento que usted supone eterno.

—Exactamente.

—¡Pues tanto peor! —rió de pronto Brigitte—. ¡Porque no tengo la menor intención de casarme con nadie! Y menos, para quedar viuda muy pronto.

—¿Viuda? —Parpadeó como sobresaltado José Bonifacio—. ¿Qué quiere decir?

Brigitte terminó de cortar un trocito de la excelente carne asada que había seguido a las ostras, y volvió a mirar al brasileño, fijamente.

—¿Conoce usted a un hombre llamado Ñuño Galves?

—No… No recuerdo, al menos.

—Entiendo que es un brasileño. Y desde luego, él sí le conoce a usted.

—Bueno, soy una persona conocida en todo el…

—Ya sé. Pero no todos los que le conocen se meten con usted, ¿verdad?

—¿De qué está hablando? —José Bonifacio no salía de su desconcierto—. ¡Ya le he dicho que ni siquiera conozco a ese Galves! ¿Por qué habría de meterse conmigo? ¿Y cómo lo sabe usted?

—Esta mañana, cuando su empleado Wenceslao me llevaba de regreso al centro de la ciudad, le pedí que se detuviera, pues quería

caminar. Él se resistió, pero como le aseguré que usted no se enteraría, no tuvo más remedio que complacerme. Bien, cuando caminaba hacia…

José Bonifacio escuchó pasmado la explicación de Brigitte hasta que ésta dijo lo de «conseguí escapar».

—¡Consiguió escapar…! —exclamó—. ¿Cómo? ¡Había dos hombres en el camión, ¿no?!

—Conseguí escapar.

—Pero… ¿cómo?

—Sé algo de karate.

—¡Pero ellos tenían metrall…!

—Ssst —se llevó Brigitte un dedo a los labios—… Le van a oír nuestros vecinos de mesa, Pepe. En fin, ya se lo he contado. No quería hacerlo para no inquietarle, pero su proposición me ha decidido. Además, creo que habría terminado por contárselo, para que estuviera usted prevenido.

—Debe de tratarse de un loco —farfulló él—… ¡Un loco! Y un loco peligroso, Brigitte. Si dispone de hombres armados… ¡Y usted sabe todo esto! ¡La buscarán!

—¿A mí? ¿Por qué?

—¡Cómo que por qué! Conoce a esos hombres, se ha enterado de que me vigilan… ¡Está usted en peligro!

—No había pensado en eso —parpadeó la más hipócrita espía del mundo.

—Tenía pensado marcharme mañana de Acapulco —dijo el brasileño, pensativo—, pero me parecería muy prudente marcharme esta misma noche. En realidad, ya están cargando algunas de mis cosas en mi avión… ¡Tiene que venirse usted conmigo a Brasil! ¡Por su seguridad, Brigitte! Lo mejor sería… ¿Qué ocurre?

La pregunta iba dirigida al camarero que se había acercado a la mesa con un teléfono en las manos.

—Siento molestarle, señor —se disculpó el hombre—, pero hay una llamada urgentísima para usted. Asegura ser el copiloto de su avión, y llama desde el aeropuerto. Eso ha dicho.

—Está bien… Conéctelo. ¿Me disculpa, Brigitte?

—Por supuesto.

El camarero conectó el teléfono a la clavija de la mesa, y José Bonifacio atendió la llamada.

—De Salazar —dijo—… ¿Eres tú, Camilo?

—Bien, bien. ¿Qué pasa?

A medida que iba escuchando José Bonifacio iba mostrando en su rostro diversas expresiones, desde el asombro a la ira, y finalmente, a la preocupación más patente.

—Preparadlo todo para salir esta misma noche, cuanto antes. ¿Podemos hacerlo, Camilo?

—Pues hacedlo. Llegaré al aeropuerto en menos de una hora… ¿Han llegado Gladys, Vitória y Amelia?

—Entonces, no tengo nada que esperar. Preparadlo todo.

Colgó, y se quedó mirando a Brigitte, que comentó:

—Parece usted preocupado…, incluso asustado, Pepe.

—Hablábamos de un loco, ¿verdad? Pues ahora ya no tengo la menor duda de que existe: ¡han arrojado un «cóctel Molotov» contra mi avión!

—¡Dios mío!

—Por fortuna, parece que el aparato no ha sufrido daño alguno. Arrojaron el Molotov en la parte de popa, y mis empleados, que estaban dentro del avión, se dieron cuenta y salieron todos a sofocar el incendio con extintores.

—¡Espero que ninguno de ellos haya sufrido mal alguno!

—No, no. Todos están bien, es lo primero que me ha dicho Camilo… ¡No entiendo lo que está pasando!

—Pues yo diría que está bien claro: Ñuño Galves va a por usted, Pepe. Creo que hace muy bien marchándose de Acapulco esta misma noche.

—Y usted va a venir conmigo… ¡No me diga que no, pues de ninguna manera pienso dejarla aquí! Tendremos que hacer escala en Panamá, y si no quiere usted acompañarme a Brasil, de acuerdo, pero véngase conmigo a Panamá, y desde allí puede regresar a Estados Unidos. ¡Por favor, Brigitte, no me deje con la preocupación de saber que está usted en peligro!

—Creo que tiene razón. Bueno, tendré que pasar a pagar la cuenta de mi *bungalow*, recoger mi equipaje…

—El personal de mi yate se encargará de eso. Y no se preocupe por su equipaje, le compraré lo que quiera en Panamá.

—Parece que mis vacaciones se están convirtiendo en una gran aventura —sonrió Brigitte—. Está bien, Pepe, de acuerdo… Oh,

bueno, supongo que podemos terminar de cenar, mientras sus empleados preparan el vuelo.

—Pues sí… Sí. ¡Es usted extraordinaria!

—No tanto. Sucede que la cena es exquisita.

José Bonifacio quedó un instante estupefacto antes de soltar la carcajada.

Poco después terminaron de cenar, y Brigitte se dirigió al tocador de señoras, encerrándose de nuevo en una de las cabinas, y llamando en el acto por la radio.

—Simón, ¿qué es eso del cóctel Molotov?

—¡Ese «Zorro» está loco! ¡Lo ha tirado él contra el aparato!

—Entonces… ¿no ha colocado el emisor?

—¡Claro que debe de haberlo colocado! Lo seguimos hasta el aeropuerto, para ver cómo se las arreglaba… ¡Y el muy bestia tiró el cóctel Molotov, esperó a que salieran los hombres de José Bonifacio, y se metió dentro del avión a toda velocidad, con el emisor…!

—Buen truco —sonrió Brigitte—. Bien, estaba dispuesta a acompañar a José Bonifacio en su avión, pues temía que el emisor no hubiera sido colocado, pero puesto que es así, me quedaré en tierra, y rastrearemos el avión por medio de…

—¡Él sigue dentro!

—¿Qué?

—¡Ese chiflado está todavía dentro del avión, y los hombres de José Bonifacio ya han vuelto a él, de modo que deben de haberlo capturado, o…!

—O matado —terminó Brigitte, pálida de pronto—… Tomaré ese avión, Simón.

—¡Es una locura! Si lo tienen vivo le harán decir todo, y la va a delatar, esté segura de ello. ¡Y si cuando la delata está usted a bordo…!

—Tomaré ese avión. Pase la orden para que el rastreo comience a funcionar a partir de Panamá, donde haremos la primera escala. Luego, vamos a Brasil. Simón, no quiero ningún fallo en ese rastreo.

—Dios mío, está usted loca… ¡La van a matar! ¡Los matarán a los dos!

—A mí se me puede engañar, como a cualquier persona, pero si me dejo convencer por la actitud de José Bonifacio, parece que ese

Ñuño Galves existe, en cuyo caso, no debo temer nada de José Bonifacio.

—¡Pero si tienen vivo al «Zorro»…!

—Tengo la certeza de que Bernardim no es ningún tonto. De todos modos, puede que esté en apuros, y no pienso abandonarlo. Ustedes ocúpense de vigilar el Hotel Caleta, por si tuviéramos la suerte de que apareciese Ñuño Galves. Adiós, Simón.

—¡Pero…!

Pero Brigitte Baby Montfort cortó la comunicación, y las objeciones de Simón-Acapulco no llegaron a sus oídos.

Capítulo X

El agudo silbido de los motores se suavizó cuando el *jet* estuvo ya estabilizado en el aire. Desde la ventanilla, Brigitte veía Acapulco, reflejando sus luces de colores en la bahía. Los grandes hoteles parecían ascuas de luz. Muy pronto quedaron atrás, y el magnífico reactor quedó inmerso en la oscuridad de la noche.

—Los despegues son siempre emocionantes —dijo José Bonifacio, sentado junto a Brigitte—: uno nunca sabe lo que puede pasar, por mucho que se diga que un aparato como éste dispone de las máximas seguridades.

—Es un avión magnífico —dijo Brigitte—… ¡No me molestaría tener uno igual!

—Tal vez si se casara conmigo podría heredarlo después de que Ñuño Galves me matara —sonrió José Bonifacio.

Y su sonrisa inquietó súbitamente a Brigitte. No era la sonrisa habitual en él, sino aquella expresión pérfida que ya le había visto por la mañana, cuando le presentó a sus tres amigas boas. Y por si esto fuera poco, no parecía que los hombres de José Bonifacio hubieran capturado ni matado a Bernardim, pues le habrían dicho una u otra cosa a José Bonifacio cuando éste llegó al avión…

Todo parecía normal. ¿Había conseguido Bernardim salir del avión mientras ella y José Bonifacio iban en coche hacia el aeropuerto?

—¿Realmente es usted tan rico como parece? —preguntó con despreocupación Brigitte.

—Soy muy rico. Pero voy a serlo mucho más… ¡Infinitamente más!

—¿Infinitamente?

—Será mejor que vayamos al salón —se puso en pie él—. Esta zona es para los invitados corrientes, o cuando transporto algunos de mis empleados de un sitio a otro. Tal vez le agradaría tomar una

copa más de champaña.

—¿Por qué no? —sonrió Brigitte.

Parecía que el avión ni siquiera se movía. Recorrieron la zona de popa hacia proa, dejando atrás la veintena de asientos y, al fondo, los compartimientos de carga y avituallamiento. Desde la mitad del avión hacia delante estaban las dependencias privadas de José Bonifacio, a las que se accedía por la puerta que estaba en el centro. Otra puerta, a un lado, comunicaba la zona de proa con la de popa por medio de un estrecho pasillo que evitaba que el personal que iba de un lado a otro del avión pasara por las dependencias privadas del propietario.

Había una especie de saloncito-despacho que parecía una *suite*. Frente a la puerta que acababan de cruzar, había otra, que accedía a otro pasillo al cual daban los seis pequeños dormitorios con cómodas literas del avión. Más allá, tras el grueso tabique, estaba la cabina de los pilotos, la cocina y un par de cuartos de baño cuyo bien aprovechado espacio admiró a Brigitte.

—Debe de ser muy cómodo viajar así —comentó.

—Cómodo y práctico —asintió José Bonifacio—. En popa hay otro dormitorio, muy angosto, pero casi nunca se utiliza. De todos modos, si alguna vez el viaje es muy largo, mis criados tienen donde descansar.

—¿Cuántos empleados lleva a bordo, en total?

—Contando a los pilotos, diez. Todos muy bien entrenados y muy bien armados.

—¿Armados? ¿Y entrenados… para qué?

—Para afrontar cualquier contingencia. Bueno, creo que no debemos esperar más para tomar esa copa.

Regresaron al saloncito, y se acomodaron en un gracioso diván forrado de rojo. Apenas se oía ruido allí, incluso el suelo estaba tapizado con moqueta. José Bonifacio pulsó un timbre, y al poco apareció uno de sus hombres, procedente de proa, al que pidió el champaña.

—¿Cuánto calcula que tardaremos en aterrizar en Panamá? —preguntó Brigitte.

—No aterrizaremos en Panamá —sonrió José Bonifacio—. Lo haremos en Bogotá. Pero no se preocupe: tenemos combustible suficiente.

—Es de suponer. Pero ¿por qué el cambio de planes?

—Por simple precaución.

—¿Teme que Ñuño Galves pueda atacarle en Panamá, que se haya enterado de este vuelo, de su escala…?

—No, no. Ñuño Galves no me preocupa en absoluto, puesto que no existe. Es usted quien me preocupa, Brigitte.

La espía se quedó mirando inexpresivamente al brasileño, que hizo un gesto de satisfacción al ver aparecer al camarero con el champaña. Tras el camarero entraron dos hombres más, a los que Brigitte identificó en el acto: eran los del camión, y, como entonces, cada uno de ellos empuñaba una metralleta, que, por supuesto, apuntó hacia ella.

—No se ponga nerviosa —sonrió José Bonifacio.

—No estoy nerviosa.

—Ah, es cierto. Usted no es una mujer como las demás, no debo olvidarlo. Por favor, sea tan amable de desnudarse completamente. Sin prisas y con sentido común: preferiría no manchar de sangre este diván, Brigitte.

Impávido, el camarero servía ya el champán, tras el alegre descorche. Brigitte se puso en pie, y procedió a desnudarse. Al quitarse el vestido quedó visible en la cara interna de su muslo izquierdo la pistolita de cachas de madreperla sujeta con la tira de esparadrapo color carne. José Bonifacio se hizo cargo de ella, mirándola con curiosidad. Luego, miró a Brigitte, que estaba ya completamente desnuda.

—Espero que no tenga usted el mal gusto de portar armas en el ano o en el sexo —dijo el brasileño—. Eso es de gente de baja categoría, Brigitte.

—Lo he hecho alguna vez, pero no hoy.

—¿De veras? Entonces no debe de ser de gente de baja categoría, porque usted no es así. ¿Qué es usted?

—Agente de la CIA.

—Eso es una auténtica vulgaridad, incluso en usted —frunció el ceño José Bonifacio—: periodista norteamericana trabajando para la CIA. ¿No le parece vulgar?

—Yo no tengo nada vulgar, Pepe.

—No, es evidente —susurró José Bonifacio, recorriendo con la mirada el espléndido cuerpo femenino—. Por favor, vuelva a

sentarse.

Brigitte obedeció.

El brasileño hizo una seña al camarero, y éste procedió a examinar meticulosamente las ropas de la espía. Luego, abrió el bolsito de noche, y volcó el escaso contenido sobre una mesita. Brigitte tomó una copa de champaña, y bebió un sorbo; por supuesto, también era francés, pero no Dom Perignon. Era… era… Taittinger. Sí, Taittinger. Se resignó.

El camarero había llegado por fin al paquete de cigarrillos, y, como temía Brigitte, era un experto, porque rápidamente descubrió el sencillo truco.

—Es una radio, señor —dijo.

—Llama a ver qué pasa.

—Si estamos a más de veinticinco millas de Acapulco, y creo que sí, no hace falta que se moleste —dijo Brigitte.

Pero el camarero llamó. Oyeron el crepitar del éter, y eso fue todo.

—¿No hay nada más que sea interesante, Antero? —preguntó José Bonifacio.

—Yo diría que no, señor.

—Puedes retirarte.

El camarero se retiró, pero no los dos hombres del camión. Y en sustitución del camarero entró el tercero, el que había conducido el camión.

—Ya los conoce usted —los señaló José Bonifacio—. Y ellos a usted. Por eso no se confiarán, esta vez.

—De modo que todo fue un truco para desviar la atención de la CIA —murmuró Brigitte—, para que dejásemos de pensar que usted tenía algo que ver con todo esto.

—¿Qué es todo esto? —sonrió el brasileño.

—Quinientos millones de dólares y una bomba volante.

—Ya. Sí, todo ha sido un truco.

—Está perdiendo el tiempo. Mis compañeros sabrán que no existe Ñuño Galves, y además, el simple hecho de no hacer escala en Panamá les impulsará a buscarle.

—Una cosa es que me busquen y otra cosa es que me encuentren. Pero si me encontrasen, ¿qué harían? Todo lo que tendría que decirles respecto a usted es que, debido a un fallo

temporal en el tren de aterrizaje, tuvimos que seguir vuelo hacia Bogotá, y que usted desembarcó allí, que me exigió que la desembarcara. No podrían probar lo contrario. De todos modos, no se preocupe: no me encontrarán, en el lugar adonde voy.

—¿Qué lugar?

—Brasil —sonrió José Bonifacio—. Tengo algunas cosas que hacer allí. Y es muy agradable viajar en su compañía, Brigitte.

—¿Puedo vestirme ya?

—Si realmente lo desea… Pero yo de usted aprovecharía que ya está desnuda para acostarme. Puede disponer de uno de los camarotes. Si necesita algo, pulse el botón verde que verá junto a la puerta, mis invitados siempre son muy bien atendidos.

—¿Qué piensa hacer conmigo?

—Esta noche, nada. Tengo muchas cosas que atender. Pero usted puede dormir: no llegaremos a Brasil hasta el amanecer. Y una vez allí, pues… ya veremos. Supongo que disfrutaré de usted hasta que su belleza me hastíe, y luego la ofreceré en digno banquete a Amelia, Gladys y Vitória… No parece que esto la asuste demasiado.

—Pepe, no sé lo que está usted tramando, pero será mejor que lo olvide. No lo conseguirá. En estos momentos la CIA está investigando respecto a ciertos fabricantes de armas de Estados Unidos con los que usted estuvo en contacto.

—¿Cómo sabe eso la CIA?

—No haga preguntas estúpidas. Lo sabemos, eso es todo.

—Puede que mis preguntas sean estúpidas —replicó sin perder su tono amable José Bonifacio—, pero usted está aquí precisamente para contestarlas, ya que me estaba preguntando a mí mismo por qué se había interesado usted por mí. ¡Y por favor, olvidemos su ingenuo pretexto de la entrevista a un millonario! Usted hizo contacto conmigo porque ya sabía algo de mí, o buscaba algo de mí. Y eso es lo que yo quiero saber, Brigitte. Pero no ahora, no tengo prisa especial en eso. En cambio, tengo que prepararme para recoger a otros invitados en Bogotá.

—¿Los fabricantes de armas y vendedores de barcos?

José Bonifacio se quedó mirando especulativamente a la espía, antes de murmurar:

—Debe de ser usted una espía de poca monta para hablar tanto y tan claramente —susurró—… O por el contrario, quizá sea una

agente tan eficaz habitualmente que ni siquiera se le ha ocurrido que algún día podía fracasar. ¿Cuál de las dos cosas es la verdad?

—La segunda —sonrió Brigitte.

—Lo tendré en cuenta. Y ahora, por favor, retírese. Puede llevarse sus ropas, desde luego.

Brigitte recogió sus ropas, se dirigió hacia la puerta que daba a proa, y desde allí se volvió.

—Esos hombres que ha de recoger en Bogotá… tenía que recibirlos originariamente en la quinta de Acapulco, ¿verdad? Pero cuando ellos le llamaron por la mañana yo estaba allí, usted sospechaba ya, y les dijo que fueran a esperarle en el aeropuerto de Bogotá. ¿Es así?

—En efecto. ¿Por qué lo pregunta?

—En realidad, sólo quiero saber si ellos vienen a Brasil con nosotros.

—Vienen, sí.

—¿A cobrar su parte de los quinientos millones de dólares?

—Entre otras cosas. Quedan muchos preparativos por hacer antes de que la acción sea definitiva.

—Eso significa que lo que usted persigue no son quinientos millones de dólares, sino algo más.

—Mucho más, ya se lo he dicho antes.

—¿Más dinero?

—Quizás.

—¿O más bombas volantes?

José Bonifacio no contestó. Su mirada, ahora cómo dormida, estaba fija en Brigitte, pero nada expresaba. Brigitte se dispuso a salir, pero todavía se volvió otra vez.

—¿Envió usted las notas a la CIA con las amenazas sobre los hospitales norteamericanos y pidiendo el dinero?

—Digamos que fueron obra mía.

—Pero las firmó con las letras G. G. ¿Qué significan?

—Gobierno en Gestación.

—¿Gobierno? ¿Qué Gobierno? ¿De dónde?

—De los Estados Universales do Brasil.

—Querrá decir los Estados UNIDOS do Brasil.

—No. He dicho UNIVERSALES, y eso quería decir. Por favor, Brigitte, tengo cosas que hacer.

—Hay una que no debió hacer nunca —susurró la espía—: ordenar el asesinato de Richard Hammer, el agente de la CIA en las Bahamas. Lo recuerda, ¿verdad?

—Vigilaba a Haberman, se puso pesado, y no tuve más remedio que tomar una decisión definitiva. Por cierto —el ceño del brasileño se frunció—, dejé allá tres hombres para que recuperasen una cosa y todavía no tengo noticias de ellos… Tendré que interesarme también por esa parte del asunto.

—Sí, hágalo —sonrió gélidamente Baby.

Salió del saloncito, seguida por los tres hombres, que la miraban con evidente codicia sexual. En el pasillo, Brigitte abrió la puerta de uno de los pequeños camarotes, sintiendo sobre ella las miradas de los tres hombres, como si la palpasen… Metió una mano dentro del camarote, encontró el interruptor, y encendió la luz.

Solamente dio un paso hacia dentro, deteniéndose en seco al ver sobre el enmoquetado una de las amigas de José Bonifacio, al parecer dormida. Brigitte miró a los tres hombres, volvió a mirar a la boa, y de pronto se quitó los zapatos y pasó por encima del reptil, observada con expresión de espanto por los tres hombres, que se apelotonaron en la puerta. La serpiente se movió, desplazó un poco su cabeza, y eso fue todo. Brigitte se tendió en la litera, y dijo:

—Si no han de entrar, por favor, apaguen la luz y cierren la puerta.

Casi sonrió cuando los tres hombres respingaron y uno de ellos se apresuró a cerrar la puerta tras apagar la luz. Se oía, amortiguado, el rumor del vuelo. Brigitte se cubrió con la sábana, cerró los ojos, y se durmió.

* * *

Nada más despertar supo que estaban en Eldorado, el aeropuerto colombiano distante doce kilómetros de la capital, Bogotá. El silencio era total en el camarote. Descorrió la cortinilla de la ventanilla, y observó a través del doble cristal de seguridad el brillo de la pista. Estaba lloviendo, pero muy suavemente, apenas nada. Por un lado llegaba resplandor de luces, que contrastaban pálidamente con la oscuridad de la noche.

Pocos minutos más tarde el *jet* comenzó a deslizarse por la pista.

La ligera lluvia no lo detendría, ciertamente. Se produjo la potente reacción del despegue, y poco después por la ventanilla sólo pudo ver oscuridad total. En ruta hacia Brasil.

Pero… ¿dónde, de Brasil?

¿Al mismo lugar donde había caído el proyectil transportando quinientos millones de dólares? Al parecer, sí.

Apartó la sábana, se sentó en el borde de la litera, y, al querer poner los pies en el suelo notó en las plantas el contacto de la boa. Se estiró de nuevo en la litera, tanteó hasta encontrar el interruptor, y encendió la luz. Se puso en pie junto a la litera, evitando ahora pisar a la serpiente, y se vistió. Luego, con los zapatos en una mano, se acercó a la puerta, pisando de nuevo a la boa, sin más remedio. Se puso a escuchar a través de la puerta, pero no oía nada.

¿Cuántos hombres había recogido José Bonifacio en Bogotá, quiénes eran, eran realmente todos norteamericanos? La tentación era demasiado grande para una espía: tenía que ver a aquellos hombres, conocerlos, grabar en su mente sus rostros, enterarse de sus nombres.

Abrió la puerta, salió al pasillo, y se quedó mirando al hombre que había allí metralleta en ristre, con la que le apuntó inmediatamente. Era uno de sus «amigos» del camión.

—Vuelva adentro —gruñó el hombre.

—Tengo sed. Quiero champaña.

—Vuelva adentro, le digo, si no quiere que…

Al hombre le habría gustado darle unos golpes, Brigitte se dio cuenta de ello. Pero ninguno de los dos tuvo oportunidad de tomar ninguna decisión, porque en aquel momento comenzaron a oírse gritos por el pasillo lateral, y el sujeto echó a correr hacia allí. Brigitte no se lo pensó ni un segundo. Fue hacia la puerta que daba al saloncito privado de José Bonifacio, la empujó, y entró… Justo entonces se abría la otra puerta, la que daba a popa… y un sujeto de ropas desastradas, sucio, y con la cara manchada de sangre, entró violentamente empujado y fue a caer de rodillas sobre la moqueta, sollozando, suplicando…

La larga lucha por la supervivencia facultó a Brigitte para no expresar su sorpresa ni su alarma en modo alguno. Simplemente, se quedó mirando, como quien no comprende nada, al hombre que emitía súplica tras súplica:

—¡Por favor, por favor, no me peguen más, sólo quiero ir a casa, quiero ir a Brasil, por favor, se lo suplico…!

Era Bernardim.

Capítulo XI

—¿Quién es este hombre? —exclamó José Bonifacio—. ¿De dónde ha salido?

—Estaba en la zona de avituallamiento, señor —explicó uno de los empleados de José Bonifacio—. Se había escondido allí, pero lo encontramos cuando fuimos a buscar las botellas que nos pidió usted para estos señores.

—No he hecho nada, no he robado nada —gemía Bernardim—… ¡Sólo quiero ir a Brasil, señor De Salazar!

—¿Me conoces?

—¡Claro que sí, señor! Y conozco su avión, por eso me metí dentro, para poder ir a Brasil… ¡Me robaron mi dinero, me lo robaron todo, y no quería estar más tiempo allá, quería volver a casa!

Brigitte había comprobado ya que la sangre manaba de una brecha que Bernardim tenía en la cabeza, casi en la línea del cabello, pero sabía que no era nada grave.

Así que, mientras escuchaba al comediante Bernardim, se dedicó a mirar a los seis hombres que, sentados en las butacas del saloncito, contemplaban a su vez al polizón aéreo, con cierta hostilidad.

Le pareció que todos ellos eran norteamericanos. El más joven debía de tener cuarenta años, y el de más edad unos sesenta. Todos bien vestidos, con aspecto próspero; hombres de alto nivel. El de más edad llevaba una barbita entrecana que casi resultaba cómica…

—¿Cómo entraste en mi avión? —preguntaba José Bonifacio.

—Cuando lo del cóctel Molotov, señor.

—Ah, ya. Fuiste muy oportuno.

—No, señor… ¡El cóctel Molotov lo tiré yo!

—¡Hijo de…! —gritó uno de los empleados de José Bonifacio.

Pero éste le hizo un gesto, y el hombre enmudeció, cediendo la

iniciativa a su jefe, que preguntó:

—¿Tú lanzaste el cóctel Molotov?

—Era muy pequeñito, señor… Muy pequeñito, yo sabía que no dañaría al avión, sólo quería que todos salieran para poder meterme dentro… ¡Y me salió bien!

—¿Conque te salió bien…? Eres muy listo, ¿verdad?

—Sí señor… Sé tocar la armónica, y bailar… ¡Soy un artista, señor! ¿Quiere que le haga un retrato de la señorita? ¡Es muy hermosa, señor, es usted un hombre exquisito! ¡Y ella también lo es!

Los seis invitados, que habían mirado antes un instante a Brigitte, la miraron de nuevo, mientras José Bonifacio reía. Uno de los invitados puso cara de asombro, y enseguida mostró su sobresalto poniéndose en pie bruscamente.

—¡Conozco a esta mujer! —exclamó.

—Y yo también —dijo otro—: es Brigitte Montfort.

Los demás asintieron, entre inquietos y desconcertados. Bonifacio dejó de prestar atención a Bernardim para mirar a Brigitte, y luego a sus invitados.

—En efecto, es la señorita Montfort.

—¿Qué hace aquí? —preguntó el de la barbita—. No creo que ella encaje en esto, De Salazar. Es la periodista más…

—La señorita Montfort, además de periodista, es una agente de la CIA —explicó amablemente José Bonifacio—. Pero me parece que como espía no tiene, ni mucho menos, la misma categoría que como periodista. Luego hablaremos de ella. Bien… ¿Cómo te llamas tú?

—Cristovao Silva, señor, para servirle —dijo Bernardim.

—Debería cortarte las orejas por lo del cóctel Molotov, Cristovao.

—¿Pero me llevará a Brasil?

Uno de los norteamericanos soltó una risita, y José Bonifacio una carcajada.

—¿No te importa perder tus orejas, Cristovao?

—Si vuelvo a casa, no señor. Quería llegar a Estados Unidos para contratarme como dibujante, pero cuando estaba haciendo unos dibujos en Acapulco me lo robaron todo… ¡Maldita sea! Llevo más de un mes durmiendo en el campo, robando cosas, abriendo puertas de coches… Yo no quería destruir su palacio volador, señor,

sólo quería volver a casa. ¡Córteme las orejas, señor, pero déjeme besar la tierra de Dios!

—¡Menudo comediante! —exclamó uno de los norteamericanos.

—La tierra de Dios —murmuró José Bonifacio—… Bueno, vas a quedarte con nosotros, Cristovao, y por el momento, con las orejas puestas. Pero pórtate bien.

—Sí señor… ¡Lo juro! ¡Le serviré bien, señor! ¿Quiere que toque la armónica?

—En este momento, no —rechazó amablemente José Bonifacio —. Bueno, sacadlo de aquí y no volváis a molestarnos. Pero traed esas bebidas. ¡Vamos!

Los hombres de José Bonifacio sacaron del saloncito a Bernardim, a empujones.

El norteamericano de la barbita señaló a Brigitte.

—Supongo que eso de la CIA ha sido una broma.

—Claro que no —negó José Bonifacio—. ¿Verdad, señorita Montfort?

—Verdad, Pepe —dijo Brigitte.

Hubo un instante de silencio. Luego, otro de los invitados preguntó:

—¿Y qué significa esto? ¿Debemos entender que la señorita Montfort, pese a trabajar para la CIA, está de nuestro lado, va a formar parte del Gobierno en Gestación?

—Lamentablemente, temo que no —replicó José Bonifacio—. La señorita Montfort se ha comportado hasta ahora como enemiga de nuestros proyectos. Está buscando quinientos millones de dólares y una bomba volante.

—No entendemos su sentido del humor, De Salazar.

—De todos modos, no deben preocuparse.

—¿No? Si ella es de la CIA significa que la CIA anda tras de usted. ¿O no?

—Ya les digo que no deben preocuparse.

—Disiento de usted, De Salazar —murmuró el de la barbita—. La CIA no es una insignificancia, y usted lo sabe muy bien. Y si están tras de usted, no me sorprendería que para un trabajo de esta envergadura hubieran movilizado a su personal más capacitado en todos los órdenes. Precisamente, tienen en sus filas a una mujer, la agente Baby, de la cual hemos…

El hombre no dijo nada más. Su mirada regresó lentamente a Brigitte, y quedó fija en los azules y sonrientes ojos de la más peligrosa espía del mundo.

El hombre parpadeó, y movió la cabeza con gesto negativo, como rechazando una idea.

—¿Qué le ocurre? —preguntó José Bonifacio.

—Le estaba hablando de la agente Baby. ¿Ha oído hablar de ella?

—Me parece que no… No recuerdo, al menos.

—Debería ser más exigente con sus servicios informativos —intervino el más joven de los invitados—. Un Gobierno, aunque esté en gestación, debe estar mejor informado de cosas como ésta. Nosotros sí hemos oído hablar de la agente Baby. Y si interpreto bien a mi compañero, él está pensando que podría ser la señorita Montfort.

—Bueno, ¿y qué? —desdeñó José Bonifacio.

—Si la señorita Montfort es Baby, le diré la única cosa que se puede hacer con ella: matarla. O eso, o prepararnos para sufrir toda una serie de adversidades.

—No digan tonterías.

—Escuche, De Salazar, sabemos que cuando la CIA no quiere perder una baza moviliza siempre a Baby. Y nunca ha perdido esas bazas. Piense en lo que estamos preparando, piense en los quinientos millones de dólares… Y escuche esto: en la duda de si la señorita Montfort es o no es Baby, simplemente quitémosla de en medio. Porque si ella es Baby, no estaremos seguros mientras esté viva. ¿Lo entiende?

José Bonifacio asintió, mirando con renovado interés a Brigitte, que permanecía impasible ahora.

—¿Es usted Baby, Brigitte? —preguntó el brasileño.

—Claro que no —replicó la divina.

—¿Lo ven? ¡No hay de qué preocuparse! Ah, aquí tenemos por fin las bebidas… ¿Qué está haciendo Cristovao, Antero?

—Está comiendo, señor. Como un lobo. Y nos ha pedido café, pero no hecho, sino granos de café.

—¿Granos de café? ¿Para qué los quiere?

—Creo que se los come.

José Bonifacio quedó un instante perplejo. Luego encogió los

hombros, y señaló a Brigitte.

—Cuando salgas diles que vengan a sacarla de aquí. Y no quiero que ella vuelva a aparecer sin mi permiso, ¿está claro?

Antero terminó de servir los licores, y salió del saloncito. Brigitte miraba los rollos de papel vegetal que había sobre una de las butacas, pero no pudo ver qué contenían. Los norteamericanos la miraban fijamente, sin abandonar su expresión preocupada.

Segundos más tarde, dos de los hombres del camión entraron en el saloncito, y se llevaron a la señorita Montfort de regreso a su angosto camarote. Cuando Brigitte se tendió de nuevo en la litera tuvo que reconocer que las perspectivas no eran precisamente buenas, ni para ella ni para Bernardim.

Pero por el momento seguían con vida, y volando en ruta hacia Brasil.

Mas… ¿qué parte de Brasil?

* * *

Se despertó apenas la luz del día provocó una leve transparencia en las cortinillas de la ventanilla. Las apartó, y vio el sol todavía como flotando sobre una inmensa masa verde. Puesto que ella se hallaba en un camarote de babor, y el sol estaba allí, no cabía duda: iban hacia el sur. Pero, al parecer, hacia el sur de ningún sitio, porque en todo cuanto alcanzaba su vista desde aquella altura no inferior a los doce mil pies, todo era verde. El verdor de la inmensa selva brasileña, surcada de cuando en cuando por relucientes corrientes de agua.

Brigitte hizo un chiste para sí misma:

—Ahora sí que se dónde estoy: ¡en la cuenca del Amazonas!

Lo que era tanto como no saber nada. No tenía utilidad alguna saber que se hallaba en un lugar de más de un millón de kilómetros cuadrados, una extensión superior a la del estado de Texas…

Lentamente, el sol se fue alzando, como si le costara despegarse de la verde línea del horizonte; pero muy pronto pareció salir disparado, como una burbuja roja súbitamente liberada. El verdor de la selva tomó un hermoso tono casi escarlata, durante unos minutos.

Y de pronto, apareció el gran claro entre la vegetación y junto a

una de las corrientes de agua. Pasaron por encima, comenzando a perder altura, y Brigitte pudo ver la pista reluciente en el claro de color cobre. Una pista de aterrizaje en medio de la selva. Porque eso era todo lo que se podía ver: selva, selva, selva… No vio allí el menor vestigio de actividad humana, a excepción de la larga pista reluciente, que, poco después, enfilaba el «15 Novembro», ya muy bajo.

Minutos más tarde, todo movimiento y sonido cesaron. Por la ventanilla, Brigitte vio aparecer de la verde espesura un par de *jeeps*, que se acercaron rápidamente, dando saltos por el llano de color cobre, hacia la pista tomada sin problema alguno por el *jet*.

La puerta del camarote se abrió, y Brigitte volvió la cabeza. Allá estaban dos de sus «amigos» del camión. Los llamaría Feo y Horrible, y al otro Horroroso.

—Salga —dijo Feo—. Ya hemos llegado.

—Estamos cerca de Copacabana, ¿verdad?

—Ya le bajaremos a usted los humos cuando él deje de divertirse —dijo Horrible—. ¡Venga, hay que bajar a tierra!

Brigitte no tenía nada que recoger. Había partido de Acapulco sin equipaje, tan sólo con su bolsito de noche y la pistolita.

Y todo estaba ahora en poder de José Bonifacio. Así pues, simplemente abandonó el camarote pasando por encima de la inmóvil boa que la había acompañado toda la noche, y salió al pasillo. Poco después, descendía por la escalerilla. Los dos *jeeps* ya habían llegado, y junto a ellos estaban José Bonifacio y sus invitados…

Desde el límite de la selva llegaban ahora dos grandes camiones cisterna. La tripulación y personal de servicio del *jet* estaban desembarcando también. Entre ellos, Bernardim, que se metió en la boca unos granos de café, mirando sonriente a Brigitte, que miró el apósito colocado sobre la frente del brasileño, y sonrió a su vez.

—Le dieron un buen golpe, ¿eh? —dijo en portugués.

—Pero ahora son mis amigos —dijo Bernardim—. Les he contado algunos chistes…

—¡Tú, charlatán! —llamó uno de los empleados—. ¡Venga, tienes que ayudarnos a descargar a Gladys y las otras!

—¿Hay más chicas a bordo? —exclamó alegremente Bernardim —. ¡Con mucho gusto las bajaré en brazos!

Los demás rieron burlonamente.

—¡De acuerdo! —dijo uno de ellos—. ¡Te vamos a dejar que lleves en brazos a Amelia!

—Es preciosa —dijo Brigitte—. Seguro que le va a gustar mucho a usted, Cristovao.

—Señorita Montfort —llamó José Bonifacio—: tenga la bondad de acercarse. Tenemos que ir al poblado.

Brigitte subió a uno de los *jeeps*, con José Bonifacio y dos de los norteamericanos. Los otros cuatro subieron al otro vehículo, ambos conducidos por atletas de raza negra vestidos como soldados en campaña, pero con quepis en lugar de casco. Llevaban una pistola a la cintura.

En el momento en que llegaban dos grandes cisternas, los *jeeps* arrancaban hacia el lugar de donde habían salido poco antes. Brigitte tenía la sensación de que iban a ser engullidos por la selva, pero cuando llegaron a la linde comenzó a ver las construcciones de troncos, diseminadas en pequeños claros a los que comenzaba a llegar la luz del sol. Más allá, flotaba una neblina espesa y grisácea. Cuando los *jeeps* se detuvieron en el centro del poblado, Brigitte vio más hombres, cada vez más, quizás incluso un centenar, todos con uniforme de campaña y quepis. Había negros y blancos, y hasta algunos indios… Del espesor neblinoso de la selva llegó un agudo chirrido de ave que la sobresaltó.

—Mi selva —dijo José Bonifacio, riendo—… Hermoso lugar, ¿no le parece?

—Sin duda lo es —asintió Brigitte—. Algún día volveré por aquí de pícnic.

—No creo que pueda volver, pero de todos modos, no se lo aconsejo: usted no duraría ahí ni veinticuatro horas…

¡Garraíiicc, garraíiicc, garraíiiccc!, chilló el pajarraco entre las húmedas frondas.

—A mí me parece un lugar siniestro —dijo el yanqui de la barbita.

José Bonifacio no contestó, se limitó a dirigirle una torva mirada. Habían saltado todos de los *jeeps*, y los conductores volvieron hacia el avión, precediendo a un gran camión pintado de verde completamente, como las cisternas y los *jeeps*. A un lado del poblado había una gran construcción, amplia, con muchas ventanas

y varios porches.

De alguna parte llegó ahora, como remoto, alejado, el zumbido de generadores, que el fino oído de Brigitte captó en el acto, a medida que se acercaban a la casa.

—Hay sitio para todos —explicó José Bonifacio—, y es muy confortable, considerando el lugar y las circunstancias. Acomódense mientras mis hombres traen sus equipajes, y descansen todo cuanto quieran, no se preocupen por nada.

—¿Y el dinero? —preguntó un invitado.

—Pronto lo verán. Descansaremos primero, luego terminaremos nuestra charla, y comenzaremos a cargar el dinero en el avión. Tenemos bombeo de agua desde el río, así que pueden ducharse, si lo desean.

—Cuidado con las pirañas —dijo Brigitte.

Los norteamericanos la miraron con evidente preocupación, pero nadie dijo nada. Se encaminaron todos hacia el interior de la casa. José Bonifacio tomó de un brazo a Brigitte, con gesto amable.

—Venga, señorita Montfort, quiero enseñarle algo que le interesará… Oh, pero creo que nos llamábamos de modo más íntimo, ¿no es cierto?

—Es cierto, Pepe.

—¿Sabe? A cada instante me va gustando usted más. No en el aspecto físico, pues eso es imposible, dada su belleza, sino en lo referente al carácter. ¿De verdad no está asustada?

—Oh, sí, ¡muchísimo!

José Bonifacio la miró de soslayo. Continuaron caminando, adentrándose en la espesura, llena de pajarracos estridentes… Una bandada de pequeños monos comenzaron a chillar en las copas de los altísimos árboles cuando aparecieron Brigitte y José Bonifacio en uno de los pequeños claros, en el que parecía flotar como un líquido hecho de sol y niebla.

—¡Qué animalitos tan escandalosos! —exclamó Brigitte.

—Pero inofensivos. Y bastante tontos. Diariamente, mis hombres capturan unos cuantos para mis amigas… Tiene usted muy inquietos a mis colaboradores, Brigitte. Creo que están pensando que usted es esa Baby. ¡Me han contado cosas muy interesantes de ella!

—Si yo fuese Baby —dijo suavemente Brigitte—, podría matarlo

ahora de un solo golpe, y escapar.

—Escapar… ¿adónde? —La miró divertido José Bonifacio.

—A algún sitio llegaría, ¿no?

—No. No llegaría a ninguna parte. Pero dejemos eso… El río pasa por allá, a unos doscientos metros…

—¿Qué río?

—Un río de Brasil —sonrió él—. Y aquí, muy cerca del río… ¡vea lo que tenemos!

Brigitte sólo vio, de momento, algo negro y reluciente metido entre la vegetación. Y de pronto, lo identificó. Lanzó una exclamación, y corrió hacia allí, apartando enormes plantas… Se quedó mirando el largo, esbelto, negro proyectil provisto de pequeñas alas hacia la cola. Era enorme, no menos de doce metros de longitud y uno y medio de diámetro. Ahora, de cerca, pudo ver las líneas de separación de la cubierta total y de la abertura que permitía el paso a su interior, aunque se preguntó cómo podía ser abierto el gigantesco proyectil.

—¿El dinero está todavía dentro? —preguntó.

—Así es.

—Para que luego digan que no hay tesoros en la selva.

—¿Se refiere a esos papelotes impresos en Estados Unidos? Eso no es nada, querida mía. Usted, aunque bromeando, ha dicho una gran verdad: hay tesoros en esta selva. Tantos tesoros, de tan fabulosas riquezas, que nadie puede ni tan siquiera imaginarlos… Creo que ya le dije que Brasil es el país más rico del mundo.

—Sí.

—En potencia, se entiende. Dentro de muy poco, lo será en la realidad más admirable.

—¿De qué modo?

José Bonifacio sonrió, y señaló el proyectil.

—Naturalmente —dijo—, no cayó aquí, sino unos cuantos kilómetros más arriba, cerca del río. No tan cerca como había sido calculado, así que mis hombres tuvieron que trabajar muy duramente para llevarlo hasta el río. Luego, fue más fácil hacerlo llegar hasta aquí, utilizando flotadores. Y finalmente, lo depositaron en este discreto lugar. Quinientos millones de dólares. No está mal, para empezar.

—Para empezar… ¿qué?

—Le ofrecí a usted la dirección de mi Gabinete de Prensa, pero temo que no será posible. Sería absurdo, tratándose de una agente de la CIA. Y es una lástima, porque hubiera preferido contar con usted… Incluso, tal vez, le habría ofrecido un puesto en mi Gobierno en Gestación. Por ejemplo, la cartera del Ministerio de Cultura.

—Es decir, que piensa usted formar un Gobierno.

—Naturalmente. El Gobierno de los Estados Universales del Brasil, el país más rico y poderoso del mundo. Cuento para ello con personal adecuado, no crea usted que soy un pobre chiflado. En Brasilia, en Rio, en Sao Paulo, Bahía, Belém, Recife, Horizonte, Salvador, Sao Luis…, en todas las ciudades y lugares importantes o estratégicos de Brasil muchas personas altamente capacitadas están esperando el gran momento en que, bajo mi mandato, Brasil ocupe el lugar que merece en la Tierra, relevando a los Estados Unidos de América de su actual hegemonía en todos los órdenes. Sí, a los Estados Unidos les está llegando el momento del relevo, Brigitte.

—Eso no me disgustaría demasiado —murmuró Brigitte—. Pero ¿cómo piensa conseguirlo?

—¿Sabe usted cuál es el arma más poderosa del mundo? —preguntó a su vez José Bonifacio.

—El amor.

El brasileño la miró vivamente, y se quedó mirándola desconcertado unos segundos. Luego, sonrió amablemente.

—Tal vez, pero esa arma no me sirve para lo que pretendo. Dígame otra.

—Supongo que las bombas A, H, N y compañía.

—¿El poderío nuclear? No, no, tampoco. El arma más poderosa del mundo, Brigitte, es el dinero. Con esa arma, se puede conseguir todo. Así pues, cuando yo disponga de ella, habrá llegado el momento de convertir en realidad brillante el actual Gobierno en Gestación.

—¿Pacíficamente?

—¡Claro que no! —se sorprendió José Bonifacio—. ¡Eso es imposible, los Estados Unidos de América jamás me lo permitirían, de ese modo!

—En ese caso, usted tendrá que someter a Estados Unidos de América antes de conseguir tomar el relevo.

—En efecto. Mucho me temo que tendré que arrasar su patria, Brigitte. Pero no se preocupe, no sufrirá usted por ella, ya que para entonces llevará mucho tiempo muerta.

Baby apretó los labios, su mirada súbitamente congelada quedó fija en los ojos de José Bonifacio. Ella era tan alta como él, y, pese a ser mujer, más fuerte. Y además, no importaba: había matado de un solo golpe a hombres más fuertes que José Bonifacio. Podía matarlo con toda facilidad, y luego…

Se dio cuenta de la expresión de él, vio en sus labios la pérfida sonrisita, y entonces, por instinto, Brigitte se volvió. Tras ella, entre la vegetación, cuatro soldados la estaban apuntando con sus pistolas.

—Usted y yo —dijo suavemente José Bonifacio— ya hemos conversado más que suficiente. Ahora, si no le importa, mis hombres la llevarán a su alojamiento.

Capítulo XII

El alojamiento era una enorme jaula construida con fortísima tela metálica en un lado del poblado, dejando dentro árboles y toda clase de maleza. Y la señorita Montfort no la ocupó en exclusiva, sino que tuvo que compartirla con Amelia, Vitória y Gladys, que se mostraban declaradamente inquietas. Y era fácil de comprender: su docilidad lejos de su selva se convertía ahora en impaciencia, casi en ira, al verse dentro de aquel cubículo de tela metálica del que no podían salir para deslizarse por los árboles en busca de monos dormidos, para deslizarse por cenagales, ríos y tierra con podredumbre de la selva. En aquel lugar notaban con mucha intensidad su cautiverio.

Y allí llevaba Brigitte casi diez horas cuando apareció Bernardim ante la jaula, masticando granos de café.

—¡Hola! —saludó, acercándose a la alambrada—. ¿Quiere un poco de café?

Brigitte se acercó a la alambrada, y tomó los granos que le tendía el brasileño por entre los fuertes alambres de acero.

—Bernardim, ¿qué está sucediendo?

—No lo sé. Los yanquis se han pasado el día durmiendo, y José Bonifacio apenas ha salido de la casa grande. Pero he hecho un pequeño inventario: hay un total de ochenta y dos hombres, y no creo equivocarme de mucho, y disponen de un helicóptero escondido, tres *jeeps*, dos camiones cisterna, dos camiones de transporte corriente, dos generadores, y un almacén donde al parecer hay de todo. Instalar todo esto aquí, de este modo, ha debido de costar una fortuna. Y no digamos la pista de aterrizaje…, que por cierto han camuflado con redes de nylon llenas de vegetación… Desde arriba, todo lo que se puede ver es un gran claro, con salpicaduras de vegetación, pues el *jet* también ha sido camuflado.

—¿Ha visto usted el proyectil?

—Sí. Creo que pasado mañana llevarán el dinero al *jet*.

—¿Pasado mañana? ¿Y qué pasará hasta entonces?

—Bueno, evidentemente José Bonifacio y los yanquis todavía tienen muchas cosas que decirse.

—Sí, claro. ¿Qué me dice del helicóptero? ¿Podríamos apoderarnos de él?

—Quizá, pero salvo que supiéramos a dónde dirigirnos exactamente para repostar, lo más probable es que nos estrelláramos en la selva cuando nos quedáramos sin combustible.

—No puede ser que estemos tan lejos de algún lugar habitado.

—Me parece que usted no conoce Brasil como yo —dijo Bernardim—. Mire, tan sólo con que nos desviáramos un poco de la ruta, no encontraríamos nada de nada. Y todo sería un desastre completo si resultase que el depósito del helicóptero no estuviese lleno. Su idea no es muy brillante, francamente.

—¿Han repostado el avión?

—Sí.

—Pues entonces, robemos el avión.

—Eso ya me parece más brillante —rió Bernardim—. Pero se está usted olvidando de que está dentro de una jaula la llave de cuya puerta la tiene José Bonifacio, por un lado, y por otro y dos hombres que no se alejan de aquí, y que ahora nos están mirando. De todos modos, si usted quiere los mato a los dos, y a ver qué pasa luego. Pero creo que debería tomarse las cosas con más calma.

—Ya veríamos si diría eso si fuera usted quien estuviera aquí dentro con esas tres jovencitas.

—Tiene razón —rió Bernardim—… ¡No sería lo mismo!

Y se alejó, riendo muy divertido.

Brigitte frunció el ceño.

A ella no le hacía ninguna gracia su situación. Miró una vez más a las inquietas boas, que se deslizaban árboles arriba en busca de alguna abertura por la que poder deslizarse fuera de la tela metálica. Abertura que no existía, pues los bordes de los grandes trozos de tela metálica colocadas alrededor de troncos y ramas habían sido luego como cosidos con más alambre, y no cabía esperar que ni Amelia, ni Gladys ni Vitória supiesen desprender los alambres. Ni que pudiesen hacerlo, pues no tenían manos…

Brigitte se miró las suyas. Luego se acercó a uno de los árboles echados, y procedió a escalarlo, hasta llegar a las ramas superiores, donde estaba Gladys. Sí, seguro que era Gladys, ya sabía identificarlas después de las irónicas explicaciones de José Bonifacio cuando las metió con ella en la jaula.

—Estás enfadada, ¿verdad, Gladys, querida? —dijo suavemente Brigitte—. Te comprendo. Si yo fuese tú, ya estaría loca de rabia, así que no tengo más remedio que admitir que eres una buena chica. Tienes mucha paciencia, Gladys.

Mientras hablaba, miraba hacia arriba, hacia los sitios donde la tela metálica había sido cosida con más alambre para no dejar espacio entre aquélla y los troncos o ramas.

¿Podría ella desanudar alambre de acero? Tal como vio uno de los «cosidos» pensó que sí podría hacerlo.

Brigitte se sentó en la alta rama, junto a la boa que se repartía entre el tronco, aquella rama, y otras cercanas.

—¿Sabes, Gladys? A lo mejor esta noche nos vamos las cuatro de paseo…

* * *

No pudo ser, al menos de momento, porque al poco de anochecer cuatro hombres se plantaron ante la puerta de la gran jaula, uno de ellos la abrió, y otro llamó:

—¡Señorita Montfort, venga aquí! ¡La están esperando en la casa grande!

Brigitte, que se había tendido sobre un montón de hojarasca, se acercó, aliviada. Apenas llegó la noche habían comenzado a sonar extraños ruidos en la cercana selva que la tenían en vilo. No temía la posible llegada de un jaguar, por ejemplo, ni de una boa de malos modales, pero sí podían entrar en la jaula una gran variedad de pequeñas víboras, sin duda alguna venenosas…

La oscuridad era prácticamente completa. La casa grande y el resto de construcciones disponían de luz que proporcionaban los generadores, pero todo estaba cerrado poco menos que herméticamente, de modo que desde el exterior sólo se podían ver algunas rayas de luz, por supuesto insuficientes para ser avistadas desde un avión. En cuanto a los vigilantes, cuyo número desconocía

Brigitte, iban con linternas, que usaban sin precaución alguna, pues si por encima de ellos llegase un avión o un helicóptero naturalmente lo habrían oído mucho antes.

Uno de los hombres que había acudido a la puerta era Horrible, que en cuanto Brigitte salió, sin más, le metió una mano en los pechos, groseramente, apretando por encima de la tela la turgente carne.

—Me parece que se la van a tirar —rió—. Y cuando salga, yo me la tir…

El puñetazo de Brigitte, el escalofriante *tsuki*, acertó a Horrible en la boca del estómago, con seco chasquido. Horrible exhaló un gemido, sus ojos parecieron dos pequeños globos blancos a la luz de las linternas, y el hombre, tieso como un palo, se desplomó hacia atrás muy despacio, deslizándose su mano por encima de los pechos de Brigitte, que captó el movimiento de los otros tres hombres hacia ella.

—Al primero que me ponga la mano encima, lo mato —dijo suavemente la espía.

—¿Qué pasa ahí? —Llegó la voz de José Bonifacio desde uno de los porches de la casa grande—. ¿Brigitte?

—Ya voy, Pepe.

Horrible yacía en el suelo, haciendo desesperados intentos para ponerse en pie. Al pasar junto a él, Brigitte le disparó un puntapié que le acertó en la barbilla, y lo fulminó. Uno de los vigilantes lanzó una imprecación, y la empujó… La espía se revolvió velozmente, alzó el puño izquierdo como si quisiera llegar con él al cielo, y cuando el hombre, respingando, lo miró, le disparó el derecho a la garganta. El hombre emitió un ronquido, y cayó hacia atrás, no muerto, pero poco menos… José Bonifacio estaba gritando unas órdenes, y tres hombres más aparecieron corriendo, como fantasmas lanzando rayos de luz. Finalmente, sin que nadie hubiera vuelto a tocarla, Brigitte llegó al porche, ante José Bonifacio, que gruñó:

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—No me gusta que me soben los pechos —dijo Brigitte—, así que me he rebelado contra ello. Tiene usted unas tropas muy groseras e indisciplinadas, Pepe.

—Le aseguro que no. Y mañana daré un buen escarmiento en ese sentido. Venga, por favor. Tenemos que pedirle un favor.

—¿Un favor? ¿A mí?

—Sí, sí. Venga.

José Bonifacio abrió una puerta, dejando escapar un raudal de luz, y Brigitte entró en el amplio salón amueblado someramente, pero con cierto confort indispensable. José Bonifacio cerró la puerta, y señaló uno de los sillones hechos con caña, idénticos a los que ocupaban los seis norteamericanos. Todos fumaban y bebían, el ambiente estaba enrarecido. Sobre sendos soportes metálicos, había dos grandes mapas, uno de ellos mundial, y el otro de Brasil. La espía los miró en silencio, se sentó, y aceptó un cigarrillo cuando se lo ofreció José Bonifacio. Mientras lo encendía, miró los rollos de papel vegetal esparcidos por el suelo y sobre una mesita.

—Tenemos un poco de champaña traído del avión —dijo José Bonifacio—. ¿Le apetece?

—Desde luego. Pero me permito recordarle que todavía no me han servido la cena, Pepe.

—¿De veras? ¡Qué descuido tan imperdonable! Bueno, creo que Antero podrá servirle algo de salmón envasado, con el champaña, y luego un poco de fruta. ¿Le parece bien?

—Sí, gracias.

Chupando del cigarrillo, Brigitte volvió a mirar los mapas, y luego, despacio, uno a uno, a los norteamericanos. Había de pronto un silencio molesto, como turbado.

—Supongo —susurró Brigitte— que están preparando su ataque a Estados Unidos con una… adecuada cantidad de bombas volantes.

—¡Desde luego que no! —exclamó José Bonifacio—. ¡Qué tontería, Brigitte! Eso sería como atacar a un león con mondadientes.

—Sí, algo así.

—Nadie está pensando aquí en atacar a los Estados Unidos, señorita Montfort —dijo el de la barbita—. Todos nosotros, los seis, somos tan buenos patriotas como usted.

—No me diga. Entonces, no estarán de acuerdo con Pepe en sus propósitos de arrasar Estados Unidos.

—Oh, vamos —rió José Bonifacio—, ¡eso fue un modo de hablar! Y además, me refería al poderío mundial, a la hegemonía social, económica, política… No busque complicaciones, Brigitte.

—Está bien. ¿Cuál es el favor que tiene que pedirme?

Antero apareció en aquel momento, recibió las instrucciones de José Bonifacio, y volvió a salir. José Bonifacio señaló los mapas con la barbilla.

—Naturalmente —dijo—, tenemos nuestros expertos en estas cuestiones, pero hemos pensado que podría ser muy interesante escuchar el punto de vista de usted, como periodista de altos vuelos en los comentarios políticos internacionales.

—Mi punto de vista ¿sobre qué?

—¿Cómo reaccionarían los países amigos de los Estados Unidos cuando supieran que éstos pasaban a ser algo así como… una colonia brasileña?

—Usted está loco, Pepe.

—Tengo la impresión de que usted no se avendrá a una conversación seria hasta que haya comprendido la realidad del asunto, y por mi parte, no hay cuidado. Hemos estado hablando un poco de usted, y francamente, nos gustaría no tener que prescindir de su valiosa colaboración. A fin de cuentas, su prestigio es muy grande en Estados Unidos… Es tan grande, que nadie o casi nadie se molestaría demasiado si mi Gobierno brasileño la nombraba a usted Presidente de los Estados Unidos…

—¡Oh, no! —protestó Brigitte—. ¡Otra vez con eso, no! ¡Ya dije hace tiempo que no quería…!

—Sus amigos me han contado esa historia[4], que por otra parte he recordado, claro está. Y no me parece mala idea que sea usted la Presidenta norteamericana en su momento. Claro está, bajo mis órdenes.

Brigitte fumó, ladeó la cabeza, y se quedó mirando sarcásticamente a José Bonifacio. Antero reapareció, con una bandeja que fue a depositar frente a Brigitte. Ésta tomó enseguida la botella de champaña, se sirvió una copa, y lo paladeó con visible agrado.

Luego, se sirvió un poco de salmón, y se dedicó a comer, como si se hallara sola en su confortable apartamento.

—Su actitud resulta muy despectiva —susurró José Bonifacio.

—Dígame lo que tenga que decirme, y luego veremos. Mientras tanto, la idea de que suponiendo que yo alcanzase esa presidencia me pusiera bajo sus órdenes es la cosa más disparatada que he oído en toda mi vida.

—¿Por qué?

—Porque jamás me pondría a las órdenes de un hombre que habla de arrasar Estados Unidos y de terminar con todo vestigio de vida en la selva brasileña. En realidad, Pepe, no soy persona dócil en ningún aspecto, pero tal vez escucharía a quien me hiciera ofertas de grandeza siempre y cuando no afectaran a la vida ecológica en Brasil ni en ninguna otra parte del mundo, y, por supuesto, que no alterasen en lo más mínimo la paz mundial. ¿Me he explicado bien?

—¡Ella es Baby! —exclamó uno de los norteamericanos—. ¡Puede estar completamente seguro, De Salazar!

—Bueno —sonrió José Bonifacio—, si es Baby todo lo que se puede hacer con ella es matarla, ¿no?

—Y cuanto antes, mejor —asintió el de la barbita.

—Vamos a concederle a la señorita Montfort una oportunidad de colaborar, contestando a la pregunta técnica que le hemos hecho respecto a la reacción de los países amigos de Estados Unidos. Si lo hace, la mataremos, sencillamente. Si no lo hace, volverá a la jaula, donde permanecerá hasta que Amelia, Vitória y Gladys, furiosas por el encierro y el hambre, dejen de convivir con ella de ese modo… amistoso que tan sorprendido me tiene.

—Puedo disipar su sorpresa —dijo Brigitte—. La cuestión es de lo más simple: sus amigas viven en paz conmigo porque saben que de mí no pueden esperar nada malo, y porque ellas son mejores que usted, Pepe.

—Tiene usted una lengua muy afilada… Pero vamos a lo que importa. La pondré al corriente de los proyectos del Gobierno en Gestación, y luego decida usted si colabora o no. Veamos… Nosotros tenemos actualmente quinientos millones de dólares, que, sumados a otras aportaciones de gente interesada, significan una cantidad realmente interesante. Nuestra idea consiste en invertir ese dinero en asegurarnos de que próximamente, al realizarse elecciones en Brasil, yo sea nombrado Presidente…

—¿Sobornando, presionando y matando si es necesario?

—Por supuesto —sonrió José Bonifacio—. Sea como sea, yo debo dirigir los Estados Universales del Brasil. Y una vez en el cargo, entrarán en juego las bombas volantes como la que ya conoce usted. Tenemos pensado disparar unas doscientas cincuentas

bombas volantes.

—¿Contra Estados Unidos, y desde los barcos que están tratando de comprar?

—Desde los barcos que pensamos comprar, sí —asintió el brasileño—, pero no contra Estados Unidos, sino contra Brasil.

—Decididamente, está usted loco —susurró Brigitte.

—Ya verá como no es así. Esas doscientas cincuenta bombas volantes no llevarán explosivos, ni convencionales ni nucleares. Llevarán una carga múltiple de supemapalm, que, en determinado momento, será expulsada de los proyectiles. Ese momento será cuando, precisamente, pasen por sus objetivos repartidos en toda la cuenca del Amazonas. Tenemos pensado que el total de pequeñas bombas de supemapalm sea de unas diez mil, es decir, cuarenta por cada bomba volante. Esas diez mil cargas, bien repartidas, incendiarán toda la selva brasileña de la cuenca. Calculamos que eso requerirá un par de semanas de voraz incendio. Transcurridos esos quince días, toda la cuenca del Amazonas será un gigantesco calvero absolutamente muerto. No quedará en él ningún vestigio de vida, ni animal ni vegetal. ¿Se lo imagina?

—Francamente, no.

—Sí, es difícil de imaginar, lo comprendo. Pero sabemos que puede lograrse. Es por eso que yo inicié contactos con fabricantes de armas. Unos me han facilitado el primer proyectil transportador de cargas de supemapalm, y otros están en estos momentos trabajando en la fabricación clandestina de esas diez mil cargas de supemapalm. Mientras tanto, iremos adquiriendo los barcos necesarios adecuados para instalar en ellos las plataformas de lanzamiento. Los barcos en cuestión, una vez cargados con los proyectiles llenos de cargas de supemapalm, se distribuirán rodeando toda la costa norte, este y oeste del continente suramericano en su mitad superior. Es decir, que habrá barcos nuestros, listos para disparar, a todo lo largo de las costas de Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela, las Guayanas, y, naturalmente, toda la costa brasileña, formando así casi un círculo completo y distante de la cuenca del Amazonas. Cuando disparen los proyectiles, todos ellos vendrán a caer aquí, y de este nodo se iniciará el gran incendio que tendrá como consecuencia no demasiado lejana el nacimiento de los Estados Universales do Brasil, porque…

—Espere. Según yo entiendo, lo que han hecho ustedes hasta ahora ha sido no sólo recoger dinero, sino asegurarse de que el prototipo de proyectil funcionaba bien. Por eso exigieron que el dinero fuese llevado a Belém, y desde allí lo dispararon hacia aquí, para hacer la prueba de que todo saldrá bien.

—En efecto. Y sabemos ahora que los proyectiles funcionarán. En cuanto a las cargas de supemapalm, no tenemos la menor duda al respecto. Le decía, pues, que el gran incendio tendrá como consecuencia no demasiado lejana el nacimiento de los Estados Universales do Brasil, porque cuando quede accesible la cuenca del Amazonas podremos, por fin, extraer de ella todas sus riquezas. Hasta ahora no ha sido posible, debido a la impenetrabilidad de la selva y a la abulia de nuestros sucesivos gobernantes…

—¿Abulia? Yo más bien diría que ellos, simplemente, han respetado las selvas.

—¿Respetarlas? ¡Claro que no! No se han atrevido con ellas, eso es todo. O no han querido emprender la gran empresa. Se habla siempre de las grandes reservas de Brasil, pero… ¿para qué queremos las grandes reservas? ¿Para cuándo, para quién? Nosotros estamos aquí y ahora, y será ahora cuando explotaremos todos los grandes yacimientos amazónicos, una vez consumida la selva por el fuego. Será fácil construir carreteras entonces. Y ferrocarriles, es decir, líneas de ferrocarril, y aeropuertos, y rutas de navegación adecuada por el Amazonas y sus afluentes… ¿Se lo imagina?

—Eso sí, pero…

—No hay peros, Brigitte. La cuenca del Amazonas será entonces la zona más enorme y más rica del planeta Tierra. ¿Le gustaría a usted saber lo que hay aquí, en la selva, bajo esta tierra? Se lo voy a decir: hay oro, diamantes, esmeraldas, plata, cobre, petróleo, uranio, gas, platino… ¡Y todo ello en unas cantidades que convertirían a Brasil, en poco tiempo, en el país más rico del mundo, en el líder, en el director de toda la economía mundial…! Cuando dentro de cincuenta años se haya agotado el petróleo en el resto del mundo, Brasil seguirá extrayendo millones de toneladas diariamente… ¡Millones y millones de toneladas! Y no sólo petróleo… ¡Todo cuanto el mundo necesite irá saliendo de las entrañas de Brasil! Y entonces, Brigitte, todo el planeta Tierra será Brasil, todo el mundo será los Estados Universales do Brasil.

—Dentro de cincuenta años —susurró Brigitte—, usted será un anciano, suponiendo que aún viva. Porque cuando los brasileños sepan que les ha quemado su selva, y que ha convertido Brasil en un desierto…

—Calma, calma —rió José Bonifacio—… ¿De dónde saca usted que los brasileños sabrán eso? ¡Nunca lo sabrán!

—Eso es imposible. Un secreto así no puede mantenerse. Sabrán, tarde o temprano, que la selva habrá sido devorada por un incendio provocado.

—Ah, eso sí… ¡Pero no por mí! ¿Sabe usted qué creerán los brasileños? ¿Sabe usted a quién acusarán de ese incendio?

Brigitte sintió cómo la palidez se extendía por su rostro.

—¿A los Estados Unidos de América? —jadeó.

—¡Exactamente! Y será por eso que, un par de años más adelante, cuando ya Brasil sea el país más rico y poderoso del mundo, invadiremos Estados Unidos de América, y los convertiremos en una colonia brasileña…, aunque para ello sea necesario digamos un poquito de guerra…, que ya no ganarán, como ha venido sucediendo hasta ahora, los norteamericanos. Colocaré allá un Presidente de mi gusto, y eso será todo, salvo que, naturalmente, las personas que me hayan ayudado a conseguir todo eso —señaló a los seis norteamericanos, que le escuchaban con ojos iluminados—, se convertirán en los… usufructuarios de las riquezas del continente de América del Norte, pasarán a ser los amos, en lugar de ser, como hasta ahora, los contribuyentes.

Es por eso, Brigitte, por mi generosa oferta, que estas personas, y muchas otras de Brasil y de otros lugares, me están ayudando. Y es una verdadera lástima que no quiera ser usted la Presidenta de esos nuevos Estados Unidos de América, colonia brasileña. En cuanto a que yo seré un anciano dentro de cincuenta años, es cierto. Pero es que dentro de cincuenta años, todo estará terminado, la obra habrá sido culminada, habremos llegado a la cumbre. Hasta entonces, yo viviré esos cincuenta años trabajando en la consecución de esos propósitos, convertido en el hombre más poderoso del mundo, cubierto de gloria por haber proporcionado a los brasileños los Estados Universales do Brasil. Y cuando yo fallezca, querida mía, la historia de Brasil será la Historia de José Bonifacio de Salazar y Lima. ¡Qué muerte tan gloriosa tras una vida tan brillante!

Brigitte miró uno a uno a los seis norteamericanos, que seguían como hechizados, fascinados. Que José Bonifacio consiguiera o no sus objetivos, o sólo parte de ellos, no tenía importancia… Lo importante, lo terrible, era qué podía pasar antes de que todo terminase de un modo u otro. ¿Qué podía ocurrir? ¿Guerra entre Brasil y Estados Unidos? ¿Guerra Mundial? ¿Devastación de todo un continente?

—Ya veo que está profundamente impresionada —rió José Bonifacio—. Serénese, reflexione, y conteste a mi pregunta: ¿cómo reaccionará el mundo cuando Brasil ataque y someta a los Estados Unidos de América?

—Muy mal —saltó Brigitte—… ¡No podrá conseguir eso, no podrá vencer a Estados Unidos, nunca, porque todos su amigos le apoyarán! ¡No aceptarán nunca la nueva situación!

—¿De modo que ésa es su opinión de experta en política internacional?

—¡En efecto!

—Pues yo diría que no está a la altura de sus anteriores opiniones internacionales, siempre tan lúcidas, siempre tan preclaras. ¿No comprende que todos tendrán que aceptar lo que haga Brasil, porque todos dependerán, ya sea inmediatamente o en el cercano futuro, de las riquezas de Brasil? Vamos, vamos, Brigitte, estudie más detenidamente el asunto, por favor. ¿Qué harán, realmente? ¿Y cómo le parece a usted, como experta, que yo debería iniciar mis… relaciones amistosas con el mundo?

—¿No le han informado ya de eso sus asesores?

—Sí, pero quiero conocer su opinión, lo repito. ¿Y bien?

Brigitte se pasó una mano por la frente, y notó la abundante transpiración.

—No lo conseguirá —insistió—. ¡Nunca lo conseguirá!

—Yo diría que usted está ahora reaccionando como norteamericana apasionada, no como la genial periodista que todos conocemos. Su respuesta está dictada más por la pasión, por el amor patrio, que por otra cosa. Y lo comprendo, porque usted, como norteamericana, sólo está pensando en que su país no resulte dañado en modo alguno, ni sometido. Es lo único que le importa: Estados Unidos de América. ¡Y los demás países que se vayan al infierno!

—¡Eso no es cierto, ni lo ha sido nunca! —Se puso en pie Brigitte—. ¡No estoy hablando para salvar a los Estados Unidos, sino a todos los demás países, empezando precisamente por Brasil! ¿Cree usted que una guerra con Estados Unidos no perjudicaría también a Brasil, por poderoso que fuese entonces? ¡Estoy pensando en Brasil, precisamente! ¡Y en muchos otros países, no sólo en el mío! ¡Maldito sea, estoy pensando en todo el mundo!

—¿Debo creer eso? —rió José Bonifacio.

—Debe creerlo —murmuró el de la barbita—, porque ahora ya no me cabe la menor duda de que ella es la agente Baby, y así es como siempre ha vivido y trabajado la agente Baby. Está pensando en la Humanidad, no en Estados Unidos solamente, ni en Brasil solamente.

—¿De modo que la espía que, según ustedes, es la persona más… peligrosa del mundo es simplemente una idealista, a fin de cuentas?

—Todo lo idealista que usted quiera, De Salazar, pero sigue siendo peligrosa.

—¿Peligrosa? ¿De qué modo, qué puede hacer? Está sola contra todos nosotros en la selva, no tiene ni siquiera un arma, nosotros somos siete, y a una voz mía varios hombres armados pueden entrar aquí y matarla en un segundo… ¿Peligrosa? ¿Qué clase de peligro puede emanar de una mujer en sus circunstancias?

—La está usted provocando, De Salazar. Si quiere aceptar un buen consejo, sáquela de aquí inmediatamente y ordene que sea eliminada. Y hágalo ahora.

—Tal vez tengan razón —reflexionó José Bonifacio—. Voy a llamar a mis hombres para que la…

—¡Cuidado! —gritó uno de los norteamericanos.

José Bonifacio ya estaba emitiendo un grito, porque Brigitte había saltado hacia él como una auténtica pantera furiosa, con las manos en alto. La derecha silbó en el aire justo cuando José Bonifacio comenzaba a apartarse, y así, el golpe con el canto de la mano que lo habría matado partiéndole el cráneo, fue a impactar sobre su clavícula izquierda, que crujió como madera seca. El golpe fue terrible, y José Bonifacio fue lanzado por encima del sillón del cual se había levantado tan rápidamente, rota la clavícula, lívido el rostro por el dolor y el súbito espanto…

Brigitte rodeó rápidamente el sillón, fulgurantes los azules ojos en los que se expresaba el deseo de matar, y su pie derecho buscó en veloz trayectoria la sien izquierda de José Bonifacio, cuya carrera gloriosa habría terminado allí mismo si en aquel momento uno de los norteamericanos, que había saltado hacia Brigitte, no la hubiera empujado. Esta vez, el golpe de la espía se perdió en el vacío, mientras ella se tambaleaba… y las dos puertas del saloncito se abrían y entraban varios hombres armados…

—¡No la matéis! —chilló José Bonifacio—. ¡La quiero viva!

Chilló de nuevo cuando Brigitte intentó otra vez aplicarle un puntapié mortal, que de nuevo fracasó, pues ahora fueron tres los norteamericanos que saltaron contra ella, derribándola y aplastándola contra el suelo con el peso de sus cuerpos.

Pero enseguida, uno de los norteamericanos salió disparado de encima de la espía, y otro lanzó un aullido tremolante, espantoso, cuando dos dedos de la mano derecha de Brigitte se hundieron en sus ojos, reventando uno como si fuese una simple uva.

Pero la desproporción era excesiva, y en menos de tres segundos Brigitte se encontró retenida contra el suelo por varios hombres que la sujetaban por brazos y piernas, y presionando su vientre y su pecho…, mientras contemplaban, impresionados, la transformación experimentada por la hasta entonces serena y habitualmente sonriente espía americana.

—No la matéis —jadeaba José Bonifacio, poniéndose en pie—… ¡La quiero viva y bien viva! ¡La quiero VIVA!

Se plantó junto a ella tambaleante, encogido el hombro cuya clavícula había partido Brigitte de un golpe, y se quedó mirándola desencajado el rostro, desorbitados los ojos por la furia y el odio, contemplando el rostro sangrante de Brigitte, cuyo labio inferior y la ceja derecha habían sido partidos de sendos golpes.

—Te quiero viva, sí —jadeó José Bonifacio—… Te quiero viva para gozar pensando en cómo voy a matarte después de entregarte como festín primero a todos mis hombres, y luego arrancarte los ojos… ¡Llevadla a la jaula! ¡Y llamad al médico!

Media docena de hombres pusieron en pie a Brigitte, que mirando fijamente a José Bonifacio, dijo:

—No lo conseguirás… ¡Hay un enemigo que no podrás vencer, criminal!

—¿Eso piensas? ¿Qué enemigo? ¡Quiero saber qué enemigo es ése, quiero saberlo!

—La selva —jadeó Brigitte—. ¡Jamás podrás vencer a la selva! Podrás quemarla, pero antes de que consigas poner en marcha tus explotaciones de toda clase, ella se renovará, volverá a crecer, y de nuevo ocupará el lugar del mundo que le corresponde… ¡Antes de que tú consigas nada, la selva volverá a estar viva!

José Bonifacio, para sorpresa de todos, se echó a reír de pronto.

—¡La selva! —exclamó entre risas—. ¡De modo que mi enemigo es la selva! Estúpida, ¿crees que no lo he tenido todo en cuenta, crees que no lo he estudiado todo antes de comenzar a poner en marcha todos mis proyectos hace dos años y pico…? ¿Quieres conocer de verdad a la selva brasileña, quieres conocer el futuro que le aguarda? ¡Pues lo vas a conocer, como lo conocí yo, como me enteré yo por medio de una simple nota en una revista! ¡Vas a leer esa nota, estúpida! ¡Y la vas a leer ahora! ¡Sujetadla bien, las piernas también!

José Bonifacio fue a donde estaba su chaqueta, extrajo de ella la billetera, y de ésta un papel delgado y largo, doblado, que desdobló ante el rostro de Brigitte. Era, en efecto, un recorte de una revista a todo color. Y las letras, negras, destacaban sobre un fondo color crema.

La noticia era escueta, pero muy clara y significativa.

Decía:

AMENAZA SOBRE EL AMAZONAS

La autopista transamazónica es la décima de una serie de tentativas, generalmente abortadas, para abrir al progreso la gran selva brasileña. Por otra parte, actualmente se ha llegado a la conclusión de que su fertilidad es el resultado del clima y no de la riqueza del suelo. Las diversas sustancias necesarias para la vida de las plantas están contenidas en ellas mismas. Si se cortan o queman los árboles, dichas sustancias desaparecerán con ellos. Y, según todos los indicios, la selva amazónica habrá desaparecido dentro de 50 años.

—¿Lo entiendes? ¿Comprendes ahora? ¡Todo lo que estoy haciendo yo es adelantarme a los demás, obtener provecho para mí de un desastre que, de todos modos, ha de llegar! ¡Así que no esperaremos cincuenta años…! ¡Lo haré ahora!

—Entonces —susurró Brigitte—, ¡adiós, Brasil! Adiós a todo, porque no sé quién quedará con vida después de tus planes, pero sobre todo, y lo siento en el alma, *Adeus*, Brasil!

—¡Llevadla a su jaula! —aulló José Bonifacio.

Capítulo XIII

En la casi completa oscuridad de la enorme jaula, Brigitte seguía luchando contra los alambres que cosían la red alrededor del tronco de un árbol, intentando abrir el boquete lo suficientemente amplio para poder salir de allí. De cuando en cuando veía la luz de la linterna de uno de los vigilantes nocturnos, y en un par de ocasiones incluso el haz de luz había penetrado en la jaula, sin duda en su busca.

En esas ocasiones, había permanecido inmóvil en lo alto del árbol medio caído. En una de ellas oyó las voces de dos hombres, y aunque no pudo distinguir las palabras, comprendió que hablaban de ella, y que, al no verla, deducían que se escondía en cualquier rincón del trozo de selva enjaulado. Luego, de nuevo el silencio, de nuevo la dura lucha contra los finos pero fortísimos alambres de acero…, sintiendo cerca de ella la presencia de una de las boas, que se había constituido en su acompañante perpetua, como si supiera que el ser humano estaba colaborando en sus deseos de libertad.

«—En cualquier momento me atacará —pensaba Brigitte, tensos los nervios—, y entonces, *Adeus*, Brigitte!».

Porque sabía que nadie podía escapar, en tan reducido espacio, al ataque de una boa, y menos, de tres, que la acorralarían en cuanto una de ellas se pusiera definitivamente furiosa por el encierro. La idea de ser tragada por una de aquellas boas después de haber sido triturada entre sus anillos, de haber sido convertida en pulpa, no era, ciertamente, del agrado de la espía internacional, cuyas manos estaban doloridas; sabía, además, que tres dedos le sangraban…

Fue entonces cuando, como muy lejano, le pareció oír el rumor. Se detuvo, alzó la cabeza, y por entre el denso follaje que todavía quedaba más arriba y a su alrededor, vio el resplandor de algunas estrellas.

Y escuchó el rumor… Pero no, no oía nada. Y sin embargo, le había parecido oírlo. Permaneció inmóvil, atenta, durante más de un minuto, escuchando… Sí, tal vez oía algo…, como un retumbar de piedras sobre el suelo. ¿O no oía nada? ¿Era tal vez el rumor interior de su cuerpo dolorido y tenso?

Reanudó su labor liberadora. ¿Y Bernardim? ¿Dónde estaba el maldito masticador de granos de café?

Poco después le pareció oír de nuevo aquel rumor retumbando en el cielo, pero ya no hizo caso, no tenía tiempo que perder… Mientras fuera de noche la dejarían tranquila, seguramente, pero en cuanto amaneciera José Bonifacio comenzaría con sus represalias, que no prometían ser precisamente deliciosas…

¿Oía un rumor o no oía un rumor?

De nuevo se detuvo, escuchando.

Y ahora el rumor fue clarísimo, pero no en el cielo, sino en la tierra. Rumor de muchas voces, de pies… Comenzaron a encenderse muchas linternas, comenzaron a aparecer siluetas de hombres yendo de un lado a otro, se encendieron algunas luces de algunas chozas del poblado, luego se oyeron gritos, y aquellas luces fueron apagadas. Oyó el rumor de los motores de los *jeeps*, y de los camiones…

El poblado-campamento se ponía en marcha, algo estaba ocurriendo. A medida que el resplandor de tantas linternas iba iluminando el interior de la jaula, Brigitte fue viendo mejor su peligrosa situación. Gladys estaba cerca de ella, inmóvil, pero muy cerca de ella estaban ya Amelia y Vitória, y el enorme árbol caído comenzaba a crujir con el peso de los tres reptiles gigantes…

—¡Eh, usted, señorita! —Oyó la voz de Bernardim, por debajo de ella y a su derecha.

Volvió la cabeza hacia la puerta de la jaula, ante la cual divisó las siluetas de dos hombres. La luz de una linterna la iluminó de lleno de pronto, y enseguida sonó de nuevo la voz de Bernardim, entre risas:

—¡Baje de ahí ahora mismo, yanqui! Y tú, cabezón, abre la puerta.

Brigitte pudo ver, ahora con la luz de la linterna, que le faltaba muy poco para retirar el último alambre y poder escapar de la jaula. Poquísimo, apenas unos segundos…, pero nunca sería tan

rápida como una bala. Y por otra parte, ¿qué se proponía Bernardim? ¿La había traicionado? La idea pasó por la mente de Brigitte, pero fugazmente. No, Bernardim no era de aquella clase de hombres, no.

—¿No me oye? ¡Le he dicho que baje ahora mismo!

Brigitte miró el grueso tronco donde estaban las tres boas. Luego, se lanzó hacia ramas más bajas, e inició el descenso como pudo, alejándose de las boas, que comenzaron a moverse tronco arriba… Cuando Brigitte saltó al suelo, Bernardim y el otro ya estaban dentro de la jaula, iluminando el suelo ante sus pies uno y dirigiendo la luz de su linterna hacia ella el otro. Fuera de la jaula el rumor crecía, la actividad iba en aumento. Tras ella, el grueso tronco crujió en su podredumbre, y se vino abajo con estrépito con las boas enroscadas en él.

Brigitte llegó ante los dos hombres, iluminada de lleno por la luz.

—Tenemos que escapar —dijo Bernardim, en ruso—: todos los hombres se disponen a trasladar el dinero al avión, y éste despegará en cuanto esté cargado.

—¿No van a esperar a mañana? —preguntó la espía.

—No. El médico del campamento ha hecho una cura de emergencia a José Bonifacio que puede servir hasta mañana, desde luego, pero el yanqui está muy mal: el que usted le reventó un ojo, ¿sabe? Así que van a despegar para llevarlo a una clínica de Rio, creo…

—¿Qué estáis hablando? —Farfulló el otro sujeto, que, en efecto, tenía la cabeza muy grande—. ¡Hablad que yo os entienda! ¡Y dime ya qué hemos venido a hacer aquí, Cristovao!

—Quítele la pistola —dijo Bernardim, pasando tras el cabezón.

Su brazo derecho pasó por la garganta del hombre, la mano izquierda apagó y soltó la linterna, y se unió a la derecha, cerrando la terrible presa de estrangulación. El hombre emitió un gruñido de sorpresa y alarma, pero Bernardim apretó con toda su fuerza hacia sí con el brazo derecho, mientras empujaba hacia delante con el hombro de ese lado y con la cabeza en la nuca del cabezón. Se oyó un crujido, se partió el cuello del hombre, terminó su vida en el acto, y el cuerpo quedó colgando de los brazos de Bernardim, que parecía abrazarlo. Brigitte se apresuró a quitarle la pistola de la

funda al reciente cadáver.

—¿Está loco? —susurró—. ¡Ésta no es oportunidad para…!

—Salgamos de esta jaula —la interrumpió él, dejando caer el cuerpo del otro—: José Bonifacio ha dicho que mientras él esté ausente todos los hombres del campamento deberán violarla, pero no matarla, porque quiere encontrarla viva a su vuelta. Y le aseguro que esos ochenta hombres no van a esperar a mañana para violarla. En cuanto el avión despegue vendrán aquí. Ochenta hombres, Baby.

—Divertida fiesta —susurró Brigitte, estremeciéndose—… ¿Vamos a por el helicóptero?

—Lo intentaremos. Si todos están en lo del dinero, no habrá problemas.

Pero los problemas empezaron nada más salir ambos de la jaula, cuya puerta cerró Bernardim. Y justo en el momento en que Brigitte le arrebataba la llave y abría la boca para empezar a decir que quería dejar libres a las boas, se oyó la voz:

—¡Eh, Cristovao! ¿Qué pasa? ¿Adónde vas con la mujer?

—A tirármela yo solo a la selva, gorrino —dijo Bernardim.

—¡Nada de eso! —gritó el hombre—. ¡Las órdenes…!

Bernardim disparó.

El disparo retumbó como húmedo en la noche, y el hombre saltó hacia atrás lanzando un aullido que terminó bruscamente. Un poco más allá, tres hombres que se habían dado cuenta de la situación sacaron sus pistolas de la funda… Entonces disparó Brigitte, con la pistola del cabezón, y uno de los hombres cayó fulminado de un balazo en la frente. Bernardim disparó de nuevo, y otro hombre se llevó las manos al vientre y comenzó a caer hacia delante. El tercero consiguió disparar, pero en el momento en que Brigitte disparaba de nuevo, y la bala se perdió hacia el cielo mientras el hombre giraba como en un paso de baile, y caía de costado, chillando como enloquecido…

—¡Por aquí! —gritó Bernardim.

La iluminación parecía hecha de fragmentos amarillos que manchaban la oscuridad de la selva cuando, rodeando la jaula, Baby y Bernardim se metieron entre la vegetación. Detrás de ellos sonaban gritos y algunos disparos…

—Deme la mano —pidió Bernardim—… ¡Y no se suelte pase lo que pase! ¡He estudiado bien esta ruta hacia el helicóptero!

Brigitte notó en su mano izquierda la derecha del brasileño, la aferró con fuerza, y siguió la terrible marcha que imprimió Bernardim a la fuga hacia el helicóptero. Por dos veces cayó Brigitte y fue medio arrastrada por Bernardim antes de que éste perdiera la paciencia.

—¿Qué demonios le pasa? ¿No sabe correr?

—Mejor que usted —jadeó Brigitte—… ¡Son los zapatos!

—¡Pues quíteselos!

—¡Ya lo he hecho!

—¡Pues entonces, corra!

—¡Ya corro, salvaje…!

No pudieron correr mucho más. Por entre la espesura, de pronto, vieron el resplandor de varias linternas, y el brillo del helicóptero en el pequeño claro…

—¡Seis hombres aquí! —Ordenaba una voz en brasileño—. ¡Que no se acerquen al helicóptero!

—Seguro que ése no es brasileño, aunque hable en portugués —jadeó en las relativas sombras Bernardim.

—¿Cómo lo sabe? —jadeó también Brigitte.

—Porque es un hijo de puta. ¡Vamos a escondernos en la selva…!

—No. Eso es una locura… Estoy segura de que antes oí rugir un par de jaguares, Bernardim. Vamos hacia la casa grande.

Bernardim abrió la boca, acto seguido abrió mucho los ojos, y enseguida masculló:

—Tiene razón: donde menos nos buscarán será ahí. ¡Cuidado!

Se encogió, tirando hacia abajo de Brigitte, que ya había comenzado a acuclillarse a su vez.

Varios haces de luz, como cuchilladas amarillentas, pasaron por encima de ellos, quebrándose, creando siniestras sombras. Del numeroso grupo de hombres que habían rodeado el helicóptero se destacaron ocho o diez, comenzando a batir el terreno en dirección a la gran jaula, es decir, directos hacia donde estaban Brigitte y Bernardim…

—¿Qué pasa ahí? —Llegó la voz destemplada de José Bonifacio.

—¡La mujer ha escapado, señor! ¡Estamos buscándola…!

—¡Dejadla, imbéciles! Debe de haber huido hacia el interior. ¡Ocuparos todos de trasladar el dinero al avión!

—¡Pero señor, el helicóptero…!

—¡Retirad las llaves, y ya está! ¡Todos a trasladar el dinero, ya buscaremos por la mañana a esa maldita!

—Ése tampoco debe de ser brasileño —farfulló Bernardim.

Brigitte miraba hacia el helicóptero. Uno de los hombres se había encaramado al aparato, y saltó a los pocos segundos, guardándose las llaves. Las luces de algunas linternas fueron apagadas, los hombres de José Bonifacio abandonaron la búsqueda de la mujer yanqui…, pero algunos, para dirigirse hacia donde estaba el proyectil con el dinero, simplemente continuaron avanzando en la dirección ya iniciada, esto es, hacia donde estaban los dos fugitivos.

Bernardim acercó su boca a una oreja de Brigitte, y susurró:

—Sostenga mi pistola. Y no se mueva.

Al terminar de hablar besó la orejita de Brigitte, que no pudo evitar una sonrisa; crispada, pero sonrisa al fin. Con una pistola en cada mano, permaneció inmóvil, escuchando la proximidad del grupo de hombres, que parecía un rebaño de elefantes apartando la maleza… Uno de ellos iba directo hacia donde se hallaban agazapados ella y Bernardim. Éste se puso en pie de pronto, cuando la figura del hombre estuvo a un paso, a punto de pisarlos. Hubo un centelleo amarillo en la oscuridad, el hombre emitió un gorgorito, como un ronquido musical, y habría caído hacia atrás si Bernardim no lo hubiera sujetado por la ropa atrayéndolo, y depositándolo de bruces en el suelo. El hombre todavía se movía, seguramente en los últimos estertores de la agonía, pero Bernardim no corrió riesgo alguno: su navaja se hundió de nuevo en aquel cuerpo, ahora sobre la espalda, a la altura del corazón. El cuerpo del hombre brincó, y quedó inmóvil…

—¿Qué pasa ahí? —preguntó un hombre unos siete metros a la izquierda.

—He tropezado —masculló Bernardim, con voz bronca—… No pasa nada.

El otro continuó, y con él todos los demás, dejando atrás un muerto, pero ignorantes de esto. Eran demasiados, y no había el menor control en la oscuridad.

El rumor de hombres se fue alejando. Se oían los motores de los *jeeps* y de los camiones… Bernardim estaba quitándole las botas al

hombre muerto a cuchilladas. Se las entregó a Brigitte en la oscuridad ahora casi completa en aquel lugar.

—Póngaselas. Le quitaré también la ropa…

Brigitte se quitó sus desgarradas ropas, quedando completamente desnuda, y se puso las botas. Localizó el quepis del hombre tanteando en el suelo, y se lo puso también. Veía a Bernardim como una silueta levemente clara, y por supuesto él debía de verla del mismo modo.

—La camisa está manchada de sangre —susurró él—. ¿Quiere que la lave, la cosa y la planche?

—Déjese de tonterías —refunfuñó Brigitte.

—Entonces, la ayudaré a ponérsela.

Lo hizo, colocándose detrás; las manos de Bernardim rozaron los desnudos pechos de la divina espía. Acto seguido, se apoderaron de ellos, y atrajeron a Brigitte, de espaldas, contra su pecho.

—¡Ya te tengo, maldita espía! —dijo.

—¡No sea absurdo, Bernardim!

—¡Ah, ¿es usted?! Creía que era una rusa que en cierta ocasión…

—Por el amor de Dios, ¡cállese! ¡Y suélteme!

—Lindos pechos —dijo Bernardim, soltándola.

La ayudó también a ponerse los pantalones, ya sin aprovechar manualmente las circunstancias. Brigitte se incorporó, terminó de ponerse bien la ropa que era prácticamente un uniforme de campaña, y se volvió hacia donde se veían rayas de luz, pero, sobre todo, la iluminación más abundante de la casa.

—Vamos a por ellos —dijo—. Si les damos tiempo a llegar al avión se nos escaparán.

—Bueno, pero llevan el emisor, así que…

—No. De ninguna manera quiero correr el riesgo de que ese loco pueda escapar. Y además, quiero recuperar mi radio de bolsillo. ¿Sabe usted si la tienen en la casa, o quedó en el avión?

—Ni idea. Pero… ¿de qué le serviría?

—Quiero esa radio.

—No se ponga histérica.

—No estoy histérica.

—Menos mal. No me gustan las histéricas. Conocí una en Bahía que…

—¿Le importaría contármelo en otra ocasión? Ahora tenemos que elegir entre la casa o el avión. ¿Qué haría usted?

—Usted es la *vedette* mundial del espionaje, ¿no? Pues demuéstrelo.

—Creo que deberíamos ir al avión.

—Es más fácil entrar en la casa, donde sólo están José Bonifacio y sus amigos yanquis. En cambio, el avión está rodeado de gente que va llevando allá el dinero.

—Está bien, pero si vamos a la casa, y suponiendo que controlásemos la situación en ella, luego tendríamos que ir al avión, ya que no vamos a quedarnos aquí, ¿verdad?

—La violarían. ¡Y no me gustaría que se me adelantasen!

—Está usted más chiflado que Frankie, Bernardim.

—¿Quién es ése? Ya lo mencionó, me parece.

—Tenemos que ir al avión, lo he decidido.

—Ya. Y meternos en él, esperar a que despegue, y entonces salir de nuestro escondrijo en la zona para avituallamiento, donde yo viajé hasta que me descubrieron… ¿No es eso?

—¡Exactamente!

—Claro. Y nos dejamos ver entonces por José Bonifacio y sus amigos, los encañonamos con nuestras pistolas, y decimos «¡manos arriba, que nadie se mueva, somos Baby y Bernardim!».

—Me parece que no le gusta mi idea.

—La idea es buena. Tan sólo dígame cómo entramos en ese avión sin ser vistos por ochenta hombres que están cargando el dinero.

—Podemos esperar a que terminen de cargar el dinero.

—¡Magnífico! ¿Y luego? ¿Cómo recorremos luego la distancia que hay desde aquí al avión… sin que nos acribillen a balazos? Su idea…

—Ssst… ¿No oye como un… zumbido?

—¿Qué clase de zumbido?

—De motores.

Bernardim miró hoscamente hacia la hilera de vehículos que en la casi completa oscuridad rodaban ahora, cargados de dinero, hacia el «15 Novembro». Todos los hombres de José Bonifacio estaban dedicados a eso, de modo que ellos se hallaban solos allí, podían charlar, bailar si querían, y nadie los vería ni oiría. Si acaso,

tal vez, José Bonifacio y los otros seis hombres, que continuaban en la casa.

—Claro que oigo motores. Son los *jeeps* y los camiones que.

—No, no: en el cielo. Me pareció oírlos antes.

—Bueno, quizás esté pasando por aquí algún avión comercial. Aunque me pregunto qué ruta estaría siguiendo… De todos modos, no oigo nada, en el cielo.

—Bueno, tal vez sean ilusiones mías. Tendremos que arreglárnoslas solos. Y ya sé cómo lo haremos.

—Estupendo. Y nos sobra tiempo, ¿verdad?

Brigitte rió quedamente.

—No se ponga histérico —dijo.

—No estoy histérico. Pero el tiempo va pasando, y si no tomamos pronto alguna iniciativa, ya no podremos hacer nada.

—Está bien. Vamos a tomar esa iniciativa, Bernardim…, pero esperaremos a que todo el dinero esté cargado en el avión.

Capítulo XIV

El comandante del campamento entró en el salón donde esperaban José Bonifacio, el médico, y los seis norteamericanos, uno de los cuales, vendada la cabeza, parecía un cadáver a juzgar por la palidez de la parte del rostro que se le veía, y en la que destacaba sólo un ojo ardiente, febril.

—Ya está todo el dinero en el avión, señor —informó el comandante.

—¿Han despejado la pista?

—Casi completamente. Estará todo preparado dentro de un minuto. Los pilotos ya están en sus puestos.

—De acuerdo. ¿Se sabe algo de la mujer americana?

—No señor. También hemos observado que faltan dos de nuestros hombres y el tipo que come granos de café.

José Bonifacio frunció el ceño, y enseguida palideció de rabia.

—Creo que ya comprendo —dijo entre dientes—… Pero no importa. Búsquenlos a los dos, seguro que están juntos. Ya les dije lo que tienen que hacer con la mujer: viólenla todos sin parar hasta mi regreso.

—Sí señor —sonrió el hombre—… ¿Y qué hacemos con ese Cristovao? ¿Lo empalamos?

—No —sonrió José Bonifacio, siniestramente—… Cuando lo cacen, córtenlo en tres trozos a machetazos, y échenlos a Gladys, Amelia y Vitória. Y luego cacen algunos monos para ellas. ¡Quiero que las cuiden como si yo estuviera aquí!

—Descuide, señor. ¿Cuándo volverá usted?

—No lo sé. Pero no creo volver antes de dos o tres días por lo menos. Bien, eso es todo. Como siempre, usted queda al mando del…

Se oyó una ahogada explosión, y acto seguido apareció una iluminación intensísima fuera de la casa, que penetró por las

ventanas con una intensidad tal que pareció que hubiera salido el sol de repente.

José Bonifacio dio tal salto que su clavícula, fuertemente vendada, le produjo un dolor intensísimo.

—¿Qué pasa? —aulló—. ¿Qué pasa ahora?

Afuera se oían gritos. Dos o tres hombres entraron en la casa, y aparecieron apresuradamente en el salón.

—¡Es el último camión-cisterna! —vociferó uno de ellos—. ¡Se ha incendiado! ¡Por suerte está bastante lejos, pero el fuego se va a extender enseguida! ¡Había quince mil litros de combustible en ese depósito!

Primero el estupor y acto seguido la alarma cundió en todos los presentes. Afuera, los hombres gritaban, y se oía ahora el rugir del fuego. El comandante fue el primero en reaccionar, empezando a dar órdenes:

—¡Abandonar todos el campamento! —gritó—. ¡Recoged todo lo que podáis, y trasladadlo hacia el río…!

—¡Mis amigas! —chilló José Bonifacio—. ¡Están en la jaula, el fuego las va a alcanzar! ¡Hay que sacarlas de ahí!

El comandante lo miró incrédulamente.

—Pero señor, son sólo serpientes, y el material que…

—¡Repondré el material, pero nunca podría reponerlas a ellas! ¡Quiero que veinte hombres vayan a la jaula con las cajas, y las metan en ellas y las lleven al avión! ¡Pronto! ¡PRONTO!

Por un momento, pareció que el comandante fuese a rebelarse contra esta orden, pero tras apretar los labios, masculló:

—Avisad a todos, y traed las cajas y las horquillas para coger a esos bichos. Si la pista ya está despejada que vengan todos… ¡Y conectad las mangueras al sistema de bombeo con el río!

—Es inútil —dijo uno de los hombres—. Son quince mil litros de combustible, toda esta zona quedará…

—¡Cumplid las órdenes!

Los hombres comenzaron a salir, y José Bonifacio, tras titubear, fue en pos de ellos, junto al comandante.

—Me aseguraré de que Gladys, Amelia y Vitória son puestas a salvo —dijo, temblando violentamente—… Sé que ha sido ella la que ha provocado el incendio, lo sé… ¡Y cuando vuelva a tenerla ante mí…!

—Ya se lo advertimos —dijo con voz aguda el de la barbita—: le dijimos que la matara cuanto antes, ¿lo recuerda? Pero eso ya no tiene remedio. ¿Qué hacemos nosotros? ¡No vamos a quedarnos aquí esperando a sus serpientes!

—Vayan hacia el avión. Me reuniré con ustedes cuando hayamos metido en las cajas a mis amigas. Me las llevaré de aquí, no quiero que mueran en el incendio. ¡Espérenme en el avión! Usted no, doctor. Tiene que quedarse, por si el incendio ocasionara heridos entre los hombres.

El gesto del comandante, visiblemente poco amistoso, cambió con las últimas palabras de José Bonifacio, y se apartó cediéndole el paso. Los seis norteamericanos se dirigieron también hacia la puerta, uno de ellos ayudando al que había quedado tuerto en la feroz lucha entablada por la señorita Montfort.

—Me gustaría quedarme —jadeó el tuerto—… ¡Me gustaría quedarme, para estar aquí cuando la capturen, y arrancarle los ojos con mis manos…!

Cuando salieron de la casa, el resplandor del incendio era gigantesco. Los quince mil litros de combustible, naturalmente, se habían desparramado prácticamente en todas direcciones, y una larga lengua de fuego había llegado incluso al río, sobre el cual flotaba y se deslizaba corriente abajo lentamente… Las llamas se acercaban ya hacia la casa y todo el campamento, que sólo gracias a estar situados en un nivel superior al que había ocupado el camión-cisterna no era ya pasto de las llamas. Desde la pista, donde se veía ahora perfectamente el *jet*, los hombres que habían retirado la última parte del camuflaje para que pudiera despegar corrían ahora hacia el campamento. El fuego rugía, todo se estaba convirtiendo en un infierno del que casi la totalidad de los hombres de José Bonifacio intentaban rescatar a las tres boas. José Bonifacio había abierto la puerta de la jaula, y dos docenas de hombres, provistos de largas horquillas metálicas, acosaban a las enloquecidas boas. Una de ellas fue cazada por fin, y alzada por seis horquillas sostenida cada una de ellas por tres hombres, mientras José Bonifacio gritaba que la pusieran en su caja…

—¡Ésa es Gladys! —aullaba—. ¡A su caja, a su caja…!

—Está loco —masculló el de la barbita—… Pero allá él, con sus bichos asquerosos. ¡Vamos al avión, deprisa, o el fuego nos va a

alcanzar a todos!

Echaron a correr hacia la pista. El avión parecía ahora de color rojo… Dos hombres llegaban procedentes de él, a todo correr, pero los seis norteamericanos los detuvieron colocándose delante.

—¡No! —gritaron—. ¡No, no, ustedes no hacen falta allí, vuelvan al avión, despegaremos pronto! ¡Son órdenes de su jefe!

Los dos hombres, piloto y copiloto, titubearon, pero se unieron a los norteamericanos, regresando hacia el avión. Desde la casa, Amaro corría también hacia allí, llevando una maleta. Llegó al avión, jadeante, cuando los norteamericanos ya estaban dentro, y fue a reunirse con ellos en el saloncito, desde una de cuyas ventanillas los seis hombres contemplaban el incendio. Amaro dejó la maleta, y se puso también a mirar.

Las llamas eran enormes, la selva crujía en su protesta, la noche se había tornado roja.

—Tendrán que buscar otro lugar para establecer un nuevo campamento —dijo el de la barbita—… ¡Y todo por culpa de la señorita Montfort!

—No estamos seguros de que haya sido ella quien ha provocado el incendio, Deverett.

—¿Quién, si no? ¡Y recemos para que la capturen y la maten, porque si ella escapa y regresa a Estados Unidos todos nosotros podemos darnos por muertos! ¡Maldito idiota, debió matarla cuando se lo dijimos con tanta insistencia…!

—Esto se está convirtiendo en un infierno —dijo otro—… ¡Me pregunto qué será cuando sean lanzadas las diez mil cargas de supernapalm! ¡El incendio se verá desde los Estados Unidos!

—Ella tuvo razón —susurró el de la barbita, fija su mirada en el incendio—… Yo creo que cuando se produzca ese incendio, ¡adiós, Brasil! Porque una cosa es ir talando o quemando la selva bajo un control, y otra cosa será privar a Brasil, de pronto, con semejante incendio, de toda su selva… ¡Se convertirá en un incendio espantoso, y todo quedará convertido en un desierto!

—Hombre, no será tanto…

—Y de todos modos, ¿qué nos importa a nosotros? ¡Será el desierto más rico del mundo! Y muy pronto, mientras De Salazar disfruta del poder y de las riquezas de Brasil y del mundo, nosotros seremos los amos de Estados Unidos. ¡Seremos…!

—Me parece que ya vienen con una de las cajas —cortó otro de los norteamericanos.

En efecto, un grupo de hombres transportaban a pie una de las cajas. Y apenas a cincuenta metros corría otro grupo con otra caja… El de la barbita suspiró.

—Bueno, parece que saldremos pronto de aquí. Amaro, vaya a decirle a los pilotos que se preparen para despegar, y luego sírvanos algo fuerte… Todos lo necesitamos. ¿Cómo te encuentras, Oversham?

El tuerto soltó un gruñido, y fue a dejarse caer en una de las butacas. Los demás le imitaron, y Amaro salió por la puerta que daba a proa del avión… Permanecieron silenciosos, oyendo el rumor de los hombres cargando las cajas. Amaro reapareció al poco, y comenzó a servirles coñac. Los motores del *jet* comenzaron a silbar agudamente…

Tan sólo cinco minutos más tarde, José Bonifacio entró en el saloncito, y fue a dejarse caer en un sillón. Estaba lívido y sudoroso, había en su rostro una mueca de dolor. Se encogió, llevando la mano sana al hombro vendado. Los demás le miraban en silencio. El norteamericano más joven sirvió él mismo una copa de coñac, y se la tendió a José Bonifacio, que negó con la cabeza.

El «15 Novembro» comenzó a moverse. Amaro se sentó. La aguda vibración subió de tono, todo vibró… Segundos más tarde, la vibración se suavizó, el silbido de los motores se tornó más suave. Amaro se puso en pie, y miró por una ventanilla, que, como las demás, parecía teñida de rojo. Con un tremendo esfuerzo, José Bonifacio se puso en pie, y se acercó a mirar por otra ventanilla. Abajo, la selva ardía formando una media luna roja, y por el río las grandes manchas de combustible ardiendo se deslizaban, siempre lentamente.

El espectáculo era pavoroso.

—Tal vez ni siquiera sea necesario tirar el supernapalm —oyó José Bonifacio junto a él.

Miró al de la barbita, que también contemplaba el incendio, y movió la cabeza.

—Eso no es nada —murmuró—… Durará tal vez un par de días hasta que los servicios de extinción lo localicen y vengan a apagarlo con aviones-cuba. Además, está el río, la pista… El fuego quedará

cortado, no es nada. Dentro de unos días, será sólo un minúsculo calvero en la cuenca del Amazonas…

—Me alegra oír eso —sonó la voz de todos conocida, en la puerta que daba a popa.

El estupor fue general.

Todas las miradas, que habían estado fijas en las enrojecidas ventanillas, giraron hacia aquella puerta, y vieron… al «soldado» de José Bonifacio.

Un soldado bellísimo, de grandes ojos azules, y que empuñaba con firmeza una pistola.

Uno de los norteamericanos lanzó de pronto una maldición y como si su voz hubiera actuado como un resorte, Amaro se movió velozmente, llevando la mano derecha hacia un bolsillo.

¡Pack!, retumbó el disparo efectuado por la espía más peligrosa del mundo. Amaro recibió la bala justo en el centro de la frente, se fue violentamente hacia atrás, chocó con José Bonifacio casi derribándolo, y cayó de bruces. José Bonifacio, apoyado en la ventanilla, miraba lívido de dolor y furia a la espía norteamericana.

—Siéntense todos —dijo Brigitte, muy tranquila—, ahí, en esa parte. Al que me cause el menor problema lo mataré en el acto.

En un instante, sólo José Bonifacio quedó en pie, todavía apoyado en la ventanilla. Brigitte frunció el ceño, y al mismo tiempo sonrió, pero de un modo que hizo tragar saliva a José Bonifacio.

—He dicho todos, Pepe. Siéntate.

José Bonifacio fue a dejarse caer en una butaca, lanzando un aullido de dolor. Brigitte le sonrió irónicamente, se acercó al cadáver de Amaro, se acuclilló, y le quitó la pistola del bolsillo. Luego miró hacia el pequeño y elegante bar curvado, fue hacia allá y se colocó detrás. Con la mano izquierda, tras dejar la pistola de Amaro sobre el mostrador, tanteó bajo éste, hasta encontrar su bolsito. Lo colocó junto a la pistola, lo abrió, y tanteó dentro. Cuando sacó la radio camuflada en el paquete de cigarrillos, sonrió.

—Me parecía recordar que Amaro dejó mis cosas aquí. Vamos a ver si todavía funciona.

Tiró del cigarrillo, pero no oyó más que la crepitación del vacío. Insistió un par de veces, con el mismo resultado. Desistió por fin, y preguntó:

—¿Alguno de ustedes lleva armas?

Nadie contestó. La espía sonrió secamente.

—Tengan la bondad de desnudarse todos —cogió la pistola de Amaro con la mano izquierda—, y si alguno quiere comprobar mi excelente puntería con ambas manos, sólo tiene que hacer algo que no me guste. Desnúdense. Vamos, Pepe, a ti te gusta mucho estar desnudo: da el ejemplo.

—No puedo hacerlo, con un solo brazo —susurró José Bonifacio.

—Tus amigos te ayudarán. Señores: quiero verlos a todos desnudos antes de cinco minutos. Y alejen las ropas de ustedes a medida que se las vayan quitando.

Cinco minutos más tarde, los siete hombres estaban completamente desnudos. Solamente les quedaron los zapatos. Brigitte se dijo que no había que exagerar, y se acercó a la butaca donde habían quedado casi todas las prendas, tanteándolas en busca de armas. No había arma alguna.

—De acuerdo —dijo, en tono estremecedoramente amable—. Los voy a dejar aquí solos, mientras intento contacto con la radio del avión. Sería una estupidez por su parte molestarme, ya no lo advertiré más. ¿Está claro?

Nadie contestó. Brigitte fue hacia la puerta de proa, la abrió, y salió al pasillo. Pasó por delante de los camarotes, y llegó a la zona de detrás de la cabina de vuelo, en la cual entró. Allí, masticando granos de café y pistola en mano, Bernardim charlaba con los dos pilotos. Es decir, hablaba él, mientras los dos hombres, rígidos, se limitaban a pilotar el aparato.

—… así que le dije a la muchacha: ¿y por qué no te los compras más pequeños, y así parecerá que tienes los pechos mucho más grandes? Ella era respondona, y…

—Luego, Bernardim —dijo Brigitte—. Ahora quiero llamar por la radio.

—¿Para qué?

—Estoy segura de que oí zumbido de motores de avión. Y puesto que aquí llevamos un emisor muy potente, quiero creer que mis Simones nos habían encontrado.

—Es posible. Pero ahora estarán sobrevolando el incendio.

—Eso es lo que me preocupa. Señor: ¿sería tan amable de cederme su sitio?

El copiloto volvió la cabeza, miró a Brigitte, miró a Bernardim, que le apuntó entre los ojos, y farfulló algo, apartándose. Brigitte se sentó a su lado, y comenzó a manipular la radio. Un minuto más tarde supo que su llamada había sido captada por alguien, pero no oyó voz alguna. Sonrió.

—Baby a Simones en comando. Cambio.

—¡Baby! —aulló la voz masculina—. ¿Dónde demonios está usted? ¡Cambio!

—Estoy a bordo del «15 Novembro», en ruta hacia la costa este brasileña. ¿Dónde están ustedes? Cambio.

—Estamos cerca de un incendio que hay en la selva. Hemos pensado que usted estaba por allí al recibir la señal, y cuando el grupo Comando se disponía a saltar hemos comprobado que la señal se desplazaba. La estábamos siguiendo… ¿Qué ha pasado ahí abajo? ¿Está usted bien? Cambio.

—Estoy bien, que no salte nadie, Simón. Regresen, y en cuanto puedan avisen del incendio e indiquen la zona a las autoridades brasileñas. Luego, abandonen el espacio aéreo brasileño a menos que estén ocupándolo legalmente de acuerdo a las…

* * *

José Bonifacio emitió una risita, y miró hacia atrás. Pero no había nadie que pudiera verlo. Toda la zona desde el saloncito hacia la popa del avión estaba vacía de personal. Solamente había enormes paquetes conteniendo los quinientos millones de dólares.

Y las tres cajas cerradas conteniendo a Gladys, Amelia y Vitória.

—Ahora verá esa maldita —rió de nuevo José Bonifacio—… ¡No ha debido confiarse sólo porque no tengo armas!

Por las ventanillas se veía ahora sólo negra noche. El interior del avión parecía un lugar fantasmal, con los asientos desocupados y sólo unas luces laterales encendidas. Cierto, José Bonifacio no disponía de armas… de fuego, pero sí disponía de tres armas terribles, y había abandonado el saloncito dispuesto a utilizarlas. Sólo tenía que soltar a Amelia, Vitória y Gladys, y cuando Brigitte fuera a darse cuenta habría sido triturada, reventada, posiblemente engullida ya, porque él sabía qué tenía que hacer para que sus tres amigas se pusieran verdaderamente furiosas…

Abrió la caja de Gladys, y rió cuando la cabeza de la enorme boa se alzó unos centímetros. Todo el cuerpo pareció palpitar. José Bonifacio rió de nuevo, y abrió la caja de Amelia, comenzando a silbar tenuemente. Abrió la caja de Vitória, sin dejar de silbar, y la cabeza de la gigantesca boa constrictor se movió, se alzó… José Bonifacio asió con ambas manos a la boa por la parte inferior de la cabeza.

—Te ayudaré a salir, Vitória —susurró—… Las tres estáis libres, y ya sabéis lo que significan estos silbidos que… No, estate quieta… No, Vitória, querida, no estoy para bromas… ¡Te digo que me sueltes! ¡Vitória, suéltame!

Otro anillo rodeó el cuerpo de José Bonifacio, y la cabeza de Amelia apareció por un lado, mientras la de Vitória se alzaba. José Bonifacio quiso hablar, pero no tenía ya aire en su cuerpo, no tenía aliento… Vio erguirse también la cabeza de Gladys ante él, y vio los perversos ojos como de cristal. Sus ojos se desviaron casi fuera de las órbitas, hacia los de Vitória, cuyos anillos seguían estrechándose en torno a su cuerpo.

La boca de Vitória se abrió, y José Bonifacio, como entre brumas, vio la lengua… Todo su cuerpo crujió, chascó, fue triturado, machacado, convertido en pulpa. Los ojos de José Bonifacio saltaron de las órbitas, reventaron como dos pequeños globos conteniendo tinta roja, y casi al mismo tiempo reventaron sus oídos y brotó un torrente de sangre por su boca. Un suspiro, como un escape de aire, salió tras la enorme bocanada de sangre de aquel cuerpo ya muerto.

La cabeza de Vitória se acercó a la de José Bonifacio, las mandíbulas de la boa se abrieron, se descoyuntaron, y la cabeza del brasileño desapareció entre ellas…

Enfurecidas, Gladys y Amelia se agitaron viendo cómo Vitória comenzaba a engullir el cuerpo de José Bonifacio convertido en una empanadilla de carne.

La puerta del saloncito se abrió, y el norteamericano de la barbita entró en la zona de pasajeros.

—De Salazar, ¿qué demonios está…?

El golpe en las piernas lo derribó.

Cayó profiriendo una exclamación, y sus manos tocaron la rugosa, seca y áspera piel de Gladys. La cabeza de la boa apareció

rápidamente ante los ojos del hombre de la barbita, que se desorbitaron. Su boca se desencajó en un gesto de pavor absoluto, pero no pudo proferir sonido alguno. Todo en él parecía haberse secado, paralizado. Oyó un instante crujir sus huesos, le pareció que alguien estaba rompiendo un puñado de galletas, y luego, misericordiosamente, la Muerte se hizo cargo de él., mientras Amelia se deslizaba hacia el saloncito.

Este es el final

—Zambomba —jadeó Minello, con los ojos abiertos como platos— … ¡Zambomba! ¡No me digas más! ¡Se los comieron a todos!

Brigitte Montfort, sentada en el centro del sofá del salón de su apartamento, movió la cabeza negativamente.

—A todos, no, Frankie. Sólo a seis. Verás, aquellas pobres muchachas debían de tener hambre atrasada, y además, estaban muy enfadadas, eso es evidente. Y como eran muy grandes, se comieron cada una de ellas a dos de aquellos sujetos.

—Pero… pe-pero… Debieron de gritar, o… o…

—Ah, sí, sí que gritaron, pero yo tenía los auriculares puestos, ya que estaba dando instrucciones a mi comando, y no pude oír nada. Fue todo tan rápido… Cuando fui allá, encontré a las tres boas en el saloncito, muy gordas, ya muy tranquilas, aletargadas…

—Pero… Bueno, había siete hombres allí, ¿no? O sea, que si el tal Amaro estaba muerto, eran siete vivos. O sea, quedó uno vivo, claro.

—No. Era el que llevaba vendada la cabeza, ya sabes. Lo vi sentado en el sillón, con el ojo sano inmóvil, y la boca desencajada. Murió de un colapso cardíaco.

—¡Zambomba! —Frank Minello se bebió de un trago su copa de champán, y masticó nerviosamente la guinda—. ¡Zambomba y mil zambombas! ¡Supongo que mataste a tiros a aquellos bicharracos!

—¡Claro que no! —protestó Brigitte.

—¡Cómo que no!

—Que no. Verás, la selva se enfada con quien la trata mal, ¿sabías esto? Así que como yo la había tratado mal al quemar parte de ella, pensé que podía hacerme perdonar si, por otro lado, la trataba bien devolviéndole a tres de sus criaturas hasta entonces cautivas. De modo que ordené al piloto que volviera a la pista, aterrizamos, y dejé que Amelia, Gladys y Vitória salieran del avión.

Casi no podían moverse de tanto que habían comido, pero supongo que el olor de su selva les dio fuerzas para desplazarse. Así que les dije adiós, y me fui de allí.

—¡Me estás tomando el pelo!

—Claro que no, querido.

—¿Quién te ha dicho esa tontería de que la selva se enfada con quien la trata mal?

—Bernardim.

—¡Ese payaso carioca! ¡Qué tontería! Y a propósito: ¿qué fue de él?

—¿De Bernardim? Se fue con cincuenta millones de dólares a llevárselos a Nataniel en San Nataniel[5], a fin de tenerlos disponibles para la
L. O. U.
en la zona del Caribe. Ya sabes que cuando recupero dinero la CIA me da el diez por ciento…

—¡Y has dejado cincuenta millones de dólares en manos de ese brasileño! —Frankie se puso en pie de un salto—. ¡Eso ha sido una locura, se los habrá quedado, nunca más los…!

Sonó el carillón de la puerta del apartamento, y Peggy, que con Minello había estado escuchando aterrada el relato de Brigitte, se puso en pie y salió del salón.

—Apuesto a que es el viejo buitre comedor de carroña —refunfuñó Frankie.

—No —dijo Brigitte—. Es Bernardim, que viene a darme su respuesta respecto a si acepta colaborar con nuestra
L. O. U.,
la Love Qrganization Unite que yo dirijo con tu gran ayuda. Cuando le dije a Bernardim que la
L. O. U.,
bajo mi dirección y la de Número Uno, se dedicaba a evitar conflictos mundiales, dijo que lo pensaría, y que vendría a darme su respuesta.

—¡Je, je! ¡Ese tipo está muy lejos de aquí con los cincuenta millones de pavos, tonta de mi alma! ¡Zambomba, no comprendo cómo has podido decirle tantas cosas al carioca ese…!

—¡Hola! —Sonó la voz en la puerta del salón—. ¿Qué tal, cómo van las cosas por aquí, preciosa mía?

Brigitte rió, y se puso en pie, mirando de reojo a Minello, que se había vuelto como una víbora hacia la puerta, y miraba ahora al apuesto muchacho de mediana estatura, ojos negrísimos y cabello rizadísimo, que sonreía alegremente.

—Hola, Bernardim —saludó Brigitte, conteniendo la risa—. Todo va muy bien por aquí, gracias.

—Estupendo. Bueno, entregué el dinero, menos medio milloncejo que me quedé para poder seguir comprando café… ¿Está bien así, encanto primoroso?

—Pensé que se quedaría un millón —rió Brigitte—, de modo que medio me parece bien. A propósito, ¿conoce a…?

—¡No me lo diga! —interrumpió Bernardim, acercándose al petrificado Minello, con la mano tendida—. ¿Qué tal, Frankie, muchacho? ¡Encantado de conocerte!

—Al demonio —masculló Frankie—… ¡Payaso!

Bernardim miró su mano tendida, y frunció el ceño.

—Frankie —dijo lentamente—, o me estrechas la mano, o te la aplasto en la cara.

—¿A quién? ¿A mí?

—A ti. Tú eres Frank Minello, ¿no? El más querido amigo de Brigitte, ¿no es así? El tío más simpático del mundo, ¿no es cierto? El que tantas veces la ha ayudado, el que la quiere tanto, el que está loco por ella… ¿Eres o no eres ese tío?

—Bu-bueno, sí, claro…

—¡Pues chócala! Y otra cosa: ¿creéis que he venido a decirle a Brigitte que sí, que acepto trabajar para su
L. O. U.
siempre que Brasil no me necesite en ese momento? ¿Creéis que he venido a decirle que entregué el dinero, y que sólo me he quedado medio milloncejo? ¡Pues no señor, no he venido a eso!

—¿A qué has venido, entonces? —Gruñó Minello.

—A escuchar esos chistes tan buenos que según Brigitte cuentas a los amigos.

—¿De veras? —comenzó a sonreír Frankie.

—¡Hombre, claro! ¡Con lo que me gustan a mí los chistes! ¡Y más cuando los cuenta un tipo tan simpático…! Porque oye, en serio, chico, tienes cara de simpático, ¿sabes?

—¿De verdad? —sonrió anchamente Frankie.

—¡Pura verdad!

—Je, je… Zambomba, gracias, hombre —Minello aceptó por fin la mano de Bernardim, que guiñó un ojo a Brigitte—… ¿Te apetece una copa de champaña?

—Si me invitas tú, encantado. ¿Te gustaría masticar unos excelentes granos de café brasileño? —Bernardim puso un puñado de granos de café en la mano tendida de Frankie—. Te gustará, ya verás. ¡Y dejarás de fumar!

—Es que no fumo —dijo Frankie.

—¡Pues tanto mejor! ¿Sabes una cosa? ¡Brasil podría haberse quedado sin café si no hubiera sido por Brigitte! Sí señor, si ella no hubiera intervenido en esto, *Adeus*, Brasil! ¿A ti no te parece que Brigitte es… el ángel de este mundo malvado y cruel?

—Zambomba —tartamudeó Minello—, ¡qué tío más simpático! Oye, Bernardim: ¿de verdad te parece que Brigitte es un ángel?

—¡Huy! —exclamó Bernardim, guiñando de nuevo el ojo a Brigitte—. ¡¿Cómo, un ángel…?! ¡Es una legión de ángeles, amigo Paco!

Brigitte ya no pudo contenerse más. Estalló en carcajadas. ¡Vaya cara dura la del tal Bernardim!

FIN

Notas

[1] Véase la aventura titulada *Brigitte for President*!!! < <

[2] Muchachas, en portugués. < <

[3] Véase la aventura titulada *Los dueños del sol.* < <

[4] Véase la aventura titulada *Brigitte for President!!!* < <

[5] Véase la aventura titulada *Subasta en Capri*. < <